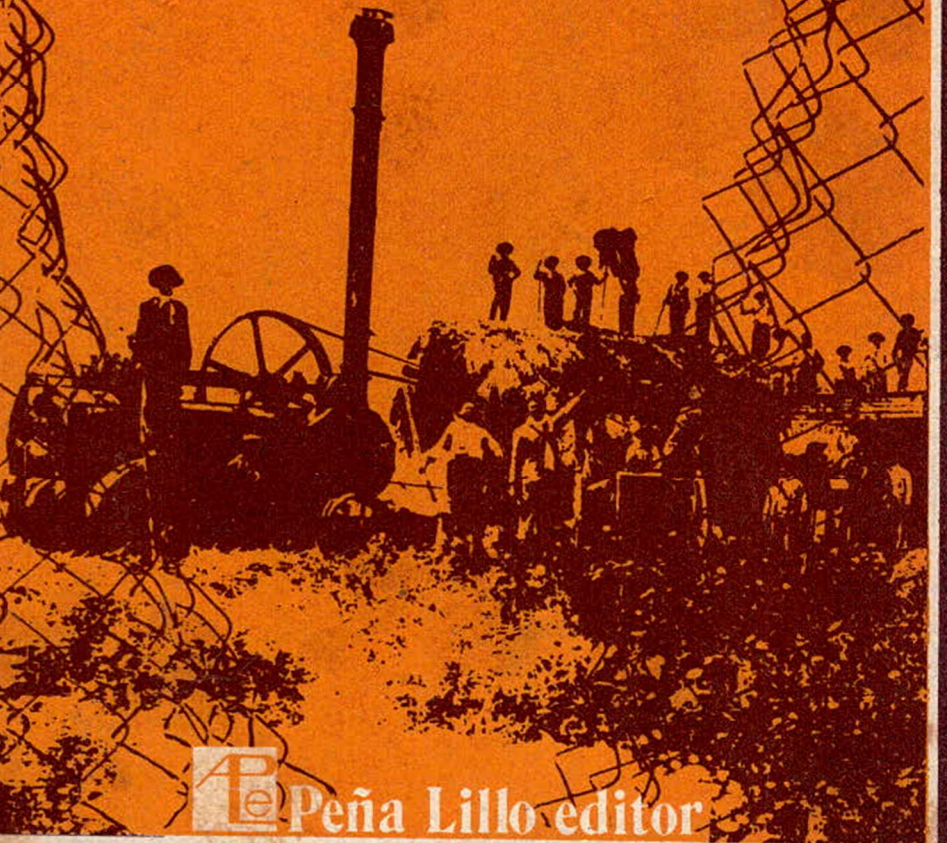
Carlos Payá
Eduardo Cárdenas

EL PRIMER NACIONALISMO ARGENTINO

EN MANUEL GÁLVEZ Y RICARDO ROJAS



Peña Lillo editor

Eduardo José Cárdenas
Carlos Manuel Payá

El Primer Nacionalismo Argentino

En Manuel Gálvez y Ricardo Rojas

A, PEÑA LILLO EDITOR

Primera edición: octubre de 1978

ISBN 84-8203-007-8

© A PEÑA LILLO, Editor S. A.
H. Yrigoyen 1394, Buenos Aires
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.
Prohibida la reproducción total o parcial
sin la autorización - expresa de los editores

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

ÍNDICE

Prólogo 5
La generación del Centenario 9
Gálvez y Rojas: su pasado familiar 31
El primer viaje a Europa 62
Ante el desafío de la democracia 85
Más allá del nacionalismo 128
Palabras finales 164
Cronología 167

PRÓLOGO

Las páginas que siguen intentan retrotraemos a una Argentina tan cercana como diferente de la actual. Hace sólo unos setenta años; no más que el tiempo de una vida, este país enfrentaba, con una confianza y una seguridad quizás excesivas, problemas fundamentales de su estructura socio-política: el exceso de inmigración que amenazaba la identidad nacional y la inevitable transferencia del poder al partido Radical, con todos sus riesgos.

Frente a estas circunstancias, dos voces jóvenes rehusaron sumarse a la alabanza de la Argentina próspera o a la crítica más o menos temerosa y superficial: Manuel Gálvez y Ricardo Rojas iniciaron así, casi contemporáneamente, lo que hemos dado en llamar el primer nacionalismo argentino.

Este nombre requiere una aclaración. El lector advertido se preguntará sin duda si no era nacionalismo el del joven Alberdi cuando en 1837 pro ponía que el camino hacia la democracia argentina fuera transitado teniendo presente la edad y el espacio del país. Observará, también, qué en 1873 Vicente Fidel López abrió el fuego de su oratoria contra el librecambismo económico, defendiendo en pleno parlamento medidas protectoras. Argüirá, por fin, que ya el mismísimo Sarmiento, no tan viejo como gusta de suponerse, escribía ardientes palabras contra quienes aconsejaban que el Estado nacional resignara alguno de sus derechos frente a la inmigración.

Todo esto es verdad y, sin embargo, aun así Gálvez y Rojas pueden ser considerados los iniciadores, en Argentina, de la corriente nacionalista, en la medida en que fueron los primeros en

considerar el problema social desde una perspectiva nueva:¡ la de la nación, considerada ésta como una personalidad histórica, animada de un alma propia, fruto de la-emoción de sus paisajes, la fuerza de sus razas' y el tesoro de sus tradiciones. Este enfoque, que nace de una original visión intuitiva, había sido ya aplicado en la literatura y otras artes, pero jamás a la consideración doctrinaria de lo político. Y es precisamente este análisis, realizado por Gálvez y Rojas, desde sus orígenes hasta 1916, el que es objeto de esta obra.

Una doctrina política es, ante todo, un diálogo con la realidad política: tan sencilla advertencia parece difícil de entender a historiadores y sociólogos contemporáneos, siempre prontos a encontrar el origen clasista o psicológico de tal o cual afirmación. En este sentido hemos intentado presentar al lector, con todo el detenimiento que se merece, la realidad misma de los problemas que el país —y nuestros autores— enfrentaron desde el comienzo del siglo.

Pero quienes piensan la vida política son, también, miembros de determinada clase social, hijos de una familia y camaradas de cierta generación., ello también los condiciona e inspira en sus peregrinaciones ideológicas. Era imprescindible, entonces, detenerse sobre la historia de las familias Gálvez y Rojas —dos clanes provincianos importantes entre los que gobernaron desde 1880—, así como ahondar en las inclinaciones de los jóvenes amigos que integraron la generación de 1910.

Toda doctrina es, por fin, descendiente de una cadena de ideas filosóficas, estéticas y propiamente políticas que se debe analizar, porque desde ella el pensador enfrenta los problemas sociales y los enigmas del hombre que le son conexos. Así hemos intentado hacerlo.

Esta obra procura no olvidar ninguna de las varias perspectivas desde las que puede mirarse la obra política de Manuel Gálvez y Ricardo Rojas hasta 1916. Como una melodía cantada por distintos instrumentos, como un mismo paisaje mostrado por diferentes pintores, la doctrina política no pierde así su identidad, pero su comprensión, esperamos, se enriquece.

A partir de ese momento, las circunstancias nacionales y mundiales fueron cambiando; el país realizó su primera experiencia de auténtica democracia, y en la vieja Europa se libró la gran guerra y estalló la revolución rusa. Gálvez y Rojas también evolucionaron, intentando dar respuesta a los nuevos interrogantes. Otros componentes intelectuales se introdujeron en el nacionalismo, y las inclinaciones políticas de estos dos pensadores, hasta entonces casi paralelas, se fueron separando cada vez más.

Sin embargo, la postura nacionalista conservó siempre las ideas iniciales que ellos habían expuesto en sus obras de juventud. Por este motivo, merecen ser estudiadas con algún detenimiento.

Antes de hacerlo, sólo resta agradecer a quienes, de una forma u otra, han facilitado nuestra tarea: A los hilos de Manuel Gálvez, lis doctores Manuel y Gabriel Gálvez Bunge y la señora Delfina Gálvez Bunge de Williams; a su viuda María Elena Gaviola Salas de Gálvez; a la Sra. Lucía Gálvez de Tiscornia; al Dr. Norberto Padilla y su Sra. Gloria Williams de Padilla;, al personal de la Biblioteca da la Academia Argentina de Letras, especialmente a la Sra. de Negri; al del Museo Ricardo Rojas, en particular a su director, profesor José Luis Cosmelli Ibáñez y a la Sra. de Espina; al de la Biblioteca Nacional, principalmente al Sr. Zolezzi. A Fernando H. Payá, Esther Trillo de Payá, María Luisa D'Osualdó de Cárdenas, Julio Ojea Quintana, José María Spotorno, Alberto J. Gowland y Eduardo Bieule, que leyeron el original y colaboraron

para que fuera menos imperfecto; a la Srta. Dolores del Carmen Alvarez, que pasó a máquina el texto.

CAPITULO I

LA GENERACIÓN DEL CENTENARIO

El nacionalismo,[1] entendido como una doctrina coherente que interpreta el país y su historia, vio la luz en la Argentina con la aparición de dos obras: *La restauración nacionalista*, de Ricardo Rojas, en 1909, y *El diario de Gabriel Quiroga*, de Manuel Gálvez, pocos meses después. Pero estos dos ensayos fueron en realidad la expresión más acabada de un pensamiento que, desde unos años antes, rondaba en la mente de la joven generación intelectual a la que pertenecían sus autores, y que nosotros llamaremos *generación del Centenario*. Este capítulo versa, precisamente, sobre la evolución y personalidad de ese grupo de muchachos que se encontraron en Buenos Aires al comenzar el siglo y emprendieron una obra común, nucleados en la revista *Ideas*. Los seguiremos hasta 1907, cuando el nacionalismo cultural de nuestros jóvenes terminará de ser balbuceante para expresar, al año siguiente, sus primeras palabras completas.

Pero antes es imprescindible situar esta generación en la Argentina del 1900, con su materialismo y su desarraigo, su riqueza y sus millones de inmigrantes. Es necesario también, para

[1] Hablamos de nacionalismo en el sentido lato que se advertirá en el texto. No se trata aquí del nacionalismo político que surgió bien avanzados los años 20, aunque éste tenga influencia del anterior.

comprenderlas, recordar cómo juzgaban sus padres los hombres del 80, el país que ellos mismos habían creado.

Materialismo, desarraigo e inmigración en la Argentina del 1900

La generación del 80 había aprendido bien su Alberdi. Creía que el territorio desierto, la pereza criolla y el predominio de Buenos Aires sobre el resto del país, eran los obstáculos que encontraba el progreso de la República. Y estaba convencida de que para destruirlos, eran necesarias una abundante inmigración, sólidas inversiones de capital extranjero y federalizar la ciudad porteña. Se dispuso entonces a realizar esta obra, que ya habían iniciado los hombres de 1853. Para ello logró, por fin, la estabilidad política del país, y contó con el imprescindible concurso de una situación internacional favorable. Las técnicas y los capitales ingleses estaban dispuestos a expandirse sobre tierras fértiles como las de Argentina, en busca de pingües ganancias, y de alimentos y materia prima baratos para Gran Bretaña y el resto de Europa.

La feliz conjunción de una ideología realista, un largo período de, paz política, sabiamente logrado, y una coyuntura mundial propia, hábilmente aprovechada, signaron el éxito de los políticos del 80, que en pocos años cambiaron la faz del país. Hacia principios de siglo, la pampa húmeda, antes vasto potrero de ganado criollo, había visto cubrirse su extensión de hacienda fina, vías férreas, cultivos y alambrados. Y todo esto, unido a los nuevos puertos, frigoríficos, bancos y compañías exportadoras, había transformado el litoral en una fábrica de carne y 'cereal para su exportación. La ciudad de Buenos Aires, que antes fuera una *gran aldea*, cuyos moradores, de sencillas costumbres, se reconocían entre sí, era ahora una importante urbe moderna de más de un millón

de habitantes, con una ostentosa edificación de estilo francés, grandes comercios y numerosos talleres e industrias. Además, el ferrocarril había cambiado hondamente algunas zonas del interior, -como Tucumán, Mendoza y San Juan, abriendo para sus frutos el amplio mercado de Buenos Aires. Pero todo este país en movimiento precisaba obreros, y allí estaban entonces los variados millones de inmigrantes que arribaron de las zonas más pobres, especialmente de Italia y España, para trabajar en los campos y en las ciudades.

Sin embargo, no todas eran luces en la Argentina del 1900. Al lado del tremendo éxito político y económico, algunos observadores vieron graves vicios que comenzaban a corroer los valores constitutivos de la República: la ausencia de arraigo y de sentido nacional, el oportunismo, el culto obsesivo del éxito y la falta de responsabilidad. Para estos críticos, era el aluvión de extranjeros, ávidos de dinero y faltos de raíces en el país, el que había transformado esta reposada nación en una agitada factoría.

No podemos dejar de reconocer la gran parte de verdad que esta afirmación encerraba. La primera década del siglo vio llegar a la Argentina más de doscientos mil inmigrantes por año, en su mayoría italianos y españoles; el país tenía una población total de unos seis millones de habitantes, de la cual casi el tercio era extranjera; esta proporción ascendía a la mitad en la ciudad de Buenos Aires, y era también importante en la de Rosario y otras; las colonias florecían; los extranjeros formaban asociaciones de socorros mutuos, que a su vez mantenían escuelas *custodios del tesoro de la lengua y la consecuencia italianas*, al decir del comendador Cittadini, quien, además, exigía al gobierno de Italia que *incitara todo el celo de los*

agentes reales para mantener vivo en los connacionales el sentimiento de la patria.[2]

Sin embargo, no es posible encontrar hoy, en este análisis, la única causa del fenómeno que nos ocupa. En primer lugar, el extremo afrancesamiento de los gustos de la clase alta, producto del rápido enriquecimiento del país y sobre todo de su estrecha unión a Europa —que tenía a París por centro de su cultura—, fue un factor que también contribuyó a la pérdida del antiguo sentido nacional. En segundo lugar, esta súbita anexión económica de Argentina al centro del mundo industrial y financiero, convirtió al país, en pocos años, en una fuente de riqueza tan poco explotada como sospechada. Y como todas las riquezas repentinamente aparecidas, la de Argentina fue objeto de rapiña, no sólo por parte de los inmigrantes, sino también de los mismos nativos. Sin el contrapeso de una voluntad política, la norma fue entonces la búsqueda de la rápida ganancia, sin reparar en medios. Y esta conducta, que exaltaba el individualismo, el culto del éxito y la amoralidad, estaba reñida con la búsqueda de ideales y con un sano sentido de lo nacional, que requiere considerar a la comunidad y sus intereses como superiores a los propios personales.

En gran parte, además, la falta de arraigo de los inmigrantes fue consecuencia de la actitud de los mismos argentinos. Muchos más extranjeros, en efecto, se hubieran quedado en Argentina, y todos se habrían integrado más profundamente a la comunidad, si el país les hubiera ofrecido tierra barata, casa, crédito y estabilidad, como tantos, desde Alberdi, lo habían aconsejado. Sin embargo, en este aspecto la clase dirigente no siguió las sugerencias de su mentor doctrinario, y entregó sus campos —de valor inalcanzable para los

[2] *Conversación con el comendador Cittadini,* traducida del Secolo XIX, de Génova, para la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, aparecida en el tomo 24, pág. 561, marzo-jimio 1906.

escasos recursos del inmigrante— en arrendamiento o aparcería, no le concedió crédito, ni le facilite vivienda digna, y tampoco se interesó en que participase de la vida política, siquiera fuese con su voto. No por eso el inmigrante careció de oportunidades de enriquecerse; fueron muchos los que tuvieron esa suerte, porque las posibilidades que brindaba el país, en plena expansión, eran numerosas, y la estructura social no era impermeable al ascenso. Nuestra historia económica es, en gran parte, la de extranjeros que llegaron a ser grandes comerciantes, poderosos industriales y hasta terratenientes; y aun aquellos que no tuvieron fortuna se beneficiaron con los altos sueldos que se pagaban aquí, comparados con los de sus países de origen. Pero no era la organización misma del país ni una actitud consciente y generosa de los argentinos la que permitía a estos recién llegados arraigarse y progresar. Para eso tenían que depender de la fortuna; de las buenas cosechas que les permitieran arrendar superficies mayores: en suma, de la "lotería agrícola", como decía Emilio Lahitte. Podían también volver a su patria con unos buenos pesos, ganados con su trabajo en la cosecha, o permanecer hacinados en un conventillo de la ciudad, trabajando en la industria o en la construcción, a la espera de un golpe de suerte. Muchos hicieron fortuna, muchos más padecieron penurias, pero es indiscutible que el acaparamiento de la tierra, del crédito y del poder político no podía hacer del inmigrante un hombre integrado al país.

Contrariamente a lo que pudiera pensarse, fueron algunos dirigentes del 80 y del 90 los primeros en advertir el materialismo y desarraigo que amenazaba a la nación. Es que estos hombres, que tenían una enorme fe en sí mismos —apuntalada por su éxito en la conducción de la República—, que eran escépticos y poco rigurosos en materia moral y que no vacilaban ante el fraude para retener el poder, conservaban sin embargo cierto ascetismo en sus costumbres,

un amor a la nación y a sus tradiciones y una sed de cultura, que la riqueza haría perder a las generaciones siguientes. Esto los llevaba a enjuiciarlas.

Por otra parte, el inmenso adelanto del país había generado nuevos sectores que disputaban ahora el poder a sus antiguos dueños. No era extraño entonces que éstos comenzaran a juzgar con severidad algunas de las consecuencias del progreso. Las huelgas y violencias obreras, cada vez más frecuentes; las revoluciones radicales; el avance del poder económico del inmigrante en los sectores medios y altos; todo ello hizo reflexionar a algunos viejos miembros de la clase dirigente, en los últimos años de sus vidas.

Unos miraban el futuro con temor. Rafael Obligado, por ejemplo, que antes había cantado loas al progreso, en 1905 advertía en éste un cosmopolitismo irresistible, *una potencia igualitaria de pueblos, razas y costumbres, que después de cerrar toda fuente de belleza, concluirá por abrir cauce a lo monótono y vulgar*.[3] Miguel Calle era más contundente en sus juicios, ya que entre los jóvenes hijos de las familias del país no encontraba la capacidad intelectual y moral necesaria para dirigir sus destinos, sino estrechez de ideas y afán de beneficiarse,[4] y en los inmigrantes sólo veía el fermento revolucionario destinado a hacer perecer la civilización.[5] Esta mirada angustiada lo llevó a proponer, en 1899, una ley de expulsión de extranjeros que fue el origen de la famosa ley de residencia de 1902.

---

[3] *Carta prólogo a Mis montañas*, de Joaquín V. González, 2a ed., Buenos Aires, 1905, págs. XVII y XVIII.

[4] *La Nación* del 19-2-1900, comentario a El color y la piedra da Ángel de Estrada.

[5] *Nuevos rumbos humanos, artículo incluido en Prosa Ligera*, ed. La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1919. Véase especialmente el cap. VIII, páginas 222 y 223

Otros eran más optimistas, y a la vez más consecuentes con la confiada visión progresista taútípica de los hombres del 80. Roque Sáenz Peña y Carlos Pellegrini, por ejemplo, no dejaban de ver el problema que los inmigrantes habían traído consigo, pero para ellos la evolución natural, el hogar, la lengua y la escuela formarían una nueva raza, homogénea y fuerte, con todos los nuevos elementos.[6] También lo espiritual vendría una vez que las 'bases materiales de la nación hubiesen sido terminadas.[7] Es que para ellos, corno para tantos otros conservadores de su época, una sola gran reforma era necesaria: la electoral. Y en esto coincidían con su adversario, Hipólito Yrigoyen, para quien el libre acto de elegir sus gobernantes sería para el país, a la vez, el origen de la regeneración moral y de un profundo nacionalismo.[8]

Una tercera actitud de la clase dirigente argentina, frente al problema que nos ocupa, fue la de quienes propusieron otras reformas distintas de la meramente electoral. Las leyes de educación común y de servicio militar obligatorio ya habían tenido por finalidad modelar y unificar el espíritu nacional. Con mayor profundidad aun, otros hombres, como por ejemplo Joaquín V. González y Juan Bialet Massé, continuaron esa tarea[9] Aun siendo

---

[6] *Roque Sáenz Peña, Escritos y discursos,* ed. Peuser, Buenos Aires, 1935, tomo 1, págs. 83 y 368 y tomo II, págs. 12, 411 y 533. Carlos Pellegrini, *Introducción a L'Argentine au XXe. siecle,* de Martínez y Lewandowski, París, 1911, pág. LIX y LVII; *Obras completas,* ed. Jockey Club, Buenos Aires, 1941, tomo III, págs. 396 y 220. El pensamiento expresado en el tomo y, pág. 448, no parece haber sido definitivo sino ocasional.

[7] Carlos Pellegrini, O C., ed. cit., tomo IV, pág. 373 y V, pág. 435.

[8] *Hipólito Yrigo gen, pueblo y gobierno,* ed. Raigal, Buenos Aires, 1956, tomo II, pág. 111 y tomo III, pág. 84, 298, 308 y 417.

[9] Juan Bialet Massé nació en 1846 en Mataró, Cataluña. Emigró por razones políticas hacia Argentina en 1876. Fue médico y abogado,

fieles al roquismo y al juarismo, ambos comprendieron que para asimilar al inmigrante eran inútiles las leyes represivas: la solución estaba en superar el socialismo y el anarquismo con una legislación obrera justa y progresista.[10] Advirtieron, también, la importancia de una formación intelectual unificada y coherente para dar al pueblo un sentido nacional, aunque enfocaron el problema de una manera muy diferente como lo haría la generación del Centenario.[11]

Esta generación, de la cual hablaremos seguidamente, inscribirá su pensamiento y su acción dentro del marco que a grandes rasgos hemos recordado. Hará suyas también las actitudes básicas de sus padres: la angustia y la defensa frente a los recién llegados, el optimismo y la confianza en que el país los asimilará, la voluntad reformista para que lo haga sin quebrar su tradición. Pero a todo ello, y englobándolo y tiñéndolo todo, agregará un enfoque original.

---

rector de los colegios de Mendoza, San Juan y La Rioja y profesor de la Universidad de Córdoba. Su obra más conocida es- el dique San Roque (Córdoba), que construyó con Félix Funes y Carlos Cassaffouth. Murió en 1907. En otro sitio (*En camino a la democracia política*, ed. Astrea, Buenos Aires, 1975) hemos intentado demostrar el origen krausista de la revalorización de lo nacional en Bialet. Arturo A. Roig ha hecho lo mismo con el pensamiento de H. Yrigoyen.

[10] Véase, 'de Bialet Massé, su *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas*, Córdoba, 1968, y *El socialismo práctico del país*, Rosario, 1904. De Joaquín V. González, véase, por ejemplo, *El juicio del siglo o 100 años de historia argentina*, Buenos Aires, 1913, pág. 252.

[11] j V. González, Unidad de espíritu en la enseñanza argentina, Revista de Filosofía, N9 1, enero de 1915. J. Bialet Massé, Cuatro verdades sobre educación secundaria, Rosario, 1901.

Quiénes fueron los jóvenes de “Ideas”

No hay fractura entre las generaciones que se suceden en el -fluir de la historia. No la hay, por más diversos que se nos presente padres e hijos en su manera de abordar una realidad compartida en el tiempo. Los jóvenes afirman generalmente sus rebeldías, negando o tratando de rectificar la obra realizada por sus mayores; pero lo que pocas veces se advierte es en qué medida, al entregar sus esfuerzos a esta tarea, vuelven, con su primer gesto adulto, a los principios que recibieron en su etapa de formación. Es que el diálogo y la influencia recíproca entre padres, hijos, hermanos y aun abuelos, constituyen uno de los datos esenciales para comprender el complejo armazón del proceso histórico en un momento determinado.

La generación que llamamos del Centenario no escapé a esta señalada y repetida experiencia espiritual. Nacida entre los últimos años de la década del 70 y los primeros de la del 80 del siglo pasado, era hija de los hombres que, formados con la organización nacional, llevaron a la realidad, como gobernantes, los ideales y principios en que ésta se había inspirado.[12]

Manuel Gálvez, Ricardo Rojas, Juan Pablo Echagüe, Ricardo Olivera, Alberto Gerchunoff, Emilio Becher, Atilio Chiappon, Mario Bravo, los jóvenes que más tarde se nuclearían en la

[12] Llamamos generación del Centenario a la de los hombres nacidos aproximadamente entre 1876 y 1885, que publicaron sus primeras obras de significación -en torno a 1910. Se encuentran precedidos por la generación del 1900, cuya principal figura es Leopoldo Lugones. Además de las personalidades que se señalarán en el texto, y que actuaron principalmente en el mundo de las letras, otros miembros de la generación del Centenario fueron, por ejemplo, Rodolfo Moreno, Matías Sánchez Sorondo, Alfredo Palacios, Mariano de Vedia y Mitre, Juan Alvarez, Carlos Becú y Carlos M. Noel.

revista *Ideas*, fundada por Gálvez y Olivera en 1903, realizaron sus estudios primarios y secundarios en un país que habla alcanzado al fin una determinada estabilidad política, y que asimismo crecía constantemente en su desarrollo material, transmitiendo a sus futuros ciudadanos una sensación en la que se unían la euforia y el desconcierto. Esta ambivalencia, esta duda, se puso de manifiesto en ellos cuando, a la vez, aceptaron con entusiasmo la obra transformadora de la generación del 80, comprendieron igualmente la necesidad de rectificar su impulsó y su rumbo, para preservar los valores morales y la tradición espiritual del país.

El ideal político que Sarmiento y Alberdi predicaron en el Río de la Plata hace ya medio siglo, ha comportado, al realizarse, nuevos problemas morales... Concluida la organización nacional y conquistado el desierto, la paz y la fortuna constituyen desde hace veinticinco años, las dos ambiciones supremas de la sociedad argentina. Esto, como era de esperarlo, ha originado mengua en los conceptos mis nobles de la conducta, hasta producir, en ciertos instantes de nuestra reciente historia, verdaderos eclipses de la conciencia moral, decía Ricardo Rojas en uno de sus primeros libros, reflexionando sobre las consecuencias del inmediato pasado histórico en la Argentina de 1908.[13] Y otro miembro de la generación, Manuel Gálvez, al hablar de un personaje de su novela LA TRAGEDIA DE UN HOMBRE FUERTE, que tiene claras reminiscencias autobiográficas, relata que a éste le gustaba decir que pertenecía a una casta de héroes, y se alababa de su parentesco con aquellos hombres que habían llenado la provincia de escuelas, de colonias y de ferrocarriles. Pero inmediatamente, junto a la admiración por la gigantesca obra realizada en un país donde había que hacerlo todo, Gálvez criticaba duramente los medios utilizados y las consecuencias no queridas que había traído el progreso: *El*

[13] *Cosmópolis*, ed. Garnier Hnos., París, 1908, prólogo y pág. 87.

espíritu continuó durmiendo, mientras realizábanse grandes obras y el dinero transformaba el país. La generación que vivió entonces no aspiró a salir de su pereza espiritual. Al admirable dinamismo físico correspondió una gran ansia de goces materiales, pero las almas apenas despertaron de su modorra secular.[14]

No sería diferente la forma de pensar de Ricardo Olivera, quien en el artículo de presentación de la revista Ideas, en mayo de 1903, indicaba la necesidad de inocular ideal en el país, a la vez que advertía que éste no necesitaba de nada más para recorrer triunfal el ciclo de su evolución.[15] La nueva generación intelectual, en suma, admiraba la obra de progreso realizada por sus padres, pero negaba la-bondad de todas las consecuencias que ésta había traído consigo al país. El materialismo y la falta de ideales eran duramente criticados; también lo fue el cosmopolitismo de la Argentina del 1900, producto de la presencia abrumadora de los inmigrantes y de la aceptación, sin cortapisas, por parte de la clase dirigente, de los valores culturales franceses y anglosajones. Y en esta resistencia a la pérdida de la identidad nacional jugó un papel no desdeñable el origen geográfico y social de nuestros jóvenes.

En su gran mayoría ellos nacieron en el interior del país, o al menos habían pasado una larga etapa de su niñez o adolescencia en alguna- ciudad de -provincia. Si bien en éstas el avance del progreso febril se sufrió con menor intensidad que en Buenos Aires y sus contornos, en la medida en que su influjo llegó a las quietas

[14] Ed. Biblioteca de Novelistas Americanos, Buenos Aires, 1922, páginas 57 y 67.

[15] Revista *Ideas*, N° 1, mayo de 1903, Sinceridades. Ricardo Olivera nació en Buenos Aires en 1885. Estudió en la Facultad de Derecho local con Gálvez y Rojas. Luego de realizar en su primera juventud actividades de carácter literario, fue secretario privado del presidente Roque Sáenz Peña. Posteriormente actuó en la diplomacia, siendo embajador en Alemania y en la Francia de Vichy.

existencias provincianas produjo un gran impacto sobre los sensibles espíritus juveniles, que asistían al fin de un mundo patriarcal y a las últimas manifestaciones de una Argentina todavía gaucha. Así evoca Manuel Gálvez la Santa Fe de su infancia, envuelta en el ventarrón roquista:

Yo no recuerdo casi nada de la época anterior a su transformaciones, pues era entonces demasiado pequeño, pero sí conservo en la memoria infinidad de detalles y sensaciones de aquella década de progreso en que, lentamente, surgían barrios poblados de los eriales, en que empezaban a caer las tapias vetustas, los aleros de tejas y los ranchos techados de paja, en que desaparecieron las, serenatas, las veredas montañosas y los postes esquineros para atar los caballos.[16]

Sobrino, Gálvez, del jefe del partido Nacional en su provincia, e hijo, Ricardo Rojas del gobernador oficialista de Santiago del Estero, pertenecían ambos a las capas más elevadas de las clases dirigentes de sus respectivas patrias chicas, comprometidas y vinculadas estrechamente con los hombres que, desde Buenos Aires, recientemente federalizada, echaban las bases de una nueva política nacional. Eran —lo repetimos una vez más, porque tiene importancia para la interpretación del futuro nacionalismo de ambos— admiradores de la dinámica labor transformadora que sus padres habían realizado. Rojas, por ejemplo, dedicó su primer libro, LA VICTORIA DEL HOMBRE, aparecido en 1903, a su padre, *fundador de cien escuelas públicas en la provincia de Santiago, y Cosmópolis* (1908) a Carlos Pellegrini.

Pero a pesar de ello no eran hombres de Buenos Aires, y el mismo Rojas nos advierte cómo el medio provinciano imponía a sus hijos sus características, impregnando su carácter y formando su sensibilidad con sus gentes y su paisaje, al decir: *Yo he aprendido,*

[16] *Mi infancia en Santa Fe*, Caras y Caretas, N9 927, del 8-7-1916.

vagando por mis selvas santiagueñas, a penetrar en el secreto de las almas rústicas.[17] Es que quizás el haber pasado su niñez y su adolescencia en un ambiente en el que aún se conservaban las viejas tradiciones nacionales, iba a permitir a estos provincianos comprender, más adelante, la necesidad de restablecer un equilibrio entre la Argentina del litoral, progresista y casi extranjera, y el país del interior, tradicional y estático.

De la provincia a la gran capital

Pero estos jóvenes, para completar su educación, debían abandonar su rincón provinciano y emprender el camino de
MM
Buenos Aires, donde entrarían en contacto con todas las inquietantes realidades de la vida moderna y del agitado mundo de la riqueza. Al llegar sufrirían la tremenda impresión que produce un medio desconocido y brillante, al que no se puede controlar ni dominar, y que por temor se rechaza. Y estos- muchachos guardarán desde entonces, para sus provincias, los más íntimos recuerdos, en los que se atribuye al viejo lar las virtudes de pureza y autenticidad. Tal trascendencia ha tenido esta primera relación con Buenos Aires, que al reeditar Rojas en 1923, como hombre ya exitoso, LA RESTAURACIÓN NACIONALISTA (1909), confesará que la primera intuición emocional de este libro la había tenido al llegar, adolescente aún, desde su interior provincia de Santiago, el país de la selva, a la Buenos Aires cosmopolita, informe y enorme.[18]

Y Emilio Becher, aquel espíritu selecto, admirado por todos sus compañeros por su exquisita cultura y sensibilidad, en cartas a un antiguo profesor nos hace vivir su experiencia durante sus

[17] *Cartas de Europa*, ed. Sopena, Barcelona, 1908, pág. 107.

[18] Ed. Peña Lillo, Buenos Aires, 1971, pág. 22

primeros tiempos en la gran capital: *Soy un desconocido hasta de mí mismo. Vengo como un peregrino a esta ciudad santa de la civilización argentina, desde un colegio de provincias... A éste no lo olvidaré nunca. He dejado un pedazo- de mi alma adherido a la vieja casa, a los árboles, a los bancos de la clase, al aire mismo, a todo lo que es capaz de hacer vibrar un recuerdo, y despertar la pasada ilusión. Y cuando vuelvo a verle, con su aspecto de viejo caserón colonial, me parece sentir algo que hubiera salido de mí mismo, y que volviera a recuperar.*[19]

También se le presentó hostil la ciudad porteña a Manuel Gálvez. En EL MAL METAFÍSICO, novela en la cual el famoso escritor relata sus peripecias de juventud, un personaje que lo representa reflexiona con angustia sobre esta Buenos Aires espléndida y terrible, que sacaba de sus hogares provincianos a innumerables buenos muchachos y los atraía con su canción fascinadora. Y Gálvez piensa, a través de este ser de ficción, que su alma provinciana estaba llena de ideales y de belleza, que la gran ciudad ha ido borrando.[20]

Aunque de orígenes muy distintos, era también Alberto Gerchunoff un muchacho del interior que iniciaba la aventura de Buenos Aires en sus años adolescentes. Si bien había nacido en Rusia, llegó al país de muy pocos años, y luego de pasar su niñez en

---

[19] Carta de febrero y marzo de 1900, transcriptas en *Diálogo de las sombras y otras páginas* de Emilio Becher, ed. Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Literatura Argentina, Buenos Aires, 1938, págs. 368 y 370. Emilio Becher nació en Rosario en 1882, donde realizó sus estudios. Trasladado a Buenos Aires, ingresó a la Facultad de Derecho, abandonando luego para dedicarse al periodismo y la literatura. Poseedor de una extensa y refinada cultura, desde su primera juventud provocó la admiración y el aprecio de sus contemporáneos. Murió antes de cumplir los cuarenta años.

[20] Ed. Biblioteca de Novelistas Americanos, Buenos Aires, 1922, página 13.

las colonias israelitas de Entre Ríos, tentó la conquista de la ciudad porteña, trabajando como obrero y ejerciendo los más duros oficios, hasta unirse más tarde, a través del periodismo, con el grupo que describimos. Confirma Gerchunoff, a pesar de ser ajeno a la tradición del país, en su emotiva evocación del paisaje entrerriano, la constante que indicamos en otros miembros de su generación: *En Rajil fue donde mí, espíritu se llenó de leyendas comarcanas. Las tradiciones del lugar, los hechos memorables del pago, las acciones ilustres de los guerreros locales llenaron mi alma a través de los relatos pintorescos y rústicos de los gauchos, rapsodias ingenuas del pasado argentino, que abrieron mi corazón a la poesía del campo y me comunicaron el gusto de lo regional, de lo autóctono, saturándome de esa libertad orgullosa, de ese amor a lo criollo, a lo nativo, que debió, más tarde, fijar mi inclinación natural. En aquella naturaleza incomparable, balo aquel cielo único, en el vasto sosiego de la campiña surcada de ríos, mi existencia se ungió de fervor que borró mis orígenes, y me hizo argentino.*[21]

Sobre el tránsito del siglo ya está nuestro grupo en Buenos Aires. En la Facultad de Derecho unos, en las redacciones de los diarios de segunda fila otros, o en las tertulias semibohemias de La Brasileña y del Aues'Keller, se produjeron los encuentros que fructificaron en firmes amistades. De ellas nació la revista mxs, que en mayo de 1903 comenzó a publicarse bajo la dirección de Ricardo Olivera y Manuel Gálvez, y que sería el principal órgano expresivo de esta generación hasta 1905, año en que dejará de aparecer.

Anarquismo, modernismo y nacionalismo

¿Qué es Buenos Aires en los primeros años del siglo XX? Buenos Aires es el puerto, la capital de una República joven y

[21] *Autobiografía*, ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1973, págs. 25 y 26

opulenta. Es la calle Florida con s s hoteles y restaurantes de lujo, los cafés de la Avenida de Mayo y el pintoresquismo del Paseo de julio. Pero Buenos Aires, en esos días, es también la calle mal alumbrada de Barracas, el organito y el tango ori-hero, el siniestro conventillo de San Telmo y el mundo inmigrante de la Boca.

Desde esta ciudad compleja y orgullosa gobierna a los argentinos por segunda vez el general Julio A. Roca. Ha comenzado el crepúsculo de su hegemonía política, que se extendía ya veinticinco años. En 1901 había roto, con motivo del proyecto de unificación de la deuda externa, con el doctor Carlos Pellegrini, el hombre civil más representativo de su generación y su mejor socio en el ajetreado mundo del poder. Los políticos que no participan de la conducción del Estado advierten las grietas que comienzan a producirse en ci edificio levantado por el oficialismo, e intentan por una vía u otra prepararse para la inevitable transferencia de conducción. Imposibilitado Roca de imponer sin más un sucesor, demuestra nuevamente su pericia en el manejo de los negocios públicos al levantar el tinglado de la Convención de Notables, que elegirá a Manuel Quintana como candidato de transacción a la Presidencia. Mientras tanto Yrigoyen, en forma callada y silenciosa, teje pacientemente la trama de una conspiración que le permita llevar a cabo su propósito de recuperación cívica, al margen del camino constitucional, viciado por el fraude en los comicios.

En este clima, aun aquellos jóvenes que optaban por la acción política dentro de los cauces de las fuerzas tradicionales, manifestaban su disconformidad y desconcierto. *La juventud carece de rumbo: nace a la vida, o con ideales marchitos antes de florecer o con un escepticismo que se desprende de las reglas a las cuales sujetarse... El dilema en que se encuentran los que deben constituir las esperanzas de la patria tiene términos bien definidos y bien inconvenientes: o se entra de lleno a la actuación donde se respira*

un ambiente que no consulta los ideales con que se surge a la lucha, o se decide la eliminación individual y como consecuencia el aislamiento, decía un militante del conservadorismo al iniciar su brillante carrera.[22]

En tanto, nuestro grupo devoraba a autores que, como Tolstoi a Ibsen, abonaban las inclinaciones socialistas y anárquicas que compartían entonces los jóvenes intelectuales. Su firmeza, por lo demás, se encontraba expuesta a los constantes vaivenes que eran fruto de la inmadurez. Dos argentinos que no eran aplaudidos por el mundo oficial ni por la prensa de mayor prestigio, como el novelista Francisco Sicardi .y el poeta Almafuerte, influían también sobre los colaboradores de ms. Aquéllos pintaban con fuerte colorido la injusticia social, en una vibrante literatura, pero sobre todo era la sinceridad que emanaba de sus personas lo que atraía fuertemente.

Sin embargo, desde un punto de vista estético, la nueva generación no comulgaba con Sicardi y Almafuerte, que subordinaban el arte a la vida. Por esos años, todos ellos decían con Manuel Gálvez: *Mi vida es el canto... mi poesía es principalmente subjetiva..., algunos hablan de arte social (Perdónalos, Señor, porque no saben lo que dicen!)*.[23] Es que, en este aspecto, se insertaban en el movimiento modernista, con su definida intención de desplazar las corrientes naturalistas y realistas del lugar preeminente que ocupaban en el mundo de las letras. Y al hacerlo combatían de igual modo al positivismo, que era el fundamento filosófico de las expresiones estéticas aludidas.

La llamada generación del MERCURIO DE AMÉRICA, o del 1900, que antecede en forma inmediata a la que estudiamos, y de la

---

[22] Rodolfo Moreno, *Enfermedades de la política argentina*, ed. Félix Lajouane, Buenos Aires, 1905, págs. 163 y 164

[23] El enigma interior, Poemas 1904-1907, Buenos Aires, 1907, páginas 7 a 10.

cual son miembros Lugones, Ingenieros, Manuel Ugarte y Ángel de Estrada, entre otros, había recibido la influencia directa de Rubén Darío. Se unió a ésta la devoción por los simbolistas y decadentes franceses, especialmente Baudelaire y Verlaine, lo que trajo el reemplazo en sus preferencias de la razón por lo intuitivo y subconsciente, del rigor descriptivo del lenguaje por el valor artístico de la palabra, de las expresiones narrativas por la poemática y la lírica. Pero este valioso logro del modernismo, en su esfuerzo por trocar la aridez cientificista del positivismo en una visión en que estuviera presente el espíritu, conllevaba el riesgo de encerrar a los escritores en una posición elitista. Ella los alejaba de la realidad de su país, fuente siempre de la inspiración en los grandes creadores. En un esfuerzo por superar esta encrucijada, Manuel Ugarte escribía en 1906: *Muchos escritores sueñan en unir al espíritu de las diversas peculiaridades modernistas algo de esa extraña y melancólica modalidad de expresión que surge de nuestras inmensas llanuras y del rodar espumoso de nuestra vida heterogénea*.[24]

Los del Mercurio de América eran los jóvenes maestros admirados por la generación del Centenario, y el modernismo había acompañado a nuestros protagonistas en su búsqueda de una espiritualidad. Pero junto a esta marcada intención de proporcionar a la República los medios necesarios para recuperarse en este campo, los colaboradores de *Ideas* iban a proponerse afirmar las esencias nacionales, a las que veían en peligro, jaqueadas entre una población compuesta por un alto porcentaje de inmigrantes y la influencia abrumadora de pautas culturales extranjeras. El origen provinciano de estos estudiantes, su estupor frente a la gran ciudad, los conflictos mismos que presentaba la Argentina cosmopolita; sin duda les

[24] *La joven literatura hispanoamericana*, ed. Librería A. Colin, París, 1906, pág. 42.

hicieron más fácil superar la exquisitez y el subjetivismo modernistas y mirar el país con un sentido nuevo. Pero esta preocupación se tradujo en ellos, por ahora, casi exclusivamente, en un cambio de mentalidad, en un sueño: *Voy visitando Europa con la obsesión de mi país... no puedo apartarlo de mi memoria;* decía Ricardo Rojas, desde París, en su primer viaje a ese continente, mostrando una disposición de ánimo inusual en 1907.[25]

Esta primera transformación de los jóvenes de IDEAS tardaría un tiempo en dar sus frutos, pero ya en estos años lograría algunas expresiones ocasionales. Fue Emilio Becher quien, en párrafos escritos el 28 de junio de 1906 en LA NACIÓN, expuso por primera vez ideas que llevaban el inconfundible sello del nacionalismo. La hostilidad al inmigrante estaba presente en cada línea de Bec1rier: para él, perduraba en los argentinos, a despecho de tantas influencias, el alma indestructible de sus antepasados hispánicos; el fondo de su carácter seguía siendo español. Las recientes inmigraciones habían servido para trabajar los campos y cambiar el aspecto de las ciudades, pero las dos manifestaciones supremas de la comunidad, la obra del espíritu y la organización política, habían sido realizadas por el grupo hispanoargentino: "La civilización no ha cambiado de centro". Por eso debíamos, según Becher, defender el grupo nacional contra las invasiones disolventes, imponiendo a éstas nuestro espíritu a través de la educación. La unidad de la enseñanza, la transmisión del idioma español y de las ideas que fundaron nuestra sociedad eran para este escritor el más grave y trascendental de nuestros problemas sociales.[26]

Ricardo Rojas, mientras tanto, viajaba por Europa, y en la tradición secular de sus países encontraba la fuente que daba vida e ideales a sus artistas y fuerza a su política. Descubrió entonces, casi

[25] Cartas de Europa, ed. cit., pág. 116.
[26] Diálogo de las sombras..., ed. cit., págs. 221 y 223.

al mismo tiempo que Becher, que uno de nuestros más graves problemas espirituales era el olvido del propio pasado, pues sólo éste, esparce sobre el mundo la sugestión del verdadero ensueño. Repetidamente advirtió, ya en 1907, que debíamos *renovar nuestra historia, cultivar nuestra leyenda, vivificar la tradición, no únicamente como estímulo de inspiraciones artísticas, sino como eficaz fuerza política, pues de esa conciencia de su pasado sacan los pueblos un ansia más efectiva de su perpetuidad.*[27] He aquí un tema del que Rojas haría para siempre una obsesión.

Contemporáneamente, Manuel Gálvez, al comentar el FACUNDO de David Peña, encontraba en este caudillo —que de niño le había impresionado a través de los cantos y relatos de provincia— al representante de nuestra democracia bárbara. Y a la vez exponía, quizás por primera vez, su admiración frente a una obra con un tema rigurosamente nacional, cuando antes Gálvez y sus compañeros consideraban estas cuestiones como banales e imposibles de ser recogidas por un arte superior.[28]

Fueron de este estilo los primeros balbuceos nacionalistas de los muchachos de *Ideas*, que comenzaron a producirse al promediar la primera década del siglo y que en 1909 y 1910 se trocarían en las sólidas obras que en ese sentido publicaron Gálvez y Rojas.
Pero no era sólo el particular origen social y geográfico de nuestros jóvenes, unido a su ubicación generacional, en medio de la ciudad cosmopolita, lo que había permitido este cambio de actitud. Además influyeron sobre ellos, como es lógico entre intelectuales, las nuevas ideas que comenzaban a circular por el mundo; ellas venían de

[27] Cartas de Europa, ed. cit., pág. 54.
[28] *Revista de Derecho, Historia y Letras*, enero de 1907, tomo 26, página 284. Algunos esbozos de esta actitud de Manuel Gálvez ya están presentes en sus comentarios a *La novela de la sangre*, de C. O. Bunge, y a las obras de Manuel T. Podestá *Alma de niña e Irresponsable*, aparecidos en *Ideas*, N° 9, de enero de 1904.

Francia, de donde estaban acostumbrados a recibirlas los argentinos, pero también de España. Y el hecho de que nuestros protagonistas analizaran con entusiasmo el nuevo pensamiento hispano, señala también que ellos miraban ahora más atentamente a la nación que más tarde descubrirían como el *solar de la raza*.

La obra de los escritores españoles de la generación del 98, muy especialmente la de Unamuno, pero también la de Ganivet y Ramiro de Maeztu, eran material de frecuente lectura para los jóvenes argentinos. El replanteo que estos pensadores realizaron en torno a la interpretación de la historia nacional, al papel del pueblo como auténtico protagonista de la misma, a la exacta valoración de las ideologías propias y foráneas, así como al redescubrimiento del paisaje —camino para hallar el encanto y la riqueza en lo sencillo y humilde—, tuvieron gran peso sobre nuestros noveles escritores.

Tampoco podemos dejar de lado la singular presencia de Maurice Barrés. Este escritor Lorenés, a través de su serie de novelas *El culto del yo y La energía nacional*, satisfizo la aspiración de la joven intelectualidad francesa al ponerla en comunión con la sabiduría tradicional de la que era depositario el pueblo. De este modo, se oponía al racionalismo aún predominante, afirmando la posibilidad de alcanzar la solución para la hora que vivía su país por medio de la intuición individual, ruta para reencontrar una nueva solidaridad nacional. Barrés —representante del nuevo nacionalismo que se originó en Francia como una reacción a la política laica y pacifista de la tercera república y tuvo otra expresión en Charles Maurras—fue también una influencia de primera magnitud sobre nuestros autores.

Por último, también los argentinos de mayor edad y prestigio, como Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros, Juan Agustín García y Lucas Ayarragaray, a través de sus ensayos —

Nuestra América, La ciudad indiana, y otros— inclinaban a estos jóvenes al estudio de los orígenes y la formación de la nacionalidad. La revista SEAS murió en 1905, pero la experiencia que sus colaboradores habían vivido en ella siguió existiendo en cada uno. Ellos recordaban, ya viejos, la camaradería y los afanes que los habían unido, la frescura, la ingenuidad y la fuerza que les daba su juventud de aquel entonces. El vínculo de las amistades, por otra parte, no se rompió jamás. Tampoco se quebraron en ellos los ideales que habían hecho suyos cuando aún eran muchachos. Juan Pablo Echagüe, por ejemplo, todavía en 1917 exhortaba a los argentinos a formar un gran país en base a obras del espíritu y no al engorde del ganado.[29] Y Gálvez, al escribir sus Memorias, recordaba con justo orgullo que su generación había sido la primera en mirar hacia las cosas de nuestra tierra, y luego echaba una ojeada sobre la obra intelectual que en todos los campos de la literatura ella había realizado, y cuya sola enumeración llevaría varias páginas.[30]

Pero hubo dos jóvenes, entre ellos, que hicieron del nacionalismo una pasión que impregnó todas sus obras. Fueron, es casi innecesario decirlo, Ricardo Rojas y el propio Manuel Gálvez.

[29] Revista Proteo, N9 23, del 13-1-1917

[30] *Amigos y maestros de mi juventud*, ed. Hachette, Buenos Aires, 1961, págs. 37 y 43.

CAPÍTULO II

GÁLVEZ Y ROJAS: SU PASADO FAMILIAR

Espiritualidad y sentido nacional fueron las bases de la prédica de Gálvez y Rojas en sus primeras obras. Al leerlas se advierte cuántas lecturas, cuántos pensamientos, cuántas discusiones había atrás de esos libros. Sin embargo, serían éstos algo más que la formulación nacional de una doctrina, porque todo autor al manifestarse expresa también de manera inconsciente a su medio familiar y social. Por este motivo, es importante analizar la ubicación de las familias Gálvez y Rojas en la circunstancia política y económica de principios de siglo. Así veremos hasta qué punto es también de ellas el grito con que sus hijos rasgaron el aire festivo de la Argentina del Centenario.

De Mitre a Roca en las provincias

Las familias Gálvez y Rojas pertenecieron durante el último cuarto del siglo pasado a las clases dirigentes de Santa Fé y Santiago del Estero, respectivamente. Para situarlas bien, es necesario recordar primero el desenvolvimiento de los sectores gobernantes provincianos, a partir de la batalla de Pavón.

Es sabido que los años que corrieron desde la mitad del siglo pasado hasta la Primera Guerra Mundial estuvieron señalados por el auge del capitalismo en el mundo. Inglaterra, qué había colmado su territorio con los ferrocarriles, caminos y obras que le permitían ser

un país industrial, al cruzar la década de 1840 adhirió al liberalismo económico y, por la habilidad o la fuerza, obtuvo favorables tratados de comercio que le permitieron vender y comprar en gran parte del globo. Es que necesitaba ya de nuevos mercados para colocar, no sólo sus mercaderías, sino también sus grandes capitales. Y más adelante otros países, corno Francia, Alemania y Estados Unidos, siguieron este mismo camino.

Así fue como la industria, los ferrocarriles, los bancos y las bolsas comenzaron a unificar el mundo. La Confederación Argentina, con sus praderas excepcionalmente fértiles y su clima maravillosamente benigno, tenía reservado un papel de relevancia: suministrar lana, carnes y cereales a precios reducidos a las naciones industriales. Pero ella no era capaz de asumir esta función, que tantos beneficios podía traerle, sin unirse cultural, económica y hasta técnicamente a la Europa manufacturera.

Unirse a Europa: así lo habían aconsejado, hacía ya muchos años, los proscriptos del 37, cuando enfrentaban los amargos frutos de la revolución de independencia. Pero unirse a Europa implicaba también, y aquellos románticos lo sabían, que el país mismo se organizara y pacificara. Y fue así, como la segunda mitad del siglo XIX transcurrió para Argentina bajo el signo de la progresiva unificación política y económica.

Urquiza fue el gran iniciador de esta tarea. La batalla de Caseros, la apertura de los ríos, la fundación de las primeras colonias, el aliento de los inmigrantes, la Constitución Nacional, fueron todas obras que llevaban el mismo propósito, inspirado en el pensamiento de Alberdi. Pero sobrevino la escisión, y las provincias sin Buenos Aires eran un cuerpo sin cabeza y sin vigor, como el autor de las Bases se encargaría de demostrar. Las destartaladas finanzas de la Confederación no podrían vencer al puerto ni a los porteños.

Nadie lo expresó quizás con más sentimiento que el mismo Urquiza, cuando al informar sobre la batalla de Pavón decía: *o sacrificaba mis divisiones entrerrianas, que habían combatido con tanto coraje y que habían sufrido sensibles pérdidas, y las sacrificaba en una lucha estéril o las retiraba del campo. Como es sabido esta última fue su decisión: había sonado la hora del General Mitre.*

Sería Buenos Aires, bajo el liderazgo de éste, la que conduciría la unificación del país. Tarea compleja, porque el Litoral y el Interior- guardaban un peso propio y significativo. Desde un punto de vista político, hasta 1869 las provincias tenían más de 1.200.000 habitantes, y Buenos Aires sólo 500.000 (hoy Buenos Aires cuenta con más de la mitad de la población del país). También económicamente tenían importancia el fértil litoral, especialmente Santa Fe y Entre Ríos, y un interior de economía aún diversificada.

Mitre había logrado neutralizar a Urquiza, respetando su viejo dominio político sobre Entre Ríos, pero las demás provincias eran declaradas tácitamente enemigas del triunfador de Pavón, salvo Santiago del Estero. Aquí, los Taboada, parientes y sucesores de Ibarra, dominaban sin discusión, y sirvieron a Mitre para controlar militarmente, en unión con Buenos Aires, el norte y el oeste del país.

Porque, en verdad, la fuerza militar se hacía imprescindible para que los liberales pudiesen controlar los gobiernos de provincia. Nada mejor, para describir a estos partidarios del General Mitre, que las cartas recibidas por éste de sus jefes militares y comisionados. Los liberales recibían el apoyo de *los propietarios y comerciantes ricos del lugar, pero eran una turba de doctores, incapaces ninguno de ellos de infundir respeto a la turba de enemigos que tenemos. Es preciso aquí un militar...*, escribía Paunero, desde Córdoba, en 1862.[31] Además, eran muy pocos: aún en 18 el comisionado

[31] *Archivo del general Mitre*, ed. Biblioteca de la nación, Buenos Aires, 1911. Tomo XI.

nacional Eduardo Costa informaba que en Santa Fe el gobierno no tenía *un solo amigo, fuera de sus empleados y de tos diarios que paga para que le hagan atmósfera.*[32]

Por último, se encontraban divididos entre ellos, como en Catamarca, donde el mismo Paunero observaba que los liberales, *como buenos liberales, están divididos y perfectamente peleados los cuatro gatos que osan allí darse ese título.*[33]

Fácil es advertir que en estas condiciones, los mitristas de las provincias no podían afrontar el continuo embate de los federales desplazados después de Pavón, sin la ayuda constante de la milicia nacional. Además, la represión de las montoneras de Peflaloza y Felipe Varela y la detestada guerra del Paraguay tuvieron la virtud de aumentar las dificultades políticas de los liberales, incrementar la importancia del poder militar y restar apoyo popular, si cabía, al gobierno nacional.

No es raro entonces que Sarmiento, para ser presidente, haya debido sumar a su prestigio el apoyo de los jefes del ejército. Pero de ahí en más, tanto su gobierno como el de su sucesor, Avellaneda, fueron un intento de lograr el apoyo de las provincias, para contrarrestar el poder de Buenos Aires, que les quitaba independencia. El mitrismo no estaba dispuesto a admitir este reverdecer federalista, pero fue vencido en las acciones revolucionarias que intentó en 1874, así como con la consecuente intervención nacional a Santiago del Estero (1875), que daría en tierra, para siempre, con sus aliados, los Taboada.

Lentamente, las provincias volvían a ocupar el puesto que les pertenecía. Sin embargo, tanto Sarmiento como Avellaneda estaban ligados, en el fondo, por sus compromisos, con Buenos

[32] Obra citada, tomo I.
[33] Obra citada, tomo XII.

Aires, que había sido la cuna de sus carreras políticas y a cuyos hombres estaban atados por fuertes relaciones.

Sería un hombre nuevo e independiente de los antiguos partidos; un militar profesional que desde su puesto había apoyado las políticas de todos los presidentes fuesen ellos Urquiza o Mitre, Sarmiento o Avellaneda; un tucumano sin pasado político, el llamado a convocar la reunión de las provincias para imponer un gobernante.

El General Roca pertenecía, como el que más, a esa joven generación que llevaba en sí los principios liberales que ya no se discutían. Era un hombre culto, que no ignoraba el latín ni el griego ni los clásicos castellanos. Pero no era un idealista: su labor sería la de realizar, pragmáticamente, la tarea de progreso y paz tantas veces postergada. Añoraba, sobre todo, el orden, tan necesario para llevarla a cabo.

Roca puso tras de sí, para llegar a la presidencia, a las viejas oligarquías provinciales, representadas por la Liga de los doce Gobernadores. Superando ideas que en gran parte el país había asimilado ya y en el resto definitivamente rechazado, estos gobernadores serían los primeros portaestandartes de la nueva bandera de progreso y paz que el roquismo traía. Es que en su mayor parte pertenecían a la clase social más poderosa en las provincias: la de los terratenientes y comerciantes que muy pronto confundirían sus intereses con los de sus colegas de Buenos Aires. Los ferrocarriles, los frigoríficos, los cultivos, la intensa apertura al mercado europeo, unirían, en efecto, los intereses de todos los hacendados; y éstos participarían de las ganancias que el progreso había de reportarles durante los años en que el régimen de Roca pondría paz y traería capitales e inmigrantes.

Pero esta progresiva co1usi6n de intereses económicos entre las clases dominantes en el interior y en Buenos Aires signó el ocaso

definitivo de la autonomía de las provincias, que desde entonces fueron socias menores de una empresa que las abarcaba. Otras causas también contribuyeron a relegar las provincias a este papel secundario: el poder político creciente de un ejército nacional disciplinado y estratégicamente distribuido en todo el territorio del país; el acentuamiento de la dependencia financiera y administrativa de las provincias con respecto al gobierno central, y el manejo de los fondos del Banco Nacional en favor de los amigos políticos del presidente. Con la federalización de Buenos Aires había caído también, paradójicamente, el último bastión federal, y muchos así lo advirtieron.

Desde entonces, en efecto, Roca manejaría con habilidad el país y el partido Autonomista Nacional, desplazando con astucia a los gobernadores que hubieran podido hacerle frente, y colocando en su lugar a adictos más o menos capaces, que generalmente pertenecían a los enriquecidos con el reciente progreso. Roca daría participación a los gobernadores, pero les exigiría sumisión; si la aceptaban, eran premiados con una senaduría nacional y la esperanza de una vuelta al poder: Si no, la provincia podía ser intervenida. Así *"el zorro"*, con la ayuda de sus socios políticos, entre los cuales ocupaba el primer lugar Pellegrini, condujo el país hasta entrar el siglo actual, reapareciendo una y otra vez cuando se lo creía en el ocaso, y retomando en sus manos una nación que sin duda lo necesitaba.

Los Gálvez y los Rojas: de la oposición al gobierno

Desde un punto de vista político, las familias Gálvez y Rojas se encumbraron bajo el régimen de Roca. Absalón Rojas, padre de Ricardo, fue gobernador de Santiago del Estero a partir de 1886. Este mismo año, en Santa Fe, José Gálvez era designado también

gobernador y su hermano y compañero político Manuel, senador provincial: era el tío y el padre, respectivamente, del novelista Manuel Gálvez.

Las figuras de Absalón Rojas y de José y Manuel Gálvez signaron la trayectoria de sus familias. Ellas fueron también s ventanas por las cuales sus hijos Ricardo y Manuel se asomaron al mundo político, en su adolescencia y primera juventud.

Absalón nació en 1845 en una familia pobre, en la pobre Santiago del Estero. Su única instrucción fue la que recibió en la escuela de Fray Juan Grande: cuentas, catecismo, gramática e historia sagrada. José y Manuel Gálvez, nacidos en 1851 y 1852 respectivamente, eran, por el contrario, hijos de una antigua y rica familia santafesina, emparentada con apellidos patricios. Su padre fue José Toribio de Gálvez (1818-1874), mayor de caballería, que ya había tenido alguna actuación política en su provincia, pues en 1855 era diputado a su Honorable Asamblea Constituyente.

Sus hijos José y Manuel estudiaron su bachillerato en el afamado colegio de la Inmaculada Concepción, de los jesuitas. En este instituto, reabierto en 1862, los alumnos recibían, al compás de la famosa *ratio studiortim,* una sólida formación clásica Y religiosa que no excluía los serios conocimientos de ciencia empírica, siempre que no fueran en menoscabo de la sana filosofía, de la fe y de la virtud.

Las ideas liberales, sin embargo, comenzaron a cundir hacia principios de-la década del 70 entre los alumnos mayores, de cuyo grupo formaban parte los Gálvez. José, además, fue presidente de la Academia Literaria del colegio, donde se encontraban muchos de su generación que luego descollarían, como Ramón Lassaga, Vicente Navia, Celestino Pera, Joaquín Lejarza, Joaquín y Tomás Cullen y hasta el poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín. Finalmente, los hermanos Gálvez se recibieron de abogados en la Escuela de

Derecho del Colegio, donde tuvieron como profesores, entre otros, a Manuel D. Pizarro e Isaías Gil.[34]

Aun siendo de orígenes diferentes, el destino iría acercando poco a poco a Rojas y - a los Gálvez, puesto que todos ellos se dedicaron desde jóvenes a la política. En Santiago, los Taboada, enviaban contingentes a combatir al Paraguay, lo que motivaba frecuentes revueltas. En una de ellas Absalón fue puesto preso y engrillado (1867). Fue el comienzo. Con la ayuda del centinela escapó de su encierro y se dirigió a caballo a Tucumán y luego a Salta, donde se dedicó a arrear mulas a Bolivia, negocio espléndido en ese entonces. Pero más afortunado aún fue en encontrar allí a Roca, con quien hizo amistad, así como con muchos otros hombres que luego le ayudaron en su carrera política.

Años más tarde, Rojas fundaría en Tucumán, con su hermano Segundo, una casa de comisiones que operaría con el norte y el litoral, a la vez que iniciaría empresas de agricultura con su padre y su hermano Nono en La Banda, la zona más fértil de Santiago. El comercio, la tierra y la política: una tríada que veremos repetirse.

Pero antes le era necesario a Absalón encontrar sus padrinos. Los halló en Córdoba, la cuna del roquismo.. En 1872 nuestro personaje sufría miseria en Rosario, cuando logró emplearse en la casa comercial de Orgaz y Cía.; de allí pasó a Córdoba, donde fundó y dirigió una sucursal. Posiblemente haya sido José A. Orgaz, un santiagueño que actuó en la política de Córdoba y que luego fuera

[34] Manuel Dídimo Pizarro nació en Córdoba en 1841 y se radicó en Santa Fe, donde fue ministro de Iriondo. Posteriormente tuvo descollante actuación en el Senado Nacional y fue ministro de Justicia en ci primer gobierno del general Roca. Se destacó por la defensa de las autonomías provinciales y los principios católicos. Isaías Gil (n. Córdoba, 1843) fue ministro en su provincia del gobernador Marcos Juárez y diputado nacional.

vicegobernador de Absalón Rojas, quien lo introdujo en el núcleo de jóvenes de esa provincia que pocos años después tomarían el gobierno. Allí, Rojas ingresó al partido del Dr. del Viso, fue miembro de la Legislatura y reanudó su amistad con Roca.

En Córdoba, entonces, Absalón Rojas entroncó con la política de los nuevos tiempos, y desde allí también continuó su combate contra los Taboada, pero esta vez desde el periodismo, escribiendo en el ECO DE CÓRDOBA. En 1875 cayeron los Taboada, y entonces Rojas volvió a su provincia, ahora bajo el gobierno de Gregorio Santillán, que ya se encontraba inscripto en la tendencia de Avellaneda y Roca.

Luego de ser derrotado en 1878, Absalón logró ser electo diputado nacional, en 1878. Intervino en el debate de 1880 en favor de la federalización de Buenos Aires, y fue de aquellos congresales provincianos que la engreída ciudad porteña hizo objeto de su burla y sarcasmo.

A su vuelta a Santiago fundó el Club Libertad (partido rojista), cuyo órgano de expresión fue el diario LA OPINIÓN PÚBLICA, que editó a partir de 1882 con su hermano Nerio. Para este entonces ya Rojas dominaba la Legislatura provincial y todos los resortes locales del poder político. Así, fue electo senador nacional por Santiago hasta 1886, año en que asumió la gobernación.

Desde entonces y hasta 1892 la familia Rojas fue la más importante de su provincia, y Absalón, dueño de su destino político, el hombre más respetado y temido. En este ambiente se crió Ricardo Rojas, quien nació en 1882 y era admirador de su padre, a cuya causa quería ser útil a pesar de su corta edad, según dice.[35]

[35] Reportaje a Ricardo Rojas publicado en el diario *Los Andes*, 21 de septiembre de 1941.

Aunque situado en un contexto económico y cultural muy diferente, el camino de los Gálvez tuvo características similares. José Gálvez era miembro del partido Liberal de Santa Fe, liderado por Nicasio Oroño, que se encontraba en la oposición desde que en 1867 una revolución lo había derrocado del gobierno. La sedición había sido organizada por los federales, y su verdadero objetivo era volcar la provincia hacia la candidatura presidencial de Urquiza, en las elecciones de 1868.

El comisionado para intervenir con este motivo la provincia, Francisco Pico, escribía a Mitre significativas palabras que nos pintan a los liberales de Santa Fe: *Yo soy parcial, en efecto, afirmaba. No considero, como Ud. dice, que en esta cuestión sólo se trata de salvar un principio. Creo que en su resultado van envueltas las más importantes conveniencias de la nación.*

Entregada la provincia de Santa Fe a los malos elementos que se han sublevado contra el señor Oroño, será siempre hostil a todo gobierno liberal, y por su situación geográfica hará imposible gobernar la República desde Buenos Aires. Es preciso sostener y alentar el partido civilizado, que no es tan diminuto como Ud. cree, pues se compone de todos los hombres ilustrados, de todos los hombres de fortuna, de todos los que tienen una posición social digna y que desean el orden. Puede ser que sean en menor número que los guasos y viciosos, pero esto sucede en todas nuestras provincias, y aún en Buenos Aires mismo, y no por eso debe ser abandonado y entregado a discreción del mal elemento.[36]

Contentémenos, por ahora, con subrayar el sector social al que los Gálvez pertenecían, tan agudamente descripto por Pico, y sigamos con nuestra narración. En ella, los *malos elementos* a que se refería el comisionado, o sea los federales, triunfaron en las

[36] *Archivo del General Mitre*, ed. cit., tomo 1.

elecciones con que culminó la intervención y llevaron al gobierno a Cabal, su candidato.

Pero el verdadero inspirador del movimiento sedicioso había sido Simón de Iriondo, hombre culto e inteligente, una especie de Lord Byron, según Alberdi;[37] fue nombrado, naturalmente, ministro de Cabal, y en 1871 electo gobernador de Santa Fe. Desde entonces hasta su muerte condujo la provincia ocupando un lugar prominente entre los aliados de Roca. Por eso, desde 1867, los liberales santafesinos y entre ellos los Gálvez, se encontraban en la oposición.

José Gálvez, sin embargo, no estaba dispuesto a seguir siendo toda su vida un opositor. A la muerte de Iriondo, ocurrida en 1883, el partido de éste, llamado el Club del Pueblo, entró en crisis por la ausencia de su jefe Además, Roca en los últimos tiempos había quitado su apoyo al iriondismo, con la simple intención 'de contrarrestar las veleidades que a nivel nacional tenía el gran caudillo santafesino que acababa de morir.

La división de su partido y la falta de apoyo del gobierno nacional hicieron vacilar la posición del gobernador iriondista Zavalla. Este, entonces, ofreció el Ministerio de Gobierno a José Gálvez, para congraciarse con la oposición y sumar a su gabinete un hombre de prestigio en la provincia.

Gálvez aceptó el Ministerio, recorriendo así un camino desde la oposición liberal hacia el oficialismo, que muchos transitarían.

---

[37] Simón de Iriondo nació en Santa Fe en 1836. Su orientación política fue federal y opuesta al anticlericalismo. De este modo se enfrentó con los gobiernos liberales de su provincia, posteriores a Pavón, especialmente los de Patricio Cullen y Nicasio Oroño. Fue ministro de Cabal de 1868 a 1871, gobernador de Santa Fe de 1871 a 1874. Electo senador nacional en 1874, abandonó el cargo para ser ministro del Interior de Avellaneda hasta 1878, año en que volvió a ejercer el gobierno de su provincia hasta 1882. Nuevamente electo senador nacional, en 1883, falleció pocos meses después.

Más allá de la interpretación pequeña que de este hecho puede hacerse, nos interesa mostrar que el mismo revela a Gálvez como un típico personaje del 80: si bien era un hombre culto como los de su tiempo, para quienes las ideas liberales no admitían discusión, no era un principista sino un pragmático, que quería ver realizado el progreso que imaginaba. Además, era un hombre nuevo, libre de atavismos, prejuicios y ataduras de los viejos partidos, dispuesto a sustituir la lucha meramente política por la menos peligrosa y más productiva batalla por el progreso de la provincia.

Desde el gabinete, Gálvez preparó su elección como gobernador, para lo cual contó ahora con el apoyo del iriondismo, mientras que el partido Constitucional (Liberal), cuyos miembros se sentían traicionados por Gálvez, levantaban la candidatura de Estanislao Zeballos. Con motivo de los comicios fundó Gálvez el diario NUEVA ÉPOCA (1886), en el cual muchos años después haría sus primeras armas literarias su sobrino Manuel; el diario estaba bajo la dirección de David Peña, amigo de los muchachos de más y colaborador de esta revista.

Como es lógico suponer, José Gálvez venció en las elecciones de 1886, y muchos liberales lo siguieron en su tránsito político hacia la situación oficial. Ese mismo año su hermano Manuel era electo senador -provincial. El galvizmo gobernó en la provincia de Santa Fe, en forma indiscutida, hasta 1893. Nuestro Manuel Gálvez, nacido en 1882, pasó, pues, su niñez, en la familia más importante de esa provincia, ante cuyos miembros los respetuosos paisanos se sacaban el sombrero e inclinaban la cabeza. *Ese hombre admirable,* dice Gálvez de su tío José: así, y con más admiración aún, debe haber visto de niño al dueño de Santa Fe.

Hagamos un alto en el relato. Varias características asimilan a los Gálvez y Rojas. Parten ellos de situaciones económicas que se han visto altamente favorecidas por el progreso del país y su

apertura al mercado exterior, producidos a partir del último cuarto del siglo pasado. Este desenvolvimiento los ha hecho ascender, inclusive a nivel nacional, pero sobre todo dentro de su provincia.

Coincidentemente, desde un punto de vista político, ellos surgen cuando el mitrismo muere. Rojas siempre fue antitaboadista y se le hizo fácil el camino recién a partir de 1875, cuando estos caudillos desaparecieron.

Y hemos visto cómo José Gálvez lideró a grupos de liberales ilustrados y poderosos, que tenían rango social y una posición que defender, y que se convirtieron de opositores en situacionistas. Desde entonces y hasta mediados de la década del 90 gobernaría la provincia *como dueño*, según le dijera una vez Aristóbulo del Valle, utilizando un término que también podría ser aplicado a Rojas en Santiago del Estero.

Pero otra característica similar nos conducirá ya hacia el futuro. Tanto el santiagueño como los santafesinos pudieron empezar su -carrera a partir del momento en que los grandes caudillos de sus -provincias entraron en el ocaso: los Taboada e Iriondo. Es que la era de los caudillos locales capaces de enfrentarse cara a cara con el presidente, como decía Sarmiento de los-Taboada, ya había pasado. Ahora quedaban los que debían ser necesariamente sumisos, porque a pesar de que sus clases sociales, dentro de sus provincias, ascendieron tremendamente con el roquismo, éste había elevado mucho más aún el papel del presidente dentro del país.

Así fue como tanto Rojas como Gálvez, antes de asumir la gobernación de sus provincias, debieron pagar la imprescindible cuota de adhesión a los deseos del presidente. En 1882 el gobernador de Santiago, Pedro Gallo, pretendió imponer un sucesor, en contradicción con los-propósitos de Roca. La Legislatura local respondía en parte a Absalón Rojas y a sugerencia de éste suspendió a Gallo. En su reemplazo asumió la gobernación Pedro J. Lami, bajo

cuyo control e influencia se realizaron las nuevas elecciones. En ellas venció Luis G. Pinto, que era el candidato apoyado por el entonces gobernador de Córdoba, Miguel Juárez Celman.

De esta manera Absalón Rojas aparecía poniendo por primera vez los resortes políticos de su provincia a disposición de Roca, y también del concuñado de éste, Juárez Celman, en su carrera hacia la presidencia 'de la nación. Pero esta victoria de Rojas y Juárez Celman se frustró, pues ante la división de la Legislatura fue intervenida la provincia y electo un nuevo mandatario, Pedro F. Unzaga. Este, con su ministro José Nicolás Matienzo, no se inclinaba por ninguno de los presidenciables de 1886.

Entonces la Legislatura, que respondía ahora enteramente a Absalón Rojas, suspendió a Unzaga, quedando así la provincia y su consiguiente voto en las próximas elecciones de presidente, en manos del vicegobernador, Sofanor de la Silva, hombre leal a Juárez. De más está decir que Santiago votó a éste, y que el camino de Absalón Rojas quedó indisolublemente unido al del joven presidente cordobés.[38]

Algo similar, en el fondo, pasó en Santa Fe. El partido Liberal de esta provincia había adherido al autonomismo de Alsina desde 1874, y en 1886 se había decidido a apoyar la candidatura de Juárez Celman. El oficialismo había hecho suya la candidatura presidencial de Bernardo de Irigoyen. -Roca aclaró a Gálvez, en Rosario, sus propósitos. Posteriormente, la situación provincial adhirió a la de Juárez Celman.

Si bien las anécdotas relatadas no pueden desprestigiar las figuras de dos grandes gobernantes como Rojas y Gálvez, sirven para mostrar la índole de las relaciones entre los gobiernos

[38] Véase en este sentido la profusa y significativa correspondencia dirigida por Absalón Rojas a Miguel Juárez Celman, en el Archivo General de la Nación, Archivo Juárez Celman.

provinciales y el nacional, bajo el roquismo. Además, estos episodios revelan que tanto Rojas como Gálvez pusieron sus provincias, en el mismo año en que comenzaron sus gobernaciones, a disposición de la candidatura de Juárez. Ingresarían así entre los primeros gobernadores que verían unido su destino político al del concuñado de Roca.

Del gobierno a la oposición

Si analizamos a Gálvez y a Rojas como gobernadores, encontraremos otra característica que los une: su devoción por el progreso, común a los hombres de la generación del 80. El fenómeno se explica fácilmente en Gálvez, culto y rico, de antigua familia, educado en las ideas clásicas y también en las modernas. En Rojas, en cambio, que sólo había aprendido sus primeras letras, además del quichua, debemos suponer que existía la natural inteligencia y la intuición que los adversarios de su tiempo le negaban pero que él materializó, como un testimonio incontestable, en su propia obra y en la brillante carrera de sus hijos Ricardo, Nerio y Julio.

La sola enumeración de las obras de gobierno que José Gálvez y Absalón Rojas realizaron a partir de 1886 llevaría varias páginas. En síntesis, aquéllas son -un buen ejemplo de las administraciones técnicas, de corte moderno, que el roquismo inauguró -en el país. Partiendo de un estudio científico del territorio y la sociedad provinciales (Memoria Descriptiva de Santiago del Estero, Censo de la Provincia de Santa Fe), estos hombres de 'gobierno proyectaron y realizaron una transformación de la infraestructura (ferrocarriles, caminos, diques, puentes, canales, pueblos, reformas urbanas, etc.) para adaptarla a los nuevos ritmos que la inmigración y la agricultura imponían. Gálvez, además,

impulsó un profundo cambio legislativo, que se compadecía con el espíritu liberal de los años 80; celebró en Rosario la Primera Exposición Provincial, espectáculo recientemente adaptado, muy al uso en la época; favoreció la colonización y celebró el contrato para la construcción del puerto de Santa Fe. Rojas dedicó la mitad de los escasos recursos de su provincia a la educación: así, durante su gestión el número de escolares matriculados y de colegios se duplicó.

Fue llamado, por este motivo, el Sarmiento santiagueño, y hasta sus más enconados adversarios no pudieron sino admirar este aspecto de su obra. Gálvez, por su parte, pasó a la historia por haber creado la Universidad de Santa Fe, sobre la base de la Escuela de Derecho de los jesuitas.

Pero esta suerte de vidas paralelas, que sólo el roquismo pudo hacer semejantes, no tendría adecuado final sino se expusiera cómo quiso el roquismo que terminaran su camino político casi simultáneamente.

Cuando José Gálvez y Absalón Rojas finalizaron sus gobiernos en 1890 y 1889, respectivamente, ambos impusieron a su provincia un sucesor que les fuera fiel y concurrieron como senadores al Congreso Nacional, según era de estilo. Allí, en el Congreso, los ex gobernadores provinciales se encontraban en el centro mismo de las decisiones, los rumores, vaivenes e insinuaciones políticas, con las evidentes ventajas que esto reportaba.

Gálvez dejó como gobernador al Dr. Juan M. Cafferata y como vice a su cuñado, José Elías Gollán. En el gabinete, además, tenía la cartera de Hacienda su propio hermano Manuel, quien hasta entonces había ocupado, a su sombra, cargos públicos de creciente importancia (Concejal Municipal de Santa Fe, vicepresidente del

Concejo Deliberante, diputado a la Convención Reformadora de 1890).

Rojas, por su parte, colocó en el gobierno a su pariente - Máximo Ruiz, quien en 1892 devolvió el cargo a su verdadero dueño. Más le hubiera valido a Rojas continuar su senaduría en la rutilante Buenos Aires finisecular, porque a los siete días de recibido el gobierno se encontraba preso por una sedición realizada con muy pocos recursos por cívicos y modernistas de su provincia.

Es que éstos habían concebido esperanzas y cobrado fuerzas desde que Luis Sáenz Peña, presidente gracias al acuerdo de Roca y Mitre (1892), buscó su independencia política nombrando ministros no vinculados a los gestores de su candidatura. Entre ellos, el del Interior fue Manuel Quintana, quien no simpatizaba con Roca ni podía contar con los radicales. Tenía pues que buscar apoyo en las dos fuerzas políticas restantes (cívicos y modernistas), que protagonizaron la revuelta de Santiago.

Quintana intervino la provincia, pero también pidió y obtuvo del congreso que el comisionado tuviese facultades para examinar si la elección de Rojas se había ajustado a las leyes, reponiéndolo en su puesto sólo en caso afirmativo. Como era de esperar, Eduardo Costa, viejo mitrista elegido por Quintana para cumplir la misión, elaboró un riguroso informe que culminaba comparando a Rojas con Juan Felipe Ibarra, quien había legado a Rosas el gobierno de Santiago en una cláusula testamentaria. A continuación, el comisionado clausuró la Legislatura, a la que achacó haber nacido de elecciones impuras y actuar a las órdenes de Rojas, y celebró nuevas elecciones.

A los pocos días, Costa telegrafiaba satisfecho a Quintana, informándole el triunfo de la candidatura de Gelasio Lagar, que era precisamente uno de los que habían destituido a Rojas y había sido el candidato de los revolucionarios, quienes también llenaron con su

gente la Legislatura santiagueña. El rojismo había caído para siempre.

Un niño de diez años, entre todos los chiquillos de Santiago, observaba estas elecciones con ojos especiales. Era el pequeño Ricardo, admirador de su padre, que nos relata: *Salí a la calle a curiosear. Hacía mucho calor. En el bar "La Chopería", que había llevado a nuestra ciudad como cosa muy original los típicos vasos para tomar la cerveza, se había reunido gran cantidad de gente que discutía sobre política local. Naturalmente, con los ánimos exaltados y la bebida, no faltó quien gritara: ¡Muera Rojas! y en seguida otro gritó más fuerte: ¡Viva Rojas! El rojista, acorralado por la concurrencia que en ese lugar era oficialista y opositora, fue apresado por los del gobierno. Yo corrí a una casa de enfrente a pedir auxilio, desesperado: ¡A Bárcena se lo llevan preso! Como no se podía hacer nada, fui detrás de la comitiva oficial, fiel yo también a quien había caído por serlo con mi padre... Ese día fue terrible. Los gritos en favor y en contra de mi padre se oían por todas partes. Yo iba atento a lo que sucedía. De pronto, dos hombres se trabaron en duelo criollo en medio de la calle. Se hizo rueda en torno. Yo me metí entre las piernas de los curiosos y observé de cerca también. Un hachazo rudo en la cara del rojista le abrió en la frente una enorme herida. El duelo había terminado. Mientras lo curaban en la farmacia yo esperé, atónito, sin saber qué hacer. Cuando el herido me vio, me tomó entre los brazos, me alzó hasta la altura de sus ojos y me dijo: Ricardito, ve y dile a don Absalón cómo andan los rojistas. Yo quería ser útil a la causa de mi padre y corrí a su encuentro orgulloso de ser portador de importantes noticias.*[39]

¡Cómo andan los rojistas! decía descorazonado aquel fiel de don Absalón. Eran los hombres de Buenos Aires quienes le habían

[39] Reportaje citado en la nota 5.

jugado esa mala pasada, ya que como diría Osvaldo Magnasco, Rojas fue la primera víctima - del encono centralista de hombres de la Capital que fueron a negociar el gobierno de Santiago.[40] Este, como todos los de provincia, se negociaba, y en este caso Roca entregaba un peón a los opositores, para evitar un jaque al rey.[41]

A partir de 1890 la situación del país había cambiado. El progreso que los hombres del 80 habían traído creó a la vez nuevas clases y sectores sociales y económicos, que se negaban a verse gobernados por una cerrada secta de notables. Los grupos opositores habían aprovechado esta circunstancia, que les ganaba adeptos, y se habían coaligado en la Unión Cívica. Esta oposición organizada, unida a la pavorosa crisis financiera y a las pretensiones de independencia de Juárez Celman, provocaron la caída de éste a pesar de su triunfo sobre la revolución de julio de 1890.

Pero los opositores carecían de fuerza, cohesión y deseos como para impugnar la naturaleza misma del gobierno de los notables: no podían ir más allá del derrocamiento del presidente. Así, el poder volvió nuevamente a las manos de Rosa y Pellegrini. Sin embargo, a partir de ese momento Roca se vio obligado a conducir en forma menos excluyente, acordando con la oposición o, por lo menos, con el sector de ésta que se prestaba (como los cívicos) a pactar entre los notables, sin recurrir a las peligrosas elecciones limpias o a la inquietante revolución armada, como querían los radicales.

---

[40] Osvaldo Magnasco, *Absalón Rojas*, folleto reimpreso en Santiago del Estero, 1939, por la Comisión Pro-Homenaje a Absalón Rojas.

[41] El candidato triunfante en 1892, Celasio Lagar, fue cuidadosamente destituido en 1895, cuando Roca controlaba nuevamente la situación; en su reemplazo fue elegido Adolfo Ruiz, que era adicto al general. Pero para ese entonces ya Absalón Rojas había muerto, en 1893.

Y de este acuerdo nació el inestable gobierno de Luis Sáenz Peña (1892-95), signado por la inquietud que se tradujo en golpes sediciosos como el que derrocó en 11892 a Absalón Rojas y en las graves revoluciones provinciales de 1893, como la que ocurrió en Santa Fe.

Para esta época, el sur y el centro de esta provincia habían sido especialmente favorecidos por el desarrollo económico de los últimos quince años. Las numerosas colonias de inmigrantes que habían poblado su territorio trajeron consigo un -notable incremento de los cultivos. Esta circunstancia impulsó el progreso de la región: se extendieron las vías férreas, se fundaron pueblos, se habilitaron puertos, y se agigantó el comercio. Todo ello creó una numerosa clase media de colonos, en su mayor parte todavía extranjeros, pequeños propietarios y comerciantes, que se sintió comprendida por los radicales, liderados por hombres de gran-prestigio en Santa Fe, como Lisandro de la Torre, Mariano N. Candioti y Demetrio Iturraspe. Los nuevos sectores no estaban dispuestos a permitir que Gálvez, con el reducido grupo de irióndistas y de antiguos liberales, siguiera gobernando la provincia "*como dueño*", con la ayuda de los gendarmes.

Pero además, en 1893 concurrieron otros factores a fomentar la subversión: por una parte, el precio del cereal había bajado, y a pesar de ello el gobierno provincial, para sanear sus finanzas, fijó un impuesto a la tonelada que lógicamente agravaba aún más la situación del colono. Contribuía a empeorar la situación el hecho de que tal impuesto fuera vendido a un particular por la séptima parte de lo que produjo.

Al malestar político y económico santafesino se sumó la circunstancia de que el galvizmo se debilitara con la caída de Juárez Celman. En efecto, José Gálvez- había hecho su gobernación y Cafferata comenzado la suya bajo los auspicios de aquel presidente.

Cuando estalló la revolución de julio de-1'890, Gálvez en persona había dirigido la movilización de fuerzas del sur de Santa Fe para apoyar a Juárez. Pero éste cayó, y a partir de ese momento el hombre fuerte de la situación provincial pasó a ser Luciano Leiva, otro poderoso hacendado, partícipe con Gálvez de la travesía desde el partido Liberal al oficialismo.[42]

Cafferata maniobró astutamente, procurando alejarse de los hombres que en la provincia representaban a la línea juarista, y a la vez acercarse a los favoritos del triunfante general Roca: sustituyó así en el Ministerio a Néstor de Iriondo por Luciano Leiva y designó a un hermano de éste jefe de Policía. De nada le valdría: su gobierno perdió fuerza, falto de apoyo en el poder central y también en la provincia, por haberse alejado del iriondismo.

Por eso, cuando en julio de 1893 se produjo la revolución radical en Santa Fe, con la entusiasta adhesión de colonos armados de Esperanza y San Justo, el galvizmo declinaba. Los Leiva, su último apoyo, fueron presos por los revolucionarios. Cafferata había sido destituido. En Buenos Aires, el tambaleante gobierno de Sáenz Peña había llamado a Aristóbulo del Valle para encabezar un gabinete que sostenía los principios de la revolución de 1890. Y en plena revuelta santafesina, del Valle y su ministerio apostrofaban duramente a José Gálvez en el Senado, sin que Roca allí presente lo defendiera.

Días más tarde renunció del Valle. Manuel Quintana, nuevamente en Interior, y Roca al frente del Ejército, sujetaron a los revolucionarios, pero contrariando las mejores esperanzas de Gálvez no repusieron a Cafferata, sino que llamaron a elecciones que favorecieron a Luciano Leiva. Es que éste, como hemos dicho,

[42] Luciano Leiva nació en Santa Fe en 1849, intervino desde joven en política, fue ministro de Cafferata y gobernador de Santa Fe de 1894 a 1898. Postériormente fue diputado nacional.

contaba con el apoyo de Roca, quizás porque con sus bandas de peones correntinos que galopaban por las calles de la orilla tirando tiros, era capaz de mantener un orden cada día más precario. Además, estos emponchados dirigían sus armas contra los caudillos lugareños que seguían a Gálvez, y amedrentaban, en general, al galvizmo, que contaba con el apoyo de la campaña.

Sin embargo, tanto Cafferata como Manuel Gálvez fueron ministros de Luciano Leiva (1894-98) y el segundo fue diputado al Congreso Nacional hasta la fecha en que se le llamó al gabinete. Prueba ésta de que el poder provincial galvizta todavía seguía en pie. Pero que también estaba herido de muerte lo acredita el hecho de que no pudo imponer su candidato en 1898. En estas elecciones, el galvizmo se vio forzado a llegar a un acuerdo con los leivistas, que llevó al gobierno a Juan Bernardo Iturraspe (1898-1902).

A partir de este momento, los Gálvez, cuyo poder político había muerto en sus bases locales, pasarían a militar entre los opositores del general Roca. Ya reflexionaremos sobre las causas y consecuencias de este tránsito de los Gálvez desde el Cobierno a la oposición, tan sugerente para el estudioso de la historia.

Por ahora recordemps que tanto en Santiago como en Santa Fe, el gobierno nacional, por razones políticas, dejó caer a sus aliados de la víspera, buscando nuevos amigos. Perjudicó así a Gálvez y a Rojas, ya que éstos con ser poderosos no podían conservar por sí mismos sus baluartes locales. Señalemos también que, a raíz de este hecho, los Gálvez pasaron a la oposición, como seguramente lo habría hecho Rojas de no haber muerto en 1893.

Las astillas de tal palo

Pero, ¿quiénes eran las familias Rojas y Gálvez al terminar este largo periplo? ¿Quiénes eran ellas, más precisamente, cuando

en 1909 y 1910 los jóvenes Ricardo y Manuel publicaban sus primeras obras nacionalistas? Ante todo, eran familias que habían pertenecido al sector dirigente que dominaba en sus provincias, desde 1880 en adelante. En Santa Fe, como hemos visto, los Gálvez eran los portavoces de los hombres ilustrados, de todos *los hombres de fortuna, de todos los que tienen una posición social digna y que desean el orden*. Esta fortuna estaba íntimamente unida a la posesión de la tierra y al comercio: los sectores favorecidos con la apertura del país al exterior que la generación del 80 impulsó. Por eso, en Santiago, no es casual que Rojas haya hecho su capital con una casa de comisiones y con tierras en la fértil zona de La Banda.

Los Gálvez y Rojas acrecentaron su riqueza y lograron el poder gracias al sistema económico y político traído por el roquismo. Ellos fueron, además, tenaces promotores del progreso, tal como éste era entendido por los fieles discípulos de Alberdi. Los jóvenes Ricardo Rojas y Manuel Gálvez nunca negarían la grandeza de las escuelas, las colonias, los ferrocarriles, a la que debían casi todo. Y a la vez que alababan estas obras de progreso, también se enorgullecían de sus creadores: Manuel Gálvez hablaba de su tío José como de un *hombre admirable,* y Ricardo Rojas dedicaba su primer libro de poesías a la memoria de su padre, *fundador de cien escuelas públicas en la Provincia de Santiago*. Por eso, interpretar su nacionalismo como una ideología antiprogresiva es desconocer su contexto histórico.

Aún más. Cuando los Gálvez y los Rojas vieron terminado su ciclo político, la clase a que pertenecían seguían siendo la dominante en sus' provincias, política y económicamente. Los Leiva, los Iturraspe y los Freyre, que sucedieron en el gobierno a los Gálvez, eran hacendados santafesinos de la misma extracción que éstos y además sus parientes lejanos. Lo mismo puede decirse de la situación en Santiago. Inclusive Rodolfo Freyre, aparentemente,

tenía ideas de hacer al joven Manuel Gálvez, el sobrino de José, diputado nacional.[43] De modo que, insistimos, mal puede calificarse el nacionalismo de Ricardo y Manuel como el recurso defensivo de una clase caída en desgracia.

El conocido experto en ciencias políticas, francés Alain Rouquié, sostiene que el nacionalismo de Manuel Gálvez y el de muchos otros proviene del sentimiento que estos autores tienen de pertenecer al patriciado de las provincias, a la vez que se enfrentan con la modernización de la Argentina a partir de 1880, que relega el interior del país, crea nuevas clases sociales y nuevos sectores dirigentes e inunda la nación de extranjeros advenedizos. De ahí el carácter defensivo y antiprogresista que Rouquié atribuye al nacionalismo de Gálvez. Creemos haber demostrado que esta visión es históricamente incorrecta: si 'bien los Gálvez reconocen orígenes patricios, su encumbramiento económico y político y no su decadencia se produjo precisamente a partir del 80.[44]

Pero estas familias, que habían llegado a la cúspide del poder en sus patrias chicas, y que inclusive estuvieron en algún momento en los aledaños del gobierno nacional, se encontraban sin embargo en estado de sumisión con respecto a éste. El roquismo, como hemos recordado, unificó el poder desde los puntos de vista económico, militar y administrativo, al extremo que algún -pensador del momento llegó a proponer que se institucionalizara esta situación volviendo al sistema unitario. Ya hemos visto como José Gálvez y Absalón Rojas tuvieron que acomodarse a los deseos de Roca y de

[43] Manuel Gálvez, *Amigos y maestros de mi juventud,* ed. Hachette, Buenos Aires, 1961, pág. 252.

[44] *La genése du nationalisme culturel dans l'ocuore* de Manuel Gálvez. 1904-1913. Publicado en *Cahiers du Monde Hispanique et Luso Brésilien;* N° 19.

Juárez para ascender al gobierno. Hemos analizado también cómo y porqué cayeron al ser abandonados por el poder central, ya que ni Rojas ni Cafferata —hombre de Gálvez— fueron repuestos por las intervenciones del gobierno nacional.

Demasiado humano es que, desde el preciso instante en que se vuelven en su contra, el caído critique los sistemas espúreos que el mismo utilizara. Así, a partir de 1890, pero con mayor intensidad después de 1901, cuando Pellegrini se separó de Roca, parte de la clase dirigente desplazada formó grupos de oposición al General, y levantó con mayor o menor sinceridad la bandera de la pureza del sufragio y las costumbres políticas. Así nacieron los modernistas. Muchos de estos nuevos opositores eran antiguos juaristas, que habían caído en el 90 y luego resucitarían políticamente con Figueroa Alcorta. El mejor ejemplo de ellos es Ramón J. Cárcano, candidato de Juárez para sucederlo, y que luego de un silencio político que se extendió de 1890 a 1910, volvió para ser diputado nacional y luego gobernador de su provincia.

Similar fue el trayecto de José Gálvez. La primera manifestación de su discordancia con Roca fue expresada precisamente en el momento en que éste guardaba silencio frente a la agresión de del Valle en el Senado, mientras en los hechos abría su mano para dejar caer en el vacío al galvinizmo reinante en Santa Fe. Lorenzo Anadón, senador por esta provincia junto con Gálvez, respondía a del Valle en el debate que se decidiría si la intervención a Santa Fe se limitaría también la legalidad de su elección.

Del Valle enrostraba a Gálvez gobernar como dueño de la provincia, y Anadón objetaba que *era la complicidad del Presidente de la República con estas situaciones provinciales, lo que había determinado sus abusos. De ahí han nacido y por ese crisol impuro y todo, ha pasado el Señor Presidente de la República para ir hasta*

la casa Rosada.[45] Veladamente, el galvizmo imputaba al gobierno nacional haber sido su instigador y cómplice en un sucio negocio, y retirarse ahora dejando a la situación provincial librada a sus propios medios.

Un paso más, y en 1901 los Gálvez se volcarían al pellegrinismo, cuando el amigo de Roca se volviera en contra de éste. Y luego, en 1910, cuando el presidente Figueroa Alcorta buscara colaboración en antiguos juaristas para remover los baluartes provinciales del roquismo, designaría Ministro del Interior a José Gálvez, quien desde su nuevo cargo intervendría La Rioja para hacer caer en ella a los Dávila.

Por ese mismo año, su sobrino Manuel Gálvez y también Ricardo Rojas proclamarían en sendos libros su desprecio hacia la política del fraude y del sojuzgamiento de las provincias, en palabras que indudablemente reconocían un origen familiar.

No era extraño; como tampoco lo era que en 1904 Manuel Gálvez y sus amigos de la revista ms adhirieran a la candidatura presidencial de Marco Avellaneda; Gálvez inclusive formaba parte del comité de la juventud que la apoyaba.

Es que la figura de Avellaneda surgió en oposición a la de Manuel Quintana, que había sido señalada por el dedo de Roca a la Convención de Notables. Para nuestros jóvenes era una bandera -de rebeldía, y en especial para Gálvez habrán tenido un hondo sentido estas palabras vertidas por Almafuerte en una conferencia de adhesión a Avellaneda: *En las provincias toma la corrupción caracteres innominables. El caudillaje allí reina... Buenos Aires domina al país.*[46]

---

[45] *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Nación*; sesión del 30 de julio de 1893.

[46] Revista *Ideas*, Nros. 11 y 12, marzo-abril 1904, pág. 345.

Ricardo Rojas y Manuel Gálvez habían sentido en carne propia, y como una traición, el abandono en que súbitamente el gobierno nacional, por conveniencias ocasionales, dejaba a sus familias.

Cedemos a la tentación de transcribir este párrafo de las memorias de Gálvez, porque sintetiza toda la rabia y el despecho de los caídos: *Detesto la política, porque la conozco desde mi niñez y pertenezco a una familia de políticos. Cuando la revolución radical de 1893 en Santa Fe, mi padre era ministro del gobernador Cafferáta. Detrás de las persianas de nuestra casa vi desfilar a los vencedores sin combate, uno de los cuales, que iba delante, en coche descubierto, con otros señores, era Lisandro de la Torre. Presencie la revolución de setiembre de ese mismo año (tres días de tiroteo) contra el gobierno de la Intervención.*
Lloré el asesinato del negro Zambomba, cochero de mi casa, cuyos talentos acrobáticos yo, chicuelo de once años, admiraba por haber vitoreado a los gobernantes caídos. Más tarde, asistí a las atrocidades del gobierno de Leiva contra los galviztas, ahora en la oposición. Yo iba a las manifestaciones y me desgañitaba dando vivas y mueras. Yo tenía catorce años... ¿Cómo no abominar de la política cuando he visto injuriar y calumniar a un hombre admirable como mi tío, el doctor José Gálvez? Tres enemigos suyos lo hacían en 1895... En mi horror a la política, acaso, ha tenido parte un suceso que ocurrió en mi infancia. Elemento político de mi padre era un gaucho grandote, fornido, bueno leal y de escasas palabras: Crisóstomo Montenegro. Un anochecer, en aquella época de feroces luchas políticas, volvía Crisóstomo a caballo a sus pagos de Coronda cuando, al cruzar un puente, sicarios del gobierno, que lo esperaban trasconejados en los matorrales próximos, lo

asesinaron por la espalda. Recuerdo el dolor y el llanto en nuestra casa, la tribulación de mi padre.[47]

El dolor, el llanto y la tribulación por la muerte de Crisóstomo fueron impresiones que sé grabarían hondamente en Manuel Gálvez, muchachito de catorce años. Al igual que la frente ensangrentada por el hachazo que recibiera aquel hombre leal a su padre, permanecería en el recuerdo del pequeño Ricardo Rojas. Y la rabia, contenida por la impotencia, no tardaría en aflorar y dirigirse contra el gobierno central, ya sea en la actitud política de los padres o en las ardientes ideas de sus hijos.

El nacionalismo de nuestros jóvenes sería, entonces, moralizador en materia política y reivindicador de las provincias, en consonancia con la situación de sus familias. Pero si analizamos algo más el origen de la caída política de éstas, encontraremos enseguida otra causa: -la inmigración, los extranjeros.

En un dramático momento del recordado debate de 1893 en que del Valle no quería reponer al gobernador galvizta derrocado por los revolucionarios, José Gálvez leyó un telegrama que le había enviado Cafferata y que decía textualmente: "Extranjeros y criminales son los elementos de que se valen los revolucionarios". Los Gálvez no podían tolerar que fueran sus propios connacionales quienes se alzaran en armas contra ellos, porque pensaban haber hecho un gran bien a su provincia conduciéndola en forma autoritaria hacia el progreso.

Era el extranjero desagradecido, e*l extranjero ignorante, el extranjero que ha venido hace tres o cuatro años al país, que ha encontrado medios y garantías para desenvolver su acción y se ha hecho propietario, realizando así el ideal eterno del proletariado europeo,* según decía Anadón, el compañero de Gálvez en el

[47] Manuel Gálvez. En el mundo de los seres ficticios, ed. Hachette, Buenos Aires, 1961, pág. 137.

Senado, en el memorable debate. Y esta tirria al extranjero, al recién llegado que se levanta contra el dueño de la provincia, constituirá otra nota permanente en el nacionalismo de Ricardo Rojas y Manuel Gálvez.

Así, es su peculiar inserción en la estructura social argentina, a través de sus medios familiares, la que concurre para formar la ideología de nuestros jóvenes autores. Sin pretender dogmáticamente que exista una estricta relación de causalidad, es evidente que su declarada admiración por el dinamismo y el progreso traídos por la generación del 80 al país, provenía del papel que en ésta había cabido a sus mayores.

Cierto es, también, que la impotencia de sus familias frente al poder central, que así como una vez los encumbró, más tarde los dejó caer, transformó a estos vástagos en opositores del fariseísmo electoral, en reivindicadores de las provincias y en críticos del gringo, a quienes atribuyeron los peores defectos.

La obsesiva búsqueda de la verdadera identidad en las provincias del interior, estáticas y sin inmigrantes, se acentúa más agresivamente en la obra de Gálvez que en la de Rojas. Y era lógico que así fuera, puesto que Absalón había sido creado por el roquismo y no hubiera existido nunca sin él. Los Gálvez, en cambio, habían sido encumbrados por el sistema de Roca, pero su existencia política, su riqueza, su cultura, su nombre, preexistían al régimen. Las ofensas inferidas por el poder central y los inmigrantes tenían, obviamente, que ser sentidas con más dolor por los Gálvez. No era solamente que éstos tuvieran un pasado liberal; además de los dos cuerpos que formaban la Santa Fe de los años 80, descripta con tanto carácter por Estanislao Zeballos, *ellos pertenecían a la ciudad antigua, la de los descendientes de los tenientes gobernadores, alcaldes y regidores, la de la aristocracia de raíz de conquistadores y de colonizadores españoles, contrapuesta a la ciudad nueva,*

reciente, extranjera, iba a decir italiana; la de los tenderos, carboneros, revendedores, mercachifles, marineros y calafates que festonean el puerto.[48] De ahí que la reacción de un Gálvez fuese más airada que la de un Rojas, hijo del pueblo. Sin que ello vaya en mengua de la común admiración de ambos por el progreso que los miembros de la ciudad nueva trajeron al país. Esta aparente contradicción no es tal si tenemos en cuenta el pensamiento de ellos. Todas las características señaladas recibió el nacionalismo de Ricardo Rojas y Manuel Gálvez de su entronque familiar. Pero algo más heredaron estos jóvenes de sus mayores: su amor a la tierra, provinciana, a la tierruca santafesina, a la selva santiagueña, tan importante para entender su nacionalismo. Osvaldo Magnasco dice que *Absalón Rojas era un genuino provinciano, de esos que necesitamos para mantener el equilibrio entre la unión y la federación*; era de los congresales que fueron enharinados por los orgullosos porteños en 1880. Y Ricardo Rojas, a quien su padre apodó *el mataquito, afirma que fue éste quien encauzó su sensibilidad hacia el amor y el contacto a los humildes y hacia la emoción de las cosas de la tierra.*[49]

Es que más que de una, relación directa con sus provincias, —Ricardo y Manuel llegaron a Buenos Aires siendo aún adolescentes— este amor a sus patrias chicas lo han asimilado estos jóvenes de sus padres y parientes mayores. *Creo tener las virtudes y los defectos de los provincianos,* dice Manuel Gálvez. Y agrega: *Mi conocimiento en la vida provinciana me viene, aparte de la*

[48] Estanislao Zeballos, *Descripción amena de la República Argentina*. Imprenta de Jacobo Peuser, Buenos Aires, 1883, pág. 123 y siguientes.

[49] Reportaje a Ricardo Rojas, publicado en la revista *Leoplán* el 4 de julio de 1945.

herencia, de los viajes y del trato con los provincianos, entre los cuales uno de los más típicos era mi padre.[50]

Precisamente, como un provinciano típico, recuerdan ahora sus nietos al padre de nuestro Manuel Gálvez, lleno de anécdotas y canciones, de gracia y gusto por el campo. Su hijo se hizo más porteño con los años, pero en 1905 su novia, Delfina Bunge, lo sorprendía tocando en el piano una pieza de Grieg con aire de música criolla.[51]

Cuando la familia de Manuel Gálvez se trasladó a Buenos Aires, en 1898, y Ricardo Rojas hizo lo propio en 1899, ambos pudieron contemplar asombrados "la ciudad santa de la civilización", ese "monstruo informe y enorme". En el capítulo anterior hemos señalado cómo al entrar en contacto con la ciudad porteña, europeizada y materialista, se produjeron en Rojas y Gálvez los primeros chispazos del nacionalismo. Rojas dice que su llegada a Buenos Aires "fue un choque; mi sensibilidad de provinciano tradicionalmente criollo no podía amoldarse al mercantilismo del puerto".[52]

Como también hemos señalado, en Buenos Aires estos jóvenes se expresaron a través de la revista *Ideas*, fundada en 103 por Manuel Gálvez y. Ricardo Olivera, que se publicó hasta 1905. En esta revista la nueva generación intelectual comenzó su prédica de espiritualidad y su búsqueda del antiguo sentido nacional. Sus páginas reflejan los balbuceos del primer nacionalismo argentino, que más tarde encontraría su manifestación, coherente en las obras que Gálvez y Rojas publicaron alrededor de 1910.

---

[50] *En el mundo de los seres ficticios*, ed. cit., pág. 52.

[51] Diario íntimo de Delfina Bunge de Gálvez, 30 de marzo de 1905.

[52] Reportaje citado en la nota 18.

CAPÍTULO III

EL PRIMER VIAJE A EUROPA

Antes de publicar sus primeras obras nacionalistas de envergadura, era necesario que nuestros jóvenes vivieran una experiencia trascendental, que concurriría a formar, de una manera decisiva, su pensamiento. Nos referimos al viaje a Europa que, con poca diferencia de tiempo, realizaron Gálvez y Rojas, en el cual recogieron valiosas experiencias, al tiempo que recibían la sugestión que emanaba de las personalidades descollantes del viejo continente.

Los muchachos de IDEAS que hasta la víspera se reunían en el cuarto que Emilio Ortiz Grognet,[53] tenía en el estratégico Hotel Du Helder de la calle Florida, comenzaban a dar sus primeros pasos firmes en la vida social e intelectual, y aquel viaje tantas veces decidido y tantas otras postergado aparecía ahora como una posibilidad cercana.

La conclusión de los estudios universitarios en el caso de Gálvez, y la definida orientación de Rojas en la actividad periodística, indicaron el momento oportuno para cumplir con esta suspirada expectativa. Gálvez rendía su examen para el doctorado en Jurisprudencia en marzo de 1905. El tema de su tesis *La trata de blancas* delata las reales inquietudes del futuro viajero, poco devoto de los tediosos códigos padecidos durante seis años, a la vez que

[53] Emilio Ortiz Grognet nació en Rosario en 1879. Viajó a Buenos Aires, en cuya universidad estudió Derecho, trabando amistad en esta Facultad con Rojas y Gálvez. Abandonó sus estudios para dedicarse al periodismo y la literatura. Colaboró en la Revista Ideas, dio a luz diversas obras teatrales y fue el poeta de su ciudad natal, donde falleció en 1932.

descubre al lector entusiasta de Dostoievski y al admirador de Sicardi.

Mientras esto le ocurría al futuro creador de Nacha Regules, Rojas, que habla dejado truncos sus estudios y se encontraba "redimido de pandectas de códigos", era autor ya de un libro de versos y se convertía en un periodista activo, iniciándose en *El País* y *El Heraldo.*

Quizás por hallarse libre de este tipo de obligaciones profesionales, y provisto de apoyo paterno, Gálvez, con su título de doctor bajo el brazo y un noviazgo convertido en compromiso formal, se adelantaba a su amigo y partía para Europa en diciembre de 1905. Casi dos años después lo seguiría Ricardo Rojas, en cumplimiento de una misión oficial que tenía por fin el estudio de la metodología seguida por las escuelas europeas para la enseñanza de la historia.

Nuestro novel abogado y el joven periodista serán sensibles testigos de una Europa en la cual la política internacional había alcanzado un grado tan extremo de tirantez que cualquier desajuste violento podía desencadenar el conflicto bélico abierto y general.

Esta situación era producto, junto a otras circunstancias, de la lucha encarnizada entre los países industriales del viejo continente por la adquisición de territorios de ultramar, de las tensiones existentes dentro del sistema de las potencias rectoras, así como de la presión que sobre sus respectivos gobiernos ejercían las clases medias de cada nación.

Por otra parte, los estados europeos, para afirmarse frente a la creciente presencia de los sectores populares, dejaban entrever a éstos la posibilidad de mejorar sus condiciones de vida mediante el logro de los objetivos propios de cada país. Si a ello unimos una opinión pública progresivamente vigilante del accionar de sus estadistas y una prensa cada día más influyente, comprenderemos

porque en la primera década de este siglo los sentimientos nacionalistas de las masas despertaron bruscamente, nutridos de una poderosa dosis de irracionalidad, que permitía que las multitudes fueran utilizadas con temibles objetivos.

Este mundo europeo, ceñido entre la crudeza de la *realpolitik* y el crecimiento de las afirmaciones populares chauvinistas, dejaría su profunda huella en el sagaz espíritu de los jóvenes argentinos que lo recorrían. Rojas y Gálvez, que habían reconocido en su propia tierra la necesidad de fortalecer los valores nacionales y rectificar las bases de la organización política que el roquismo legaba, no podían ser indiferentes a las vigorosas tendencias democratizantes y nacionalistas que en Europa hinchaban sus velas con vientos que anunciaban próximas tormentas.

Ricardo Rojas comenzó su viaje visitando Francia, al igual que Gálvez lo había hecho dos años antes. Allí asistió a la llegada al poder, por vez primera, de George Clemenceau, quien en el otoño de 1906 había formado un gabinete de amplia mayoría radical-socialista. El solo nombre de Clemenceau era un programa apoyado por los sectores triunfantes en el *affaire* Dreyfus que buscaban continuar con la política anticlerical que iniciara Waldeck-Rousseau, al separar la Iglesia del Estado.[54]

[54] Pedro Waldeck-Rousseau (1846-1904) se convirtió en presidente del Concejo de Ministros de Francia en 1899, como jefe de un gabinete de concentración, que incluyó al primer ministro socialista de Europa, Milierand. Alcanzó esa posición a causa de la conmoción que produjo en la opinión pública la revisión del caso Dreyfus. La consecuencia más importante de este hecho fue la disolución del Centro político y el crecimiento electoral del bloque de izquierda, que se proponía eliminar la posición destacada del Ejército dentro del Estado, y romper la influencia de la Iglesia católica en el sistema educativo.

Durante los festejos del 14 de julio, este argentino que meditaba constantemente sobre las esencias de su propia patria, pudo ver a los miembros de la Liga de los Patriotas, dirigidos por su jefe Paul Déroulede y acompañados por el escritor Maurice Barrés, saludar la estatua de Juana de Arco y coronar de flores el monumento a la ciudad de Estrasburgo, al tiempo que daban vivas a Francia y a las irredentas Alsacia y Lorena. Estas imágenes de patriótico fervor impresionaron sin duda el ánimo de Rojas, pero éste guardará siempre una distancia crítica con el nacionalismo francés, y más adelante advertirá que mientras esta corriente era en Francia monárquica y guerrera, en la Argentina debía ser democrática y pacifista.

Luego de recoger estas visiones parisienses, por la ruta habitual para el cruce del Canal de la Mancha, de Calais a Dover, se encaminó Rojas hacia las Islas Británicas. No menos cruciales eran los momentos que vivía Gran Bretaña después del arrollador triunfo de los liberales en enero de 1906, el cual había puesto sobre el tapete la necesidad de resolver graves cuestiones sociales y políticas que no admitían mayor dilación. Una vez en la capital del Imperio, Rojas comenzó a pulsar su vitalidad y sus conflictos, a adivinar sus virtudes y sus defectos.

Al elegir su alojamiento en Londres, la patrona de la casa le dijo que en ella vivía otro escritor y precisamente de nacionalidad española. Este resultó ser Ramiro de Maeztu, con quien Rojas intimó rápidamente.[55] El periodista vasco era por aquel tiempo

[55] Ramiro de Maeztu (1874-1936) nació en Vitoria (Navarra); su padre era de origen cubano y su madre hija del cónsul inglés en París. La pérdida de la posición económica de su familia lo condujo a una vida de viajes y aventuras. Tentó la carrera comercial en París (1890) y luego trabajó duramente en Cuba y los EE. UU. (1891-1894). En 1897 se instaló en Madrid dedicándose al periodismo y las letras,

corresponsal de *La Prensa* de Buenos Aires, pero a pesar de vivir hacía ya tres años fuera de su país *era España su pasión*, a criterio del viajero argentino. Llegaron a una completa intimidad intelectual, y mientras desgranaban interminables charlas, Maeztu guiaba a Rojas en sus primeras visitas londinenses.

Al compás del paso de Maeztu, Rojas terminó por sucumbir al doble atractivo estético e intelectual que le provocaron Oxford y Cambridge, a pesar de las reservas con que nuestro joven observó el esplendor ligeramente otoñal de la Inglaterra eduardiana, a la que calificó de *Isla de Hierro*. Dirá entonces el futuro rector de la Universidad de Buenos Aires, refiriéndose a las instituciones británicas dedicadas a la enseñanza superior: *Universidad, a pesar de la palabra común con que se la designa, es absolutamente diversa de la nuestra, burocrática, infecunda, vacua de alimento... Las universidades' inglesas no son fábricas de doctores sino colmenas de pensamientos, que procuran poner la enseñanza en íntimo contacto con la realidad.*[56]

Esta última sería para siempre una de las obsesiones de Rojas, y el hecho de que fuera en las Islas Británicas donde la hiciera suya no se contradice con su lucha por revertir las normas cosmopolitas de cultura que hasta entonces se manifestaban sin contrapeso en su patria. Por el contrario, Rojas buscaba afirmar lo americano frente a lo europeo, tomando de cada lugar lo mejor, sin

---

participando en los círculos de la juventud intelectual. Junto a Baroja y Azorín formó el "grupo de los tres", caracterizado por su vanguardismo formal e intemperancia política. En 1905 viajó a Londres como corresponsal de *La Correspondencia de Madrid*, y La Prensa de Buenos Aires, permaneciendo en dicha ciudad hasta 1919. Su destacada actuación Posterior no interesa a los efectos de este capítulo.

[56] Ricardo Rojas. *Cartas de Europa*, Casa Editorial Sopena, Barcelona, 1908, págs. 157 y 59.

encandilamientos, pero también sin prejuicios, sólo con el objetivo de obtener nuevos alimentos para su país en formación.

No terminó para Rojas el trayecto por la Europa del Norte sin realizar una visita a la Alemania de Guillermo II. Este, imperio flamante y dinámico lo sedujo por su pujanza y eficiencia, pero la arrogante confianza de sus ciudadanos en un futuro protagónico en el continente, le suscitaban inquietudes sobre el porvenir del Viejo Mundo. Fue sin duda el papel jugado por los intelectuales germanos en la reacción patriótica de principios del siglo XIX, que años después llevaría a la unidad nacional, lo que recogió con mayor interés nuestro viajero en la Alemania de esos días. Este país, para Rojas, *había llegado a la homogeneidad y la disciplina patriótica por medio de la educación, y esto, afirmaba, nos interesa a los argentinos que estamos forjando una nación, que ha de ser fuerte, pero con la fortaleza del espíritu.*[57]

Es que Ricardo Rojas llevaba el ánimo predispuesto para recoger en Europa experiencias que pudieran ser útiles en su propia patria, sobre todo en el campo de la política y de la educación. Y hemos visto sus impresiones y reacciones frente a los nacionalistas franceses, las universidades inglesas y el imperio alemán.

Muy distintas eran, en cambio, las inclinaciones de Manuel Gálvez. Su viaje comenzó, como el de Rojas, por Francia, y París fue el destino principal, la absorbente meta de este joven que aspiraba, sobre todas las cosas, a convertirse en un verdadero escritor. El mismo nos relata que los muchachos de su grupo vivían con el pensamiento puesto en la capital francesa y soñaban con el París de Verlaine, de Zola, de Jean Moreás, y de Jules Laforge.

No es casual entonces que España, llamada a jugar un papel tan importante en la formación y en la obra de este futuro escritor,

---

[57] *La restauración nacionalista.* 1ª ed. Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. Buenos Aires, 1909, pág. 201.

guardara en aquellos momentos de su vida un lugar secundario; y que al cruzarla en el Sud-Express, después de su desembarco en Lisboa, conservara como recuerdo de ella, por el momento, sólo el grito de un guarda a medianoche anunciando el nombre ilustre de Salamanca.

En París precisamente lo esperaba su amigo Manuel Ugarte, a quien había escrito para anunciarle su llegada e informarle de su nueva condición de abogado. Premonitoriamente, Ugarte le respondía: *Me alegro que haya alcanzado el título de Doctor, aunque eso no añade ni quita nada, su camino es otro,* y más adelante, para darle ánimos, comentaba positivamente sus juveniles ensayos literarios diciéndole que *eran las primeras páginas de un escritor que lo será de veras.*[58] Ugarte, que después sería gran propagandista de la unidad de América latina, era siete años mayor que Gálvez, vivía hacía tiempo en Europa y hasta había cobrado ya cierta fama en los círculos literarios parisinos. Con estos antecedentes, fue el principal cicerone de su gran amigo, con quien se vio diariamente durante la estada de éste en la capital gala, visitando juntos teatros de moda y lugares de diversión.

Sin embargo, Ugarte no pudo ser útil a Gálvez para conocer a Rubén Darío, de quien se encontraba circunstancialmente distanciado. A ese fin Gálvez se valió del crítico chileno Francisco Contreras. Rubén Darío era para la nueva generación literaria, todavía devota del modernismo, el Maestro por antonomasia. Conversar con él significaba una suerte de peregrinación a las fuentes: *No hay idea de cómo lo admirábamos y lo amábamos*, nos dice Gálvez años después.[59]

---

[58] *Carta de Manuel Ugarte a Manuel Gálvez*, fechada en París, 24 de mayo de 1905.

[59] *Amigos y Maestros de mi juventud*, Ed. Hachette, Bs. As., 1961, pág. 214.

También encontró en esos días Manuel Gálvez a Leopoldo Lugones, de tránsito en la gran ciudad, y lo visitó en su hotel. Este encuentro tiene interés para nuestro tema, puesto que Lugones, en contraste con tantos argentinos que, encandilados con la superioridad de la cultura francesa menospreciaban todo lo que se vinculara a su país, defendía y exaltaba nuestras cosas con fervor, lo que impresionó a nuestro amigo.[60]

Por fin, luego de visitar otros países de Europa, Gálvez y Rojas, llegarían, cada uno a su turno, a la península ibérica; el solar de nuestra raza, como el primero de ellos la llamaría poco después.

Desde España, un nuevo descubrimiento de América

Uno de los elementos que caracterizó a Gálvez, Rojas y sus amigos del mundo de las letras fue su revalorización de la trascendencia que tienen España y su cultura en la vida y en el pensamiento americano. Pero esta actitud era sin duda novedosa a principios de siglo, cuando aún predominaba la influencia positivista que cubría todo lo español con los motes de oscurantista y atrasado y consideraba a esta nación inmersa en una decadencia insuperable, derivada de una supuesta inferioridad racial. Por eso Rojas decía que los sudamericanos recién podrían captar lo soterrado de España cuando se purgaran del frívolo antiespañolismo y de la pedantería cosmopólita que les había infiltrado el siglo XIX.[61]

Es que tanto Rojas como Gálvez eran lectores de los jóvenes escritores españoles, y admiradores en particular de Miguel de Unamuno, quien colaboraba desde 189 en el diario *La Nación* de Buenos Aires. Además, la relación con el rector de la Universidad de Salamanca no se reducía para Rojas a una devota lectura de sus

[60] Obra citada, pág. 197.

[61] Retablo español, Ed. Losada, Buenos Aires, 1938, pág. 17.

publicaciones en el prestigioso diario porteño, sino que había cobrado vida a través de varias cartas.

Con motivo de la aparición de su primer libro, *La victoria del hombre*, en 1903, Ricardo Rojas escribió por primera vez a Unamuno anunciándole el envío de un ejemplar y realizando a la vez algunas significativas reflexiones en torno de los problemas argentinos. Veía a su país pasando de ser un inmenso desierto gaucho para convertirse en una nación pacífica, mercantilista y próspera; temía entonces por la dificultad de asimilar tan violento cambio producido en tan breve plazo. También le confesaba la simpatía con que seguía el nuevo movimiento intelectual español y lo cercano que se encontraba de su orientación ideológica.[62]

Esta relación epistolar así comenzada se enriqueció con los consejos de Unamuno tendientes a guiar las lecturas del novel escritor entre los autores más valiosos del reciente pensamiento hispano, y concluyó por tornarse en agradecida actitud por parte del argentino, cuando el ilustre vasco publicó un elogioso comentario de su primera obra poética.

Era normal entonces que Rojas fuera a España sabiendo lo que buscaba, y hasta presintiendo lo que encontraría: *Yo había preparado muy reflexivamente mi itinerario español, nos dice. Pro poníame ver la España esotérica de los turistas, pero también la esotérica rasgando el velo para contemplar algunas claves de nuestra propia historia.*[63] Y en sus memorias de niñez, nos relata cómo desde que en el primer año del Colegio Nacional halló en el compendio de historia de Vicente Fidel López el nombre de don

---

[62] *Manuel García Blanco, América y Unamuno,* Ed. Credos, Madrid, 1954, págs. 250 y 251.

[63] *Retablo español*, ed. cit. pág. 11.

Diego de Rojas, nadie lo disuadió de que era antepasado suyo: sentía vivir en su propia persona las antiguas raíces españolas.[64]

No contaba Gálvez en su haber, en esos años juveniles, con una visión tan meditada de su relación con el mundo peninsular, pero la tradición española de su propia familia y su fuerte inclinación sentimental le hacían expresarse de este modo: *Mi alma y mi corazón españoles ardían en la ansiedad por ver las tierras de mis antepasados.*[65]

Con esta predisposición de ánimo llegaron entonces nuestros amigos a España. Pero antes de seguirlos en sus respectivas travesías por la península, debemos preguntarnos cuál era la realidad de este país, en la primera década del siglo XX, cuando comenzaba a sufrir con toda intensidad la crisis que caracterizó el tránsito del régimen llamado de *la restauración* al reinado de Alfonso XII.

A partir de 1874 la sociedad española había logrado una tregua en sus enfrentamientos civiles, acompañada de una paz entre las diversas clases sociales. Antonio Cánovas del Castillo, político clarividente, condujo el proceso con el tino y la habilidad necesarios como para permitir la restauración monárquica en la persona de Alfonso XII e instaurar a la vez un renovado orden de paz y cierto progreso.

Mas no bastaron las buenas intenciones ni el pragmatismo de los dirigentes políticos para consolidar este régimen, porque para ello era necesario afrontar con realismo y decisión los hondos problemas, tantas-veces postergados, de una sociedad que aún no había tenido su revolución industrial.

La muerte de los líderes fundadores del sistema imperante, Cánovas y Sagasta, el comienzo de la descomposición de los partidos históricos y la pérdida del antiguo imperio colonial en la

---

[64] *El mataquito*, obra inédita.

[65] *Amigos y maestros de mi juventud*, edic. cit., pág. 222.

guerra con los Estados Unidos, sirvieron cono detonante y punto de ruptura de un proceso que ya había entrado en crisis años atrás. Y fueron estos hechos, precisamente, los que convirtieron al año 1898 en un símbolo convencional de la decadencia de España.

Y durante la última década del siglo habían crecido los sectores insatisfechos que reclamaban reformas en el reparto político y económico existente entre los diversos grupos sociales y regiones del país. A la cabeza de los quejosos se hallaban los intelectuales, cuyo quehacer se había visto beneficiado por la tolerancia y el pluralismo ideológico característico de la restauración.

Había aparecido así una copiosa bibliografía que trataba de explicar las causas del estancamiento y de proponer los caminos para salir del mismo. Obras como LOS MALES DE LA PATRIA (1890) de Lucas Mallada, OLIGARQUÍA Y CACIQUISMO (1898) de Joaquín Costa, EL PROBLEMA NACIONAL (1899) de Ricardo Macías Picavea o el libro de Unamuno, EN TORNO AL CASTICISMO (1902), buscaban por distintos medios el modo de hallar el rumbo para comenzar a marchar *hacia* otra España, como lo expresara en frase feliz Ramiro de Maeztu.

Es en este marco que se inscribe la aparición en la escena pública de la llamada *generación* de 1898 Unamuno, Ganivet, Baroja, Maeztu, Azorín, Valle Inclán, Antonio y Manuel Machado, pueden ser considerados sus componentes más significativos. Estos hombres, que eran jóvenes en los primeros años del siglo, padecían, al igual que sus compatriotas, por la postración en que se hallaba' su país, e intentaban en sus obras hurgar en los males de la nación para rectificar su rumbo futuro.

Fueron ellos, y en especial Miguel de Unamuno, quienes concitaron la admiración de Gálvez y de Rojas, y los que más influencia tuvieron sobre las primeras obras de éstos. Pero ¿qué íntima relación podían tener estos hijos de la Argentina opulenta y

optimista de principios de siglo, con los jóvenes críticos de la entonces decadente península hispánica?

Es que los intelectuales de la generación del 08 se .enfrentaban con una España *sin pulso* —como lo advirtiera uno de sus destacados políticos—; era un país cansado, disgregado y sin rumbo. Para rescatarlo de esta encrucijada desdeñaban las soluciones mediocres y las reformas epidérmicas. Por el contrario, veían el único remedio en que España reencontrase su propia esencia, su particular misión histórica, y a tal fin procuraban develar la nación ante sí misma, meditando en voz alta sobre su paisaje físico y humano, su pasado y su psicología colectiva, así como sobre la relación de su patria con el mundo europeo.

La Argentina de principios de siglo era un país distinto y hasta opuesto; era una nación joven y confiada, rica y segura de su destino. Sin embargo, la disgregación interior con que la amenazaba una inmigración creciente y masiva preocupaba, como ya hemos visto, a Gálvez y Rojas, quienes miraban a la vez con ojos críticos la progresiva pérdida de las tradiciones nacionales.

Y estos argentinos aprendieron de los españoles del 98 que el conocimiento profundo y sin eufemismos del propio país era la clave para restaurar su personalidad espiritual. El programa común que implicaba la posición asumida identificó a éstos intelectuales de ambos mundos. Así, pocos años después de su viaje, Gálvez diría: *El pequeño grupo que formamos ejerce aquí una misión semejante a la que tuvo en España aquélla generación de ideólogos que surgió después del desastre. España, por medio de Ganivet, Mac fas Picavea, Costa, Unamuno y algunos otros, se observó a sí misma y llegó a conocerse profundamente. También mi patria, por medio de*

sus jóvenes escritores, está observándose a sí misma y yo creo que ya ha empezado a conocerse.[66]

Además, ejercía fuerte atracción sobre nuestros jóvenes el hecho de que sus colegas españoles hicieran una vigorosa prédica del idealismo que ellos consideraban tan necesario en una Argentina envuelta en el vértigo del progreso material. Y parte de esta cruzada espiritual debía cumplirse, según Gálvez y Rojas, en el campo de la moral pública, al ceñirse los dirigentes a los principios ideales de la ética; ello también coincidían con las aspiraciones reformistas de los hombres del 98 español.

Pero sin duda una importante parte de la fascinación que los españoles ejercían sobre Gálvez y Rojas residía en el atractivo de su estilo literario, que renovaba las áridas formas realistas por medio de una sensibilidad impresionista empapada de nuevos matices, que eran fruto de una fuerte tendencia subjetiva.

El pasado dé España y el futuro de la Argentina, el redes-cubrimiento del paisaje y las tradiciones populares; la renovación de los ideales y de las formas literarias, fueron temas que nuestros viajeros meditaron en sus encuentros con los jóvenes intelectuales hispanos. Y así, de la mano de éstos, pudieron realizar, desde España, un nuevo descubrimiento de América.

Andanzas y encuentros españoles

No es casual que el recorrido del territorio español haya comenzado, igualmente para ambos noveles escritores, por la frontera francesa. Había una razón decisiva para hacerlo así, y es Rojas quien la expresa: *Entrando por Hendaya no hay sino un paso al Ebro, y otro a Burgos, piedra angular de la nacionalidad*

[66] *El solar de la raza, Sociedad Cooperativa Nosotros*, Buenos Aires, 1913, pág. 12.

española, ciudad de la tierra gris y reseca del aire liviano y azul.[67] En esta valoración de Castilla había sin duda un importante punto en común entre Gálvez y Rojas y la joven generación intelectual del país que comenzaban a visitar. Esta, aún cuando en su mayoría no estuviera compuesta por escritores originarios de la periferia de España, redescubría por esos años, magistralmente, el paisaje de la meseta central de su patria.

En Gálvez encontramos un sentimiento similar de simpatía hacia España, cuando ante las primeras imágenes de Castilla se expresa de este modo: *Mi primer contacto con España fue Burgos. ¡Aquella catedral fantástica, musical encaje de piedra!*[68]

Pero el texto de Gálvez, escrito años después, continua aún cuando dice *Mi anarquismo sentimental y mi irreligiosidad de muchacho ignorante, debieron tambalear terriblemente ante aquellas maravillosas e impresionantes piedras que me hablaban de Dios.*[69] Es indudable que España, toda ella impregnada por siglos de una creencia vieja y austera, dejó en el alma de estos jóvenes librepensadores una huella de religiosidad que poco después fructificaría. Y es sabida la relevancia de este factor espiritual en el nacionalismo político posterior.

Es importante marcar esta actitud singular y precoz de nuestros viajeros, generosa y cálida para el alma: la historia y la religión españolas, que se encuentran por encima de sus prejuicios ideológicos del momento, y que se pone aún más en evidencia al compararla con la de Manuel Ugarte. Éste, en las líneas que escribiera pocos años antes, durante su 'primer viaje a Burgos, decía: *Pasamos balo el arco de Santa Marta, u por la calle de La Paloma llegarnos a la Catedral, cuyos detalles arquitectónicos desaparecen*

[67] *Retablo español,* ed. cit., págs. 12 y 18.
[68] *Amigos y maestros de, mi juventud,* ed. cit., pág. 223.
[69] Obra y lugar citados.

en la noche. Es como un monstruo acurrucado en las tinieblas, detrás del cual se esconde i reaparece la luna. Se me antoja que la sombra de sus companarios es mortal como la de ciertos árboles, u que si nada próspera en torno, es porque el monumento irradia no sé qué maleficio sobre las espigas. Y continúa expresando su rechazo ante el escenario que lo rodea: *El hombre moderno* se ahoga en ese mundo vencido, donde parece que todo es *aniquilamiento, tristeza, muerte infinita... Volvamos a las calles, volvamos a codearnos con lo que vive... Pero son las siete, y las calles están solas..., ¿Qué es lo que ocurre en la ciudad? No se oye más que el llorar monótono de las campanas de las iglesias y el toque de clarín de los cuarteles.*[70]

Manuel Ugarte, ene con el correr de los años comprendería el valor de lo hispánico corno elemento unitivo de los pueblos de América, no podía en esos momentos superar aún los preconceptos que eran fruto de la leyenda negra, de los que no estaban libres tampoco los socialistas como él.

Pero era Madrid la residencia de la gran mayoría de los intelectuales y hombres de letras, de tal modo que munidos de sus cartas de presentación allí se dirigieron nuestros jóvenes. Para trabar relación con los escritores madrileños de las primeras décadas de este siglo, había que visitar los cafés que eran sus lugares de encuentro, convertidos en centros de interminables tertulias plagadas de ironías, retruécanos y maledicencias.

En el café de *El Gato Negro*, en el *Lion d'Or* o en el *Fornos*, conocieron a periodistas como Antonio Palomero, Mariano de Cavia, Eduardo Zamacois y Manuel Bueno, a escritores de la nueva carnada literaria como Valle Inclán, Pérez de Ayala y Felipe Trigo y también a los poetas de reciente fama como Villaespesa, Rueda y

[70] *Visiones de España*, F. Sampere y Cía. Editores, Valencia, s/f, págs. 41 y 43.

Antonio Machado, *uno de los hombres más serios que he conocido*, al decir de Manuel Gálvez.[71]

Ricardo Rojas, que viajaba no sólo preocupado por ci mundo del arte, sino que se interesaba también profundamente por lo social y lo político, obtuvo los medios para visitar personalidades que desarrollaban su acción en estos campos.

Así, en su encuentro con Francisco Giner de los Ríos,[72] ilustre creador de la Institución Libre de Enseñanza, coincidieron en su elogio a las universidades inglesas, y en la idea de que era previa la formación moral del hombre a su dedicación a la ciencia, el arte o la acción social. Y más tarde, en su visita a Pablo Iglesias, fundador del socialismo español, revelaba sus inquietudes políticas al manifestarle: *Yo, señor, habría podido ser presentado al Rey y a los políticos de relumbrón, pero no he tenido interés, de conocerlos, quizá porque ya los conozco, en cambio he sentido la necesidad de conversar con usted.*[73]

Pero en medio de sus entrevistas y sus nuevos conocimientos permanecía presente su preocupación por la patria y la idea de poder recoger experiencias valiosas para fortificar el sentido nacional de

---

[71] *Amigos y maestros de mi juventud,* ed. cit., pág. 229.

[72] Francisco Giner de los Ríos (1840-1915), fue discípulo del introductor del Krausismo en España: Julián Sans del Río, y profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Madrid. Al ser separado de su cátedra por razones políticas, fundó en 1876 la Institución Libre de Enseñanza en la cual propagó un renovado método formativo, que incluía la coeducación, la enseñanza del arte, las excursiones a las sierras y las ciudades y, por primera vez en España, la práctica de los deportes. Por su clara inteligencia y sus austeras costumbres, Giner ejerció también una extraordinaria influencia en los ámbitos políticos liberales de su tiempo, proyectándose a las nuevas generaciones.

[73] *Retablo Español,* ed. cit., pág. 264.

los argentinos. De este modo, resultaron una deliciosa lección sus horas de vagar toledano, después de las cuales comprendió que Buenos Aires, con su corto pasado y su carencia de reliquias, no podía dar al argentino que la habitaba, una densa y profunda conciencia histórica. Y quizás meditando ya en *La restauración nacionalista*, pensaba que se debía tener esperanzas en que la Argentina, tierra de inmigraciones; convertiría sus paisajes en historia y que la Historia sedimentaría una cultura nueva sobre ese mismo paisaje.

Fueron diferentes los primeros días madrileños de Manuel Gálvez. En él predominaba, de modo casi excluyente, en esos años, su interés por la literatura, y por esta razón trató de allegarse a los grandes escritores de aquellos tiempos. Una carta de su futuro cuñado, Carlos Octavio Bunge, para Antonio de Hoyos, novelista de segunda fila, le abrió las puertas de los cenáculos literarios. En una reunión en casa de Hoyos, conoció a su admirada Emilia Pardo Bazán y a Jacinto Octavio Picón, y trabó relación por primera vez con Ramón del Valle Inclán, que en esos primeros años del siglo era la principal figura del modernismo español y uno de los ídolos de nuestro joven amigo.

No pensó en visitar al novelista más destacado de España en ese tiempo, que era Benito Pérez Galdós, principal exponente del realismo literario, al que años después Gálvez admiraría tanto, y en quién encontraría la fuente de inspiración para escribir su serie de novelas históricas. Pero es que Gálvez como todos los modernistas, o posmodernistas, no valoraba en toda su dimensión, por esos años, la magnitud del auténtico genio literario de don Benito.

En cambio, nuestro viajero concurrió a la casa de Vicente Blasco Ibáñez, a quien se sentía próximo ideológicamente, ya que en aquel tiempo Gálvez padecía de un fuerte ataque de *revolucionarismo*. A pesar de ello, no pudo comulgar con el

anticlericalismo del valenciano, el cual juzgó entre grosero y estúpido.

Volvamos a centrar nuestra atención en las visitas de Ricardo Rojas, dos años después, realizó a la capital española. A las ya relatadas debemos agregar sus encuentros con Marcelino Menéndez y Pelayo, Rarrón Menéndez Pidal y Benito Pérez Galdós, pero el escritor santiagueño puso especial dedicación para su entrevista con don Miguel de Unamuno, su gran amigo de España.

A los pocos días de llegar a Madrid, le escribió diciéndole: *Este es un viaje que he deseado durante muchos años*, y confesábale más adelante que allí, en España, se hallaba a su juicio la raíz de nuestro espíritu americano, motivo que acrecentaba el interés de su estudio sobre la realidad española.[74]

Quedó combinado el traslado del argentino a Salamanca, que éste realizó en abril de 1908, después que Unamuno le señalara su falta de disposición para viajar a la Corte, al decirle: *Me alegraré de verle por aquí... Todas las grandes ciudades me repelen, y Madrid más que otras.*[75] Estas expresiones, ausentes de todo equívoco, decidieron el viaje de Rojas a la ciudad del Tormes, que cumplió pasando por Segovia, Medina del Campo y Valladolid.

En las primeras horas de la mañana de un bello día de abril de 1908, nuestro joven Ricardo entraba en la plazuela de la Universidad de Salamanca, donde se yergue la estatua de Fray Luis de León, y frente a la cual, en un piso alto, trabajaba su amigo epistolar, el nuevo rector.

Unamuno, llegado a Salamanca en 1891 como profesor de griego, había alcanzado rápidamente un gran prestigio entre sus colegas. Esta circunstancia, unida a la difusión que logró su obra de

---

[74] *Manuel García Blanco*, obra citada, pág. 261.

[75] Obra citada, págs. 282 y 283.

publicista, lo colocó en una situación expectable dentro del claustro universitario. Así fue como en octubre de 19001 ante el retiro del antiguo rector, el Ministro de Instrucción Pública, lo designó para cumplir dichas funciones. Don Miguel —como comenzaba a llamársele— al obtener esta designación no sólo consolidó la posición que sus libros y artículos le habían otorgado: también logró definir con rasgos cada vez más netos su compleja personalidad, lo cine dio a su figura un contorno de leyenda, difícil de escindir del propio paisaje sobre el que ésta se recortaba.

Es este Unamuno, ya instalado en la casa Rectoral, rodeado de su biblioteca de casi seis mil volúmenes —de los cuales más de trescientos eran obras de autores americanos— el que sale a recibir a Rojas vistiendo su chaleco cerrado, calzando sus zapatos de buen andarín y luciendo su característico sombrero redondo. Después de saludarle con afectuosas palabras, guiará a nuestro viajero en la recorrida de su amada ciudad.

El propio edificio de la Universidad, la Catedral, el Convento de los Dominicos y el Puente Romano sobre el Tormes, fueron parte de su primer deambular salamantino. Durante los otros dos días que pasó Rojas en la ciudad, se agregaron a estos paseos una visita' a la que fuera prisión de Fray Luis y un corto viaje hasta Ciudad Rodrigo.

La fuerte personalidad de Unamuno, unida a su auténtica calidez, harán decir a Rojas, al concluir su estada en Salamanca: *Tengo motivos para decir que ha sido el mejor de mis amigos españoles.* Y enriqueciendo el vínculo afecto con la comprensión intelectual, pudo exclamar: *¡Cuán bien nos entendíamos sobre los problemas de nuestra cultura!*[76]

Es que este encuentro personal cobra todo su relieve por la significación y profundidad de la influencia unamuniana sobre estos

[76] *Retablo español*, ed. cit., pág. 69.

jóvenes argentinos. En 1895 el vasco había publicado una serie de artículos en la revista LA ESPAÑA MODERNA, que en 1902, reunió en forma de libro 'bajo el título de EN TORNO AL CASTICISMO. Es en esta obra donde don Miguel desarrolló conceptos y nociones de las que partirían en forma directa Rojas y Gálvez para elaborar sus futuras reflexiones.

Pero si las ideas de Unamuno tuvieron una honda y notable influencia sobre los primeros trabajos de aliento de nuestros jóvenes, no fue menos importante la perenne presencia de su imagen en el recuerdo de Ricardo Rojas. En esta evocación, el ilustre vasco aparecería con su vestido negro y su tez mate sonrosándose ligeramente al caer la luz sobre el caserío de Salamanca, mientras se doraban las piedras de la ciudad con el resplandor sereno del crepúsculo.

A la batalla por una nación

Las experiencias humanas recogidas por Rojas y Gálvez a lo largo de sus respectivas rutas europeas fueron recibidas en lo hondo de sus sensibles espíritus. A tal punto que cuando estaban por llegar al fin de su recorrido, descubrieron que dentro de ellos nacían nuevas inclinaciones intelectuales, y que aún sus propias convicciones estéticas se veían sacudidas. Poco tiempo después, este impacto generaría una profunda transformación interior.

Un suceso anecdótico ocurrido durante la estada de Gálvez en España tiene en este sentido el valor de un símbolo. Dentro del equipaje que acompañó a nuestro novel abogado desde su partida de Buenos Aires se incluía un cuaderno con sus primeros versos, que él pensaba corregir y pulir durante el largo viaje en barco y, si tenía la suerte de interesar a un editor madrileño, publicar en la capital española.

Sin embargo, el destino no quiso que las cosas sucedieran del modo que Gálvez las 'había planeado, ya que perdió sus queridas poesías al abandonar su compartimento en el tren que lo trasladaba de París a Madrid. Nos imaginamos cuánto habrá sentido esta pérdida: Delfina Bunge, su novia, cuenta que cuando el verano anterior la visitaba en su quinta de San Isidro, mientras conversaban sentados bajo la magnolia y los aromos, frente al paisaje del río sobre la barranca, él le confiaba lo feliz que se sentía cuando había podido concluir uno de sus versos.[77]

Las poesías perdidas, luego de ser laboriosamente recordadas por su autor, vieron la luz en forma de libro, a su regreso de Europa, bajo el nombre de EL ENIGMA INTERIOR. Era éste su primer hijo del espíritu, y su material poético, que había sido elaborado en su mayoría antes del viaje, respondía claramente a la más cabal estética modernista.

Pero parece que aquella pérdida en un vagón español, fue premonitoria de la transformación que la sensibilidad de su creador iba a sufrir, pues ya los poemas agregados a la obra con posterioridad al viaje no comulgaban con la corriente modernista sino que estaban impregnados de la sencillez y claridad formal características de los escritores españoles del 98.

Es que el movimiento modernista, que había nacido en América y más tarde, a través de Rubén Darío, llegaría a España, iba a producir en este país una real y singular renovación de las formas literarias, insuflando un hálito de encanto y gracia del que carecían las técnicas expresivas vigentes. Pero su relación con los hombres del 98 sería en realidad, más que nada, una coincidencia ocasional en un espíritu de común rebeldía frente al naturalismo y al realismo aún predominantes.

---

[77] *Diario íntimo de Delfina Bunge de Gálvez*, 23 de enero de 1905.

El modernismo, en efecto, dominado por un lirismo doliente y subjetivo, poblado de atractivos sensuales y atento siempre a las sonoridades y cromatismos, parecía en última instancia internarse en un peligroso camino donde privaba lo externo y lo superficial. Por este motivo la nueva generación española no lo acompañó, salvo excepciones, por un largo trecho.

Y Rojas y Gálvez, que siempre guardaron un devoto recuerdo para Darío, comenzaron a ser influidos por la fuerza de la literatura de los hombres del 98, que si bien cuidaban la pulcritud de las formas, buscaban por encima de todo conmover hasta sus cimientos la conciencia de su patria y llegar a las mismas raíces de su vida espiritual.

De este modo, los que habían sido convictos de las exquisiteces modernistas, fueron aprendiendo el valor de lo simple y de lo sencillo, a no desdeñar lo vulgar y cotidiano, sino por el contrario a mirarlo con cariño y a elevarlo por medio de la creación artística. Esta nueva actitud estética será evidente en las futuras obras de Gálvez, tales como SENDERO DE HUMILDAD y su primera novela, LA MAESTRA NORMAL.

Los últimos tramos del viaje de Rojas fueron también importantes para su posterior evolución espiritual y para la maduración de las ideas que venían gestándose en su interior. Barcelona fue una de las etapas finales de su recorrido europeo. Allí se encontró con el escritor argentino Roberto Payró, quien desde algunos años atrás se había instalado con su familia en la ciudad condal. Acompañado de éste y del cónsul argentino Alberto Gache, cumplió con todas las tradicionales, visitas que los turistas debían realizar.

Una tarde de su permanencia en Barcelona asistió con sus amigos, en un parque público, al espectáculo dado por algunos paseantes que espontáneamente, con el acompañamiento de una

orquesta improvisada, comenzaron a bailar la sardana, el baile típico del pueblo catalán.

La actitud inesperada de los bailarines y la recepción cálida y entusiasta del público, impresionaron a Rojas, quien vio expresada en estos hechos la fuerza de la corriente intuitiva y popular como vínculo para cohesionar la firmeza espiritual de una nación.

Y de improviso recordó a su patria: *Mientras las flautas seguían sonando en el aire del parque luminoso y la ronda crecía en sus enlaces fraternales, yo recordé la cadena de nuestro pericón.*[78] Porque en el ritmo, la gracia, la luz y la emoción espontánea de la danza, Rojas tuvo una de sus certezas iniciales acerca de la necesidad de ligar la vitalidad de las manifestaciones anónimas y colectivas con la tradición culta del país, para afirmar en el futuro la unidad espiritual de su joven patria.

Esta sería, en efecto, la batalla que les tocaría librar a nuestros jóvenes a su regreso de Europa. *Brava lucha es la nuestra* —decía Manuel Gálvez pocos años después—. *Tenemos que pelear lindamente —en los libros, en los diarios, en la Cátedra, en todas partes— contra los canibalescos intereses creados de los hábitos materialistas. Tenemos que predicar maniáticamente el amor a la patria, a nuestros paisajes, a nuestros escritores, a nuestros grandes hombres, desentrañar el idealismo y la originalidad de nuestro pasado, y enseñar cómo estas cualidades de la patria romántica y pobre pueden salvar, sin menoscabarla en su grandeza material, a la actual patria viviente. Y tenemos, por último, que buscar por toda la anchura de la tierra ejemplos de idealismo y tratar de crear, en el alma de nuestros conciudadanos, la misma emoción purificadora que estremeció a la nuestra*[79].

---

[78] *Retablo español*, ed. cit., pág. 328.

[79] El solar de la raza, ed. cit., pág. 13.

CAPITULO IV

ANTE EL DESAFÍO DE LA DEMOCRACIA

Cuando transcurrían los últimos años de la primera década del siglo, retornaban al país, de su travesía europea, Ricardo Rojas y Manuel Gálvez. Los jóvenes viajeros habían sufrido, como ya hemos visto, una honda transformación interior durante su estada en el viejo continente. Pero era también el escenario de la vida cívica argentina, el que a su vuelta se presentaba diferente y cambiante, con importantes y sugestivas novedades.

Nuestros noveles autores se preparaban entonces para la prueba que el ensayo de la primera experiencia democrática depararía a los argentinos. En efecto, el panorama político en que los muchachos de IDEAS estrenaran, unos años antes, sus ensayos literarios y sus reflexiones sociales, había variado sustantivamente en las postrimerías del gobierno de Figueroa Alcorta.

La hegemonía política del general Roca, que aparecía tímidamente cuestionada en 1903, se encontraba en 1909 herida de muerte por la acción decidida del Poder Ejecutivo, que se proponía no detenerse en ningún escrúpulo jurídico con tal de predominar en las provincias del interior que aún quedaban bajo la influencia del ex-presidente.

Figueroa Alcorta, a poco de recibirse de su investidura, como consecuencia de la muerte de Manuel Quintana en marzo de 1906, mostró con toda claridad que pensaba apoyarse, para gobernar, en los partidos que formaron la coalición antirroquista, o

sea los autonomistas de Pellegrini y los republicanos que respondían a la dirección del ingeniero Emilio Mitre.

El nuevo presidente hizo suyo el programa de estas agrupaciones, al determinarse a conseguir en el plazo más breve posible que la democracia, a través del voto libre y garantizado, fuera realidad de una vez por todas en la deprimida vida cívica de aquellos años. Pero en la ruta que conducía al logro de sus propósitos, el Dr. Figueroa tuvo que enfrentarse con elementos que se le oponían, pues veían peligrar su viejo predominio en el mundo político. Otras- dificultades para llevar a cabo sus proyectos provinieron de la inesperada muerte de los líderes de la coalición, Pellegrini y Emilio Mitre.

Sin embargo, ni la resistencia en el Congreso Nacional, acaudillada entre bambalinas por el ex-gobernador bonaerense Marcelino Ugarte, ni la aparente carencia de una figura que pudiera continuar la obra del presidente en el próximo período de gobierno, desalentaron el ánimo de éste ni le impidieron seguir adelante en su propósito de innovar totalmente en el cuadro político nacional. Así, a la hostilidad del Congreso respondió con la clausura de las sesiones extraordinarias, en enero de 1908; este hecho trajo como consecuencia el sometimiento a la autoridad presidencial del gobernador de Buenos Aires, Ignacio Irigoyen, así como también la modificación de las mayorías parlamentarias a favor del Ejecutivo, en las elecciones de marzo del mismo año.

Este y otros esfuerzos realizó el presidente con miras a su intento: atendiendo al objetivo de evitar nuevas sacudidas revolucionarias, se entrevistó en dos oportunidades con el jefe del radicalismo, Hipólito Yrigoyen. En estos encuentros no llegó a ningún acuerdo concreto, ni logró que los radicales levantaran su política de abstención electoral. Pero al menos obtuvo, a través del diálogo, llevar a la convicción de algunos sectores importantes del

radicalismo que los elementos gobernantes, y sus casi seguros sucesores, consideraban como absolutamente necesarias las reformas del sistema electoral, y que éstas se llevarían a cabo en plazo no lejano.

Pero comprendiendo que no podría, en el tiempo que le restaba por gobernar, completar una reforma profunda del sistema electoral, Figueroa eligió, en la persona de Roque Sáenz Peña, un sucesor que estaba totalmente identificado —por su anterior actuación pública— con el programa que buscaba revitalizar la vida política a través del ejercicio real del sufragio. De esta forma, el gobierno de Figueroa Alcorta fue un período de preparación imprescindible para que su continuador - pudiera, ya desembarazado de inconvenientes, acometer de lleno la tarea de integrar los diversos sectores políticos de la nación en un proceso auténticamente democrático.

También en el campo social la situación se había hecho más compleja que la existente al finalizar el gobierno del general Roca. El crecimiento de la clase obrera había dado lugar al nacimiento y organización de instituciones sindicales, y el malestar que se vivía en el sector popular se puso en evidencia en el accionar de los activistas del anarquismo, que llegaron a su cúspide con el asesinato del Jefe de Policía Coronel Falcón y en los atentados que se produjeron en los días anteriores a los festejos del Centenario. El Estado reaccionó a su vez, aumentando las medidas de represión de los agitadores, y sancionando la ley de defensa social de 1910.

Con este marco de cambiante actividad política y tensa situación social se insertaron los jóvenes Ricardo Rojas y Manuel Gálvez en la vida del país, habiendo vivido ya su experiencia europea. A partir de este momento comenzará cada uno de ellos un camino definido y ascendente, tanto en sus actividades profesionales como en sus tareas de escritores. La evolución política, la realidad

social y el mundo cultural serán objeto de su sagaz observación, al tiempo que los acontecimientos que se susciten en estos ambientes tendrán una marcada influencia en sus ánimos, que quedará reflejada en las obras que produzcan.

Ricardo Rojas reinició, a la vuelta de su viaje, su tarea en el periodismo, como asimismo su actividad en la docencia secundaria. Mientras tanto escribía las páginas de un libro dedicado a estudiar el problema de la enseñanza de la historia de nuestro país, que titularía LA RESTAURACIÓN NACIONALISTA.

En esta obra Rojas recogería las impresiones más profundas que le produjera, en orden al tema de la enseñanza, su reciente periplo europeo. De la observación de los hábitos culturales del viejo mundo concluía que a los argentinos de su tiempo y de la época inmediata anterior les había faltado la energía que llevaba a pensar por cuenta propia, elaborando sustancia argentina.[80] Y para poner límites precisos y racionales a su actitud nacionalista, aceptaba como positivo parte del programa alberdiano de recibir el aporte de las naciones europeas para seguir construyendo su patria joven, más lo rectificaba con propuestas concretas y claras:

QUIERO que el hijo del inmigrante sea profundamente argentino.
QUIERO que el espíritu argentino continúe recibiendo ideas europeas, pero que las asimile y las convierta en sustancia propia.
QUIERO que cuando se planteen conflictos entre un interés económico argentino y un interés extranjero, estemos por el interés argentino.
QUIERO que el patriotismo se convierta en un esfuerzo generoso y conscientemente realizado en favor del territorio, el idioma y la tradición.[81]

---

[80] *La restauración nacionalista*, ed. Peña Lillo, Buenos Aires, 1971, pág. 107.

[81] *La restauración nacionalista*, ed. cit., pág. 141.

Pero este Rojas que meditaba en torno a la profunda trascendencia política que tenía el tipo de enseñanza que se impartiera al hombre argentino, también se convertía, a través de su trabajo, en un precursor de los estudios sobre nuestra- literatura nacional. En 1909 la Universidad de La Plata creó la cátedra de Letras, que le fue encomendada, y a partir de sus lecciones comenzó la elaboración del primer texto histórico sobre la literatura argentina.

No era casual que Joaquín Y. González, fundador y presidente de dicha Universidad, pensara en Rojas para encargarle la mencionada cátedra. El autor de TRADICIÓN NACIONAL y MIS MONTAÑAS, era, de algún modo, un precursor de esa sensibilidad atenta a los paisajes y a las viejas costumbres del interior del país, que caracterizaba al pensamiento nacionalista que en Rojas se expresaba plenamente.

Pero no sólo en el rescate de los vigorosos escenarios nativos el ilustre riojano y el novel escritor santiagueño encontraban un punto en común y un estímulo para su labor cultural. Además, en Joaquín V. González se dibujaba una de las figuras más ricas y renovadoras de entre los inmediatos continuadores de los hombres del 80. Su disposición para afrontar con la mayor dosis de elasticidad posible los problemas políticos y sociales, ya la había demostrado como Ministro del Interior, al proyectar el régimen electoral de circunscripción uninominal y el Código de Trabajo.

También en el campo de la educación, González aparecía como una personalidad imaginativa y progresista. En la fundación de la Universidad de La Plata y luego en el prolongado ejercicio de su presidencia volcó sus ideas, que se emparenta-han con el método británico de educación y con el pensamiento de intelectuales españoles como Francisco Giner de los Ríos, tan admirado por Rojas.

Precisamente cuando éste dictó sus primeras lecciones de literatura en la capital bonaerense, eran también profesores invitados dos distinguidos españoles discípulos de Giner: Adolfo Posada, profesor de Ciencias Políticas, y el historiador Rafael Altamira.

El primero de ellos, inteligente y fino observador, nos ha dejado en sus recuerdos una rica descripción del ambiente de esa casa de estudios donde Rojas se estrenara como profesor universitario, en las vísperas del Centenario. Posada descubrió la voluntad de su presidente de hacer de la Universidad Nacional de La-Plata una institución que impulsara las ideas modernas, en un ambiente, restaurado por el soplo de una filosofía nueva; trabó relación con un -claustro de profesores entre quienes se distinguían personalidades como Rodolfo Rivarola, Carlos Octavio Bunge, José Nicolás Matienzo, Samuel Lafone Quevedo y Ernesto Quesada; recogió, por fin, del vicerrector Agustín Alvarez, la idea de que la Universidad, animada por un espíritu democrático, debía en su labor buscar la compenetración con -el pueblo. Las impresiones de -Adolfo Posada le permitieron concluir que allí, en La Plata, se encontraba uno de los círculos más significativos del pensamiento argentino de la época.[82]

No será, entonces, motivo de sorpresa advertir, como lo haremos más adelante, la influencia del pensamiento de parte de estos destacados hombres de estudio en algunas de las ideas políticas que Rojas exponga en sus obras futuras.

Entre tanto Manuel Gálvez, aunque por una vía libre diferente, también ha ingresado en el mundo de la educación, donde quedará afincado por largo tiempo. Al cumplir veinticinco años, y a causa de la amistad que unía a su padre con el Subsecretario de-Instrucción Pública, fue nombrado inspector de Enseñanza

[82] Adolfo Posada, *La República Argentina. Impresiones y comentarios*, ed. Lib. Victoriano Suárez, Madrid, 1912, pág. 376

secundaria. El ejercicio de esta función, ante su desagrado por su profesión de abogado, se convertiría en su medio de vida, y fue también una valiosa fuente de experiencia humana, tan importante para el desarrollo de su vocación artística.

Entre sus compañeros de trabajo Gálvez encontró al naturalista Eduardo Holmberg, conversador lleno de irónicas ocurrencias; a pedagogos del más claro corte positivista como Víctor Mercante y Guaglianone, y también a jóvenes que crecerían por la importancia de su obra y su actuación pública, como Máriano de Vedia y Mitre y Ricardo Levene.

Pero tanto o más valiosos que las gentes que en torno a la Inspección tomaban contacto con el futuro novelista, fueron sin duda los viajes por el interior del país a que el cumplimiento de sus tareas le obligaba en forma reiterada y constante. Desde la distancia, y con la perspectiva que da la obra realizada, el mismo Gálvez nos dirá: *A mi cargo de Inspector le debo el no ser un escritor europeizante..., por medio de él me puse en contacto íntimo y profundo con el cima nacional, con los paisajes de mi tierra, las costumbres, las canciones, las danzas, las gentes, las formas de vida.*[83]

Estos largos viajes en tren por la Argentina de principios de siglo lo llevaron a más de una lejana provincia para levantar un tedioso sumario. Así entre chismes y pequeñeces descubrió tantos oscuros dramas escondidos balo la quieta vida del interior. El joven Manuel Gálvez vio aparecer ante sí un mundo hasta entonces desconocido, cuando comprendió la riqueza de la poesía suave y profunda que vive en las ruinas coloniales y en las calles tristes y solitarias de esas ciudades muertas. Vio entonces que en estas pequeñas poblaciones del interior había permanecido intacto un pasado argentino que él juzgaba romántico y libre de las influencias

[83] *En el mundo de los seres ficticios*, ed. Hachette, Buenos Aires, 1961, pág. 48.

exóticas que poblaban el litoral del país. Paisajes y personas del Norte y el Noroeste fueron penetrando en el alma del joven escritor, alimentando una nueva estética que .brotaría plena en su segundo tomo de poesías: SENDERO DE HUMILDAD.

Las amistades tejidas en estas recorridas provincianas jugaron también un papel trascendente en su formación espiritual. Con el poeta salteño Juan Carlos Dávalos anduvo por reñideros de gallos y en bailes de suburbio donde las arpas, las quenas, los ponchos y las ojotas de las coyas nativas, dibujaban un cuadro que se completaba con el panorama de una ciudad en la cual todavía predominaban los techos de tejas, los balcones y columnas de madera y los interiores con encantadores patios, sahumados de naranjos en flor.

En Tucumán, la ciudad más activa e industrial del norte, reencontró a dos ex-condiscípulos de la Facultad de Derecho, Alberto Rougés y Juan B. Terán. Mientras con el primero desgranaba largas charlas sobre temas filosóficos, con Terán la literatura y la política eran materias obligadas.

Pero sería Córdoba la ciudad del interior que, por la frecuencia de sus estadas y la fuerza de los vínculos allí trabados penetró más hondamente en la vida del escritor. La residencia de su novia Delfina Bunge durante casi tres años, por razones de salud, en la capital y otras localidades como La Calera, Totoral y Alta Gracia, le permitieron en sus constantes visitas tomar un acabado conocimiento del modo de vida y el paisaje cordobés. Fue precisamente en Totoral, en una de esas casonas con huerta frondosa y extensa, donde crecen tupidos duraznales, donde conoció a uno de sus grandes amigos cordobeses, el pintor Octavio Pinto, quien por ese tiempo era un estudiante de derecho de dieciocho años.

En la capital, y quizás en los días en que Delfina vivía con su madre en un hotel a media cuadra del melancólico y solitario Paseo

Sobremonte, trabó relación con el atractivo y sensible Deodoro Roca. Años después, la amistad del poeta Arturo Capdevila completaría el círculo de sus más íntimos afectos cordobeses. Con Pinto, Roca y Capdevila, Gálvez recorrió Córdoba de arriba abajo, llegó a conocer sus paisajes y sus costumbres. *Las horas que habremos charlado juntos en una mesa en el Plaza*, recuerda en sus Memorias, pensando en las conversaciones interminables en las que sus amigos se ocupaban de todo el mundo literario, pictórico y político, al tiempo que nuestro futuro novelista se adentraba más y más en el conocimiento de la sociedad del interior argentino.

Ya había quedado Manuel Gálvez, al llegar 1910, herido definitivamente por la nostalgia de los tristes y melancólicos paisajes provincianos. Estos habían calado profundamente en su alma, y vivía en él la impresión recogida mientras vagaba errabundo por las angostas calles de las ruinosas ciudades del interior, escuchando en el silencio del atardecer el sollozo de una guitarra con el aire de la vidalita.

Gálvez, Rojas y la democracia argentina

No era el mundo quieto de los pueblos provincianos, ni las aulas de la joven universidad platense, los escenarios donde se disputaba la contienda entre los aspirantes a suceder al Presidente Figueroa Alcorta.

En Buenos Aires, durante la segunda parte del año 1909, se proclamaron las candidaturas que favorecieron en el sector gubernista a Roque Sáenz Peña y en el campo de la oposición a Guillermo Udaondo —máximo dirigente de la Unión Cívica, denominación que tomó el antiguo mitrismo.

Para aceptar formalmente su postulación, Sáenz Peña volvió de Europa, donde ejercía funciones diplomáticas. En un acto

realizado con ese fin, habló desde los balcones de la casa de Juan José Romero, en Florida y Charcas, a una nutrida concentración que se extendía por la plaza vecina,. Allí el candidato de la Unión Nacional se presentó como el intérprete y ejecutor de una transformación que no nacía de la simple voluntad de los hombres, sino de un imperativo de los tiempos y de la complejidad y desarrollo alcanzados por la sociedad argentina. Se manifestó también opuesto a los cambios revolucionarios, que a su criterio sólo podían sustituir y aún agravar la opresión padecida por un vasto sector de la comunidad, y sostuvo en cambio que el perfeccionamiento gradual que nacería de una valiente reforma electoral sería la mejor garantía de la permanencia del orden y el progreso. E indicó, por último, una esperanza programática, que iba más allá de la realización material de la reforma propugnada, pero tenía una singular importancia para el funcionamiento eficaz de la misma, al decir: *Dejadme creer que soy pretexto para la fundación del partido orgánico y doctrinario que exige la grandeza argentina.*[84] Este era el programa político que, a través de la voz de Sáenz Peña, expresaba al sector progresista de los conservadores argentinos. En esa coyuntura histórica comulgaban con estas propuestas todos aquéllos que se sentían solidarios con la obra realizada desde el 80 hasta, el Centenario, pero comprendían a la vez que la permanencia forzada de los resortes del poder, en un sector reducido de la sociedad, podía crear tensiones que hicieran inevitables la violencia revolucionaria y la detención del progreso económico.

Una vez que el nuevo presidente se hizo cargo del poder, un atento y lúcido observador, buen conocedor del ambiente nacional, pudo decir que si bien los días que precedieron al cambio de

[84] *Roque Sáenz Peña, Escritos y Discursos*, ed. Peuser, Buenos Aires, 1935, pág. 22 y siguientes.

gobierno habían estado, en el orden político, cargados de expectativas y esperanzas de progreso institucional y moral, este simple relevo de personas no podía transformar de un golpe la sociedad y los hombres, ni eliminar los vicios de larga data.[85] Es que a partir de ese momento se iniciaba un trabajoso y delicado proceso, que debía poner a difícil prueba la idoneidad de conducción del presidente. Este tenía que llevar a cabo su programa de reforma electoral, el que le obligaba a mantener una conducta prescindente en el campo político. Pero asimismo, para que su tarea fuera realmente útil y permanente, debía lograr que, a pesar de la desorientación y zozobra que su mismo proceder llevaría inevitablemente al ánimo de los gobernantes y políticos provincianos (que eran el principal recurso del viejo oficialismo), éstos no se dispersaran en pequeñas agrupaciones, sino que se atrevieran a alimentar las filas de una fuerza conservadora dispuesta a competir lealmente bajo las nuevas reglas del juego.

En este orden de ideas la carta enviada por Sáenz Peña al gobernador de Córdoba, Félix T. Garzón, en enero de 1911, contenía expresiones de una señalada significación. Admitía el presidente que estaba al tanto del parecer de varios dirigentes conservadores del interior, que veían en la actitud ascéptica del Ejecutivo un factor que haría 'perder orientación a su sector político, produciendo la dispersión de los partidos que lo representaban en las distintas situaciones provinciales. Pero a esto respondía Sáenz Peña diciendo que para 'evitar la desorientación y la dispersión, el único remedio era la organización de partidos orgánicos y responsables, con auténtica representatividad.[86]

---

[85] *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, tomo 1, pág. 109, Crónica del mes de octubre de 1910.

[86] *Escritos...*, ed. cit., págs. 68 y 69

Sin embargo, este plan de renovación en el accionar partidario, no era tarea a la que estuvieran dispuestos a adherirse con espontaneidad los restos del roquismo, ni por cierto las huestes políticas que todavía respondían 'al ex-gobernador de Buenos Aires, Marcelino Ugarte

De todos modos, la expectativa creada por la reforma y las inquietudes que nacían de su futura aplicación, excedían ampliamente los marcos del movimiento político oficial. Un destacado intelectual, de sólo 35 años, que había adherido a la candidatura de Udaondo levantada por la Unión Cívica, se expresaba de este modo al despedir a los graduados de la Facultad de Derecho en 1912: *Ahora se asigna para la República una era nueva. La democracia, concepto desvirtuado a fuerza de invocarse, no promete acierto en la gestión pública por la afluencia desconcertada de sufragantes libres a las urnas. Ella se realiza cuando partidos preparados que responden a concretas tendencia colectivas se suceden y participan del gobierno sin turbar el equilibrio social asegurado por la regulación de las fuerzas. De lo contrario, oscilaremos desorientados*.[87]

Subyacía en este pensamiento la misma preocupación que animaba las expresiones presidenciales, dirigidas de igual manera al

[87] Carlos Ibarguren, Discurso pronunciado el 12 de agosto de 1912 en la colación de grados de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, ed. Biblioteca del Pensamiento Nacionalista, tomo VI, pág. 296, Buenos Aires, 1975. Carlos Ibarguren, nacido en 1877, había ya ocupado algunos cargos destacados en la administración pública, cuando a propósito de los conceptos vertidos en el discurso citado en el texto, el presidente Sáenz Peña lo llamó a formar parte de su gabinete en la cartera de Justicia e Instrucción Pública, en la cual se desempeñó hasta la muerte del titular del Ejecutivo. Ibarguren fue uno de los organizadores del Partido Demócrata Progresista, fundado en 1914, como respuesta a la crisis, por los grupos conservadores más avanzados.

logro de un sistema electoral justo, como a la creación de fuerzas políticas con la vitalidad necesaria para permitir el perfeccionamiento y viabilidad del régimen naciente. Es digno de señalarse, por otra parte, que esta tendencia a advertir simultáneamente ambos problemas era común a pensadores francamente distantes en su ideología. Manuel Ugarte, por ejemplo, decía desde Europa, en 1910, que trabar la expresión de la energía nacional falseando el sufragio era el delito más odioso en una república. Sin embargo, entendía que para sanear el proceso no bastaba con implantar el voto secreto y ofrecer garantías al sufragante; a su criterio era necesario también combatir la tendencia atávica de nuestra política al personalismo. Advertía que sólo con la desaparición de los grupos políticos que sobrevivían atados a esa modalidad y con el nacimiento de otros formados bajo el influjo del pensamiento moderno, podría mirarse con fe el objetivo de conquistar una democracia estable.[88] En este punto no disentía Ugarte con su jefe, el Dr. Juan B. Justo, quien expresaba que su partido era el del sufragio consciente y que a través de éste y por medio de un pensamiento claro se resolverían las grandes cuestiones de la República.[89] No era ilógico entonces que el presidente Sáenz Peña, atento a esta postura, pensara que el socialismo era un pleito que podía transarse.

Otros observadores de la realidad argentina entendían que había que aplicar otra lente para descubrir los verdaderos problemas del sistema político y hallar una solución realmente compatible con su estructura social. Así Rodolfo Rivarola, reiterando una postura

---

[88] *El porvenir de América Latina,* ed. Indoamérica, Buenos Aires, 1953, págs. 130 y 135.

[89] *Dardo Cúneo, Juan B. Justo y los hechos sociales argentinos,* ed. Alpe, Buenos Aires, 1956, pág. 737.

que ya había mantenido en su obra DEL RÉGIMEN FEDERATIVO AL UNITARIO, aconsejaba al presidente Sáenz Peña, cuando comentaba la carta que éste le enviara al gobernador Garzón, que el remedio que debía aplicarse era una reforma institucional que limitara la omnipotencia del presidente, abandonase el sufragio universal, suprimiera la pluralidad de gobiernos locales y permitiera de este modo la organización de partidos nacionales que dieran nacimiento a un gobierno representativo y de carácter parlamentario.[90]

Esta preocupación por hacer coincidir, la formalidad jurídica expresada en la constitución con el comportamiento real de la sociedad política, que encontramos en Rivarola, era compartida por otro estudioso: José Nicolás Matienzo. Este último sostenía, rectificando en parte el pensamiento de Rivarola, que lo que venía fracasando en la Argentina no era el régimen unitario o el federal, sino el gobierno popular, el gobierno del país por el país. Y concluía afirmando *que el progreso político dependía de las sucesivas y oportunas transacciones entre el ideal y la realidad.*[91]

Esta corriente de pensamiento entendió que la centralización producida desde 1880 había terminado de desvirtuar el régimen federal, al tiempo que acentuó los vicios electorales impuestos desde la presidencia y las gobernaciones de provincias, verdaderas dependencias del Ejecutivo Nacional. Esperaban, por tanto, los expositores de esta tesis, encontrar en la representación popular la clave de la coherencia deseada entre la realidad social y la letra de la ley.

Ricardo Rojas y Manuel Gálvez, am cuando no tuvieran una militancia política definida y tampoco se movieran en medios

---

[90] *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, tomo 1, pág. 821.

[91] *El gobierno representativo y federal en la República Argentina*, ed. América, Madrid, 1917, pág. 340

específicos para ci accionar cívico, no podían ser ajenos al debate que en torno a estos temas se estaba realizando en aquellos días entre los políticos, los intelectuales y los hombres que, de una forma u otra, tenían una responsabilidad dirigente en el país.

Lo seguimos al joven profesor de literatura en sus viajes semanales a la Universidad de La Plata. Nos imaginamos que éstos le permitirían la meditación, cuando el tren se alejaba de la gran ciudad y quedaban atrás Barracas y el Riachuelo, envueltos entre el humo de los talleres y las brumas y nieblas que despedía el río. Quizás mientras cruzaba los pueblitos suburbanos y aparecía de tanto en tanto otra vez la llanura, recordando a pesar del progreso la presencia de la pampa, o a lo mejor cuando descansaba su mirada en el espléndido bosque de eucaliptus de la gran estancia de los Pereyra Iraola, encontraba claridad en sus ideas para reflexionar en torno al momento tan singular que vivía la República.

Rojas tuvo oportunidad de exponer su punto de vista sobre los temas vinculados a la reforma electoral, en su respuesta a una consulta realizada por el diario LA NACIÓN en el mes de septiembre de 1911. En esa ocasión afirmó que reducir la cuestión electoral a nuestras condiciones jurídicas, era reincidir en el torneo forense habitual en los debates parlamentarios. Para su concepción, el problema residía en el conocimiento de nuestras realidades geográficas y sociales. Era, pues, un problema de hecho y no de leyes.[92]

Digamos de paso que las ideas sostenidas por Ricardo Rojas denunciaban la influencia ya señalada de los escritores españoles llamados *regeneracionistas*. Detrás de las expresiones del argentino parecerían encontrarse opiniones como éstas de Joaquín Costa cuando sostenía: *a un estado de derecho regular y perfecto, se*

[92] *Diario La Nación, 10 y 11 de septiembre de 1911*, Política argentina.

opone en España un estado de hecho que lo hace de todo en todo ilusorio, resultando que tenemos todas las apariencias y ninguna de las realidades de un pueblo constituido según la ley y el orden jurídico. ¿Cuál es, pues, la constitución real de nuestro país?[93] La apelación al país real, frente a una estructura jurídica despojada de vida, aproximaba la posición de Rojas a la de Joaquín Costa. Pero la presencia de Ángel Ganivet y su teoría del ESPÍRITU TERRITORIAL Se hace también evidente en la siguiente afirmación del escritor santiagueño en el mismo artículo: *El suelo es la base física de la estructura política, y está con relación a la conciencia colectiva y el Estado, como el cuerpo del hombre con relación a la actividad nerviosa y al alma.*

Rojas pensaba que, además de consultarse la conformación física del país, debía realizarse un análisis del estado en que éste se encontraba en su evolución social, para de allí deducir en definitiva qué terapéutica se aplicaría a los males políticos argentinos. Entendía que la nación se encontraba gobernada por una oligarquía desde su organización jurídica definitiva y sostenía que el defecto de esta oligarquía no consistía en serlo, sino en estar compuesta en ese momento por hombres sin preparación estética, económica, religiosa ni filosófica, empíricos y ambiciosos.

Opinaba que a esta clase política ya declinante, le sucedería en la conducción del país un nuevo estamento compuesto de hombres de alto valor moral .y probada capacitación técnica. Así; en esas circunstancias, hombres como el *senador González, el médico Ramos Mejía, el ingeniero Mitre, el orador Alfredo Palacios, el magistrado Carlos O. Bunge, el profesor Rodolfo Rivarola, el ciudadano Carlos Melo*, constituía el grupo idóneo, a su criterio, para presidir la iniciación nacionalista y democrática en que el país

[93] *Joaquín Costa, Oligarquía y Caciquismo*, ed. Alianza, Madrid, 1969, pág. 19.

entraba. Creo, -decía, que antes de llegar a la verdadera democracia vamos a pasar por una nueva oligarquía: la de los *maestros* de un pueblo heterogéneo, escéptico, ignorante y sensual.

Pero para que esta élite de maestros fuera electa por ese pueblo que nunca había en realidad sufragado, era necesario para Rojas que la cuestión electoral fuera tratada más como un problema de educación moral y de acción cívica que de simple legislación. En pocas palabras, había que limitar el sufragio.

De este modo, Rojas concluía que el sistema conveniente para Argentina era uno que no fuese uniforme, sino adaptado a las diversas condiciones geográficas y sociales: el país debía dividirse, en tres zonas electorales: la Capital Federal —en donde se -utilizaría el régimen uninominal de la ley González—, las provincias (con el sistema de lista) y las que denominaba "zonas neutrales", excluidas del sufragio por incapacidad democrática.

La limitación del voto no terminaba aquí para Rojas: en su concepto, los ciudadanos aptos serían sólo los alfabetos, que conocieran la Constitución y practicaran el idioma- nacional. En cuanto a los extranjeros nacionalizados, sólo podrían votar dos años después de otorgada la ciudadanía.

Todas estas reglas limitativas contribuirían a elevar el nivel de los votantes, y por tanto el de los elegidos. Eran, a la vez, un estímulo para la elevación del nivel zonal e individual. *Bien comprendo, concluía Rojas, que mis proposiciones lesionan un tanto la vieja trilogía mágica de libertad, igualdad y fraternidad. Pero debemos desengañarnos: la igualdad y la libertad no existen, ni en la naturaleza ni en las almas"*.

En suma, Rojas se mostraba, si bien partidario de la iniciativa reformista del presidente Sáenz Peña, respetuoso de la labor realizada por los hombres del 80 y poseído de un ligero escepticismo acerca de la capacidad plena del pueblo para usar

eficientemente de sus derecho cívicos, en la medida en que esa nueva clase dirigente de intelectuales por él señalada, no cubriera el papel tutelar de las masas, que la oligarquía abandonaba.

Tampoco era ajeno a este tipo de inquietudes Manuel Gálvez, a quien las circunstancias de su vida le dieron una singular oportunidad para reflexionar sobre el presente y el futuro del país. En efecto, en abril de 1910 Gálvez se casaba con Delfina Bunge. Este hecho no es simplemente uno más en el acontecer de su vida, sino que reviste una profunda trascendencia para su maduración como intelectual; su novia, en efecto, había influido en forma decisiva para su vuelta a la fe católica y había también obrado en el trayecto que lo condujera a descubrir el interior del país.

Con motivo de su casamiento, el joven inspector de enseñanza abandonó por un tiempo sus viajes de trabajo a las provincias, y junto con ellos dejó descansar las cuartillas en las que intentaba penetrar en el nostálgico y estático mundo de la suave Raselda, la maestra normal de la triste La Rioja. Se había instalado Gálvez, por ese entonces, con su reciente esposa, delicada y sensible poetisa, en una pequeña casa de Olivos que llevaba el sugerente nombre de Sweet Home. Allí, en las vísperas del Centenario, escribió su primer libro en prosa: EL DIARIO DE GABRIEL QUIROGA.

Sé que entre tantos elogios, corno los que la adulación cosmopolita y la vanidad casera asestarán a mi patria, daré la nota discordante. Pero no me aflijo.[94] En estos términos advertía Gálvez, desde las páginas iniciales de su obra, sobre el espíritu polémico, agrio e insatisfecho que la animaba. Pero la crueldad y la dureza que poblaban el libro, nacían para su autor simultáneamente del grande amor que sentía por su patria y de la necesidad d0 ser sincero con

[94] *El diario de Gabriel Quiroga,* ed. A. Moen, Buenos Aires, 1910, pág. 45.

ella diciendo la verdad, aunque ésta quedara desdibujada en aquellos días por las proclamas irreflexivas de los heraldos de su grandeza y opulencia.

EL DIARIO DE GABRIEL QUIROGA, como LA RESTAURACIÓN NACIONALISTA, estaba habitado por un afán rectificatorio, reflexivo, crítico, del proceso social y político de la Argentina, tal como se presentaba éste al observador profundo en 1910. Y es desde esta perspectiva que el propio Gálvez indica al lector uno de los caracteres de su trabajo, al decir: *Este volumen es en cierto modo un libro político.*[95] Lo era al proponerse su autor revelar ciertas facetas de la vida argentina, que en la euforia de los festejos quedarían ocultas por las voces dedicadas sólo a cantar las glorias de la joven república.

Era, en efecto, político en 1910, un libro que ponía de manifiesto el desequilibrio entre el litoral y el interior del país y que advertía acerca del peligro para la identidad nacional que significaban la inmigración y el predominio de las culturas francesa y anglosajona; lo era también al denunciar el materialismo y la ligereza de los argentinos, que se erguían como barreras en el camino hacia la madurez social, prerrequisito para lograr el contorno definitivo, de una verdadera nación.

Manuel Gálvez se acercaba entonces por una vía oblícua a los mismos temas que preocupaban tan intensamente a sus coetáneos en esos días del comienzo de la presidencia de Roque Sáenz Peña. Al tiempo que navegaba por ese mar de dudas, incertidumbres y expectativas que era el mundo político e intelectual de aquellos años, se animaba a sentenciar con aire definitivo que los argentinos carecían de espíritu democrático, puesto que éste era un lujo accesible sólo a los seres superiores.

---

[95] *El diario*..., ed. cit., pág. 31.

La democracia para Gálvez suponía naturalidad, modestia, sencillez; era la suprema distinción, el patrimonio de los hombres insignes, de los que no se envanecen con la gloria de los triunfos futiles, de aquellos que se exigen siempre más a sí mismos. ¿Cómo podía tener fortuna, entonces, un sistema que para prosperar requería estas condiciones, si a su vez nuestro autor veía a sus compatriotas como teatrales, exhibicionistas, dominados por la arrogancia del ignorante e impulsados por un desenfrenado arribismo que los condenaba a una constante superficialidad?

En el pensamiento de Gálvez había una fuerte dosis de escepticismo acerca de la capacidad real de las masas para ejercer plenamente sus derechos cívicos, sin que por esto su concepción sobre el modo de organizar la vida pública del país se alejara de manera concluyente 1e los presupuestos democráticos.

En este punto es cuando cobran verdadero relieve e importancia, para comprender de modo cabal las ideas del autor de LA MAESTRA NORMAL, las influencias ya señaladas de la trayectoria política de su familia —particularmente de su tío José Gálvez—, así como también de las opiniones de pensadores de singular difusión en esos años.

Gálvez, en efecto, partiendo de su propia experiencia vital (en la que se encontraba la imagen que a sus treinta años se había forjado de su familia en el campo político), fue elaborando una interpretación de la evolución de las fuerzas cívicas en el pasado mediato e inmediato de la Argentina, y afirmándose en ella trató de clarificar las posibles soluciones para los problemas de su presente realidad.

Sostuvo entonces que el espíritu de los viejos partidos unitario y federal no había muerto en el país, y que aquél se encarnaba en las agrupaciones entonces vigentes. El espíritu unitario, en aquellos días del Centenario, estaba caracterizado, a su

criterio, por el liberalismo, la ingenuidad, el orgullo y la vanidad que encontraba Gálvez en sus hombres. Estos representaban al espíritu europeo, tenían la manía civilizadora y una idea abstracta y verbalista de la patria. Y aquí descubrimos la clave que emparenta su argumentación, en apariencia distante de los hechos de 1910 6 1912, con la realidad del país: cuando dice que esta corriente, al desconocer el ambiente y carecer de sentido de la realidad, implantaría de golpe las mejores instituciones de pueblos más evolucionados.

Gálvez veía representado este espíritu en ese momento por el partido republicano (mitrista) y aún por los mismos radicales. Se concluye de su argumentación que identifica la actitud teórica, reformista, liberal, con el desconocimiento del país real, la poca ligazón a sus problemas y la carencia de sensibilidad ante su paisaje. Por el contrario, el espíritu federal, sencillo, conservador, conoce bien el país, no tiene ideas sobre la patria pero la siente interiormente, es un producto genuino de la tierra, por ende democrático en su fondo, aunque no en sus formas. Este espíritu del federalismo estaría continuado, en el tiempo en que Gálvez escribía, por el partido Nacional, o sea por las fuerzas conservadoras y sus hombres significativos, qué serían un fiel reflejo de ese estilo político y humano.

¿Qué hay detrás de todo este planteo: una gigantesca incongruencia o, por el contrario, los elementos que nos pueden descubrir el pensamiento efectivo de Gálvez en ese tiempo? Sin duda que lo segundo, y trataremos de precisarlo valiéndonos de todo lo ya expuesto.

Gálvez ha comenzado por decir que la democracia es sólo realizable entre los espíritus selectos, que es el lujo de las al-ms superiores. Estos espíritus singulares son los de aquéllos que han probado su valer en tareas arriesgadas, difíciles, y que salieron

airosos de las mismas, convirtiendo sus victorias personales en obras de beneficio común para los argentinos.

Los constructores del 80, los realizadores de un país desde la nada, que han probado su capacidad, constituyen sin duda ese grupo de egregios, de esforzados. Y por cierto que en este olimpo político incluye Gálvez a su tío José, y a todo el mundo que éste representaba. Ellos conocían el país, y en realidad son sus verdaderos hacedores; su espíritu democrático, que nace al unísono de su sencillez y su eficiencia, no se puede poner en duda para el joven autor.

Si el país siguiera gobernado por hombres de esta categoría, su talento como creadores y administradores, al tutelar la voluntad popular, haría innecesaria toda reforma, pues ellos serían los intérpretes naturales y efectivos de una democracia que brotaría de la vida misma y no de los libros ni de las teorías.

Pero esta fe de Manuel Gálvez, al pisar la orilla de sus treinta años, contemplaba la desaparición de esa generación rectora de su papel dirigente en la política nacional. Hombres a su juicio de menor valía, gestores de la intriga "comiteril", herederos mediocres de un pasado de realizaciones, comenzaban a mostrarse como los verdaderos protagonistas del accionar del régimen conservador en ésta su etapa -final. Allí dirigía su crítica, identificándolos a éstos con-los argentinos superficiales, los arribistas, aquéllos que se asimilaban al país materialista de espíritu ligero e irresponsable.

Hasta aquí llega el pensamiento de Gálvez en 1910, puesto de manifiesto en EL DIARIO DE GABRIEL QUIROGA; con una mirada escéptica sobre el presente y ese porvenir en el que ya no sería posible la democracia paternalista alimentada por la fuerza de los prohombres esclarecidos que habían moldeado la patria, según Gálvez, con la sola potencia de su propia y sencilla virtud.

Más adelante confluirían, por un lado, la impericia de los conservadores para adaptarse a la nueva política impulsada por el ala más progresista de su sector, y por el otro el advenimiento del radicalismo al poder. Este movimiento no proponía una participación sólo vicaria del pueblo en la vida política, y entonces nuestro escritor comenzará a revisar, entre la perplejidad, el temor y una incipiente simpatía, este nuevo ensayo que le propondrá una Argentina ya definitivamente desprendida de aquella sabia y paternal guía que fueran para ,el-joven Manuel sus singulares y lúcidos ancestros.

Pero antes es necesario contemplar un nuevo aspecto de las reflexiones que en ese otoño de 1910 eran volcadas en las páginas del DIARIO DE GABRIEL QUIROGA. ¿Cómo no advertir, en efecto, la influencia de las ideas de Rodó, en las tesis en torno a la democracia, elaboradas por Gálvez —en donde ésta era sólo posible con la preeminencia de los más capaces—, cuando encontramos en las páginas del famoso ARIEL juicios como éste: *Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados?*[96] Se afirma esta proximidad intelectual con esta otra

[96] Ed. s/n, Madrid,- 1919, pág. 86. José Enrique Rodó fue un• escritor y pensador uruguayo, nacido en 1871 y muerto en 1917. Su pensamiento tuvo gran influencia en América hispana y hast.t en la misma península ibérica. Según él mismo lo describe, en su alma convivían dos personalidades: la de su yo más profundo y personal —ansioso, angustiado— con su morada en el sentimiento, y la de Glauco, pagano huésped —sereno, armonioso— con su morada en la razón. De esta fundamental dualidad de su conciencia filosófica fue reflejo estético e ideológico la simultánea devoción, aprendida en Renan, por el paganismo helénico y el cristianismo primitivo, que preside la

reflexión del uruguayo, en la que describe cuál es, a su entender, la concepción noble y justa de la democracia: *Una democracia en la cual la supremacía de la inteligencia y la virtud —únicos límites para la equivalencia meritoria de los hombres— reciba su autoridad y su prestigio de la libertad, y descienda sobre las multitudes en la efusión bienhechora del amor.*[97]

Esta posición a que adhiere Rodó reconoce sus antecedentes en varios pensadores franceses de la segunda parte del siglo XIX, entre los que se destaca Renan. Por esta vía, en algunos casos indirecta, la influencia de intelectuales que tanto pesaron en la revisión de las ideas políticas en las postrimerías del siglo pasado en Francia, también alimentaba el bagaje filosófico de Gálvez.

Sin embargo, la reelaboración que de este planteo hizo el joven escritor argentino tiene sus matices de interés, puesto que no alienta en él un desapego total por las instituciones democráticas, sino que insiste en que para que éstas logren realmente fuerza se requerirá la conducción de los virtuosos y la adopción de un programa de vida para los argentinos, que combata el materialismo y la superficialidad.

Además, en estas conclusiones de Gálvez no vemos sólo reflejada la presencia de una corriente crítica de la democracia que lo antecede en el tiempo. También descubrimos en ellas significativos anticipos de las agudas observaciones que Ortega y Gasset hiciera en 1921, en su libro ESPAÑA INVERTEBRADA, donde denunciaba el fenómeno sociológico de la *ausencia de los*

---

totalidad de su mensaje. Recorrió, asimismo, un camino sin tropiezos aparentes desde el positivismo hacia el idealismo. Sus obras más importantes son: *Ariel, Motivos de Proteo, El mirador de Próspero y El que vendrá. (La filosofía en el Uruguay en el siglo XX)*, de Arturo Ardao, ed. Fondo de Cultura Económica, Méjico (1956).

[97] Ariel, ed. cit., pág. 91.

mejores e indicaba el *imperativo de la selección para el ejercicio de la cosa pública*. O de las ideas que más plenamente virtiera el pensador español en su capital ensayo de 1926, LA REBELIÓN DE LAS MASAS, al subrayar la necesidad del sentimiento de estas últimas a la dirección de los -más aptos y justos.

Los primeros comicios libres

Las vacilaciones de unos, las dudas o el escepticismo de otros, o la franca y frontal oposición de los más distantes, no prevalecieron en el ánimo del Presidente Sáenz Peña, quien convencido tanto de la trascendencia ética de la reforma electoral, como de su influencia morigerante sobre las tensiones políticas, la llevó a cabo, convirtiéndola en el punto central de su programa de gobierno.

Actuando en este sentido corno un inequívoco continuador de su antecesor Figueroa Alcorta, el nuevo presidente se había entrevistado, antes de asumir sus funciones, con Hipólito Yrigoyen, tratando en ese encuentro de obtener una tregua con el radicalismo, en la medida en que esta fuerza política tuviera la certeza de que el nuevo mandatario garantizaría por la vía legislativa la libertad y pureza de los comicios.

Logrado un compás de espera gracias a la confiada expectativa demostrada por los radicales, con el estímulo de los elementos conservadores que eran afines a sus objetivos reformistas, Sáenz Peña puso manos a la obra para lograr la anhelada transformación institucional. Esta labor comenzó cuando al finalizar el año 1910 el presidente envió al Congreso los proyectos de enrolamiento general y padrón nacional, y se completó en agosto de 1911 con la iniciativa del Ejecutivo sobre la reforma electoral, que se convirtió en ley en febrero de 1912. Las discusiones en torno a esta innovación en las Cámaras de Diputados y Senadores, dieron

lugar a interesantes debates, donde hombres con larga trayectoria cívica enjuiciaron los males y enaltecieron las virtudes de un régimen del que en muchos casos eran no sólo protagonistas sino también creadores. Joaquín Y. González, en un rapto de sinceridad política, dijo en el Senado*: ¡En este país no se ha votado nunca!* Estas palabras de uno de los más lúcidos conservadores de su tiempo, demostraban claramente una disposición espiritual proclive a afrontar una situación considerada como un mal social, que ya no-admitía prórroga para su extirpación. Por último, a pesar de las objeciones al sistema de lista incompleta en Diputados y otros cuestionamientos más profundos en el Senado, los representantes populares —acostumbrados por un viejo hábito al liderazgo del presidente de la República— dieron su voto a la iniciativa de éste, aunque no coincidieran plenamente con sus intenciones últimas.

Es imprescindible analizar con algún detalle la conducta de las fuerzas políticas conservadoras y radicales durante los primeros comicios celebrados al amparo de la nueva legislación, por cuanto de allí surgirá, en alguna medida, una explicación 'de la actitud intelectual de Rojas y Gálvez.

La aplicación de la ley se llevó a 'cabo por primera vez en las elecciones de renovación de la Cámara de Diputados de la Nación, el 7 de abril de 1912. Sin embargo, en los comicios realizados pocos días antes en la provincia de Santa Fe, la que se encontraba intervenida desde 1911, las autoridades federales aplicaron las disposiciones del nuevo orden legislativo, y de este modo el acto eleccionario se constituyó en el primer ensayo para descubrir su efectividad, en la medida en que participaron de él las agrupaciones opositoras, y en especial la Unión Cívica Radical.

Esta agrupación había autorizado expresamente a sus adherentes santafecinos a concurrir a las urnas, por la resolución de la Convención Nacional del 31 de mayo de 1911. De este modo

Sáenz Peña había visto desaparecer la preocupación que principalmente le aquejaba, o sea la posibilidad de que Yrigoyen se resistiera a modificar su política abstencionista. Es que el caudillo radical temía que la participación electoral, aun en forma parcial, limara la energía de sus partidarios para volver a la abstención, en caso de ser ello menester, por una falta de continuidad en la aplicación por parte del gobierno del nuevo orden legal.

A la elección de Santa Fe concurrieron, junto con la Unión Cívica Radical, la Coalición —que agrupaba a las fuerzas conservadoras— y la Liga del Sur, creada en 1908 por Lisandro de la Torre, que tenía su fuerte en la ciudad de Rosario y la zona sur de la provincia de Santa Fe.

El triunfo radical afirmó la disposición de este partido de seguir compitiendo en los comicios, y obligó a los perdidosos a iniciar una meditación acerca del nuevo país que se presentaba como una realidad en marcha, a partir de la aplicación efectiva de la nueva ley electoral. Cuando pocos días después los radicales, seguidos de los socialistas, encabezaron los resultados electorales de la Capital Federal, el ambiente de desconfianza a lo político, nacido de la creencia colectiva de que el favoritismo, el personalismo y €1' fraude eran las fuentes corruptoras de la imparcialidad del Poder Público, empezó a modificarse, con la seguridad en el futuro que provocaba la clara conducta del Presidente de la Nación. Él mismo expresaría la naturaleza de su preocupación al comentar a un político conservador, totalmente identificado con sus propósitos, los resultados de los comicios santafecinos: le expresó entonces que no había creído que los radicales triunfaran en esa provincia, pero en cambio sí temió que se abstuvieran de concurrir al comicio.[98]

[98] *Ramón J. Cárcano: Mis primeros ochenta años*, ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1945, pág. 277.

El propósito fundamental de Sáenz Peña era estabilizar, a través de la reforma electoral, la débil y crítica democracia argentina, concordar a la vez por debajo los diferentes intereses sociales que pujaban en el exterior por medio de las agrupaciones políticas. Había dicho en su manifiesto al país, antes de los comicios, que ni la ley ni el sistema por ella creados eran una finalidad, sino que éstos eran apenas un medio para realizar la obra viviente que debía nacer del calor y el aliento de los ciudadanos. Confesó, asimismo, que su ferviente anhelo era ver nacer en el campo político organismos grandes y estables.[99]

Saliendo al cruce de las esperanzas presidenciales, Rodolfo Rivarola, al comentar los resultados electorales de marzo y abril últimos, manifestaba su temor acerca de la capacidad de la fuerza victoriosa, al decir: *Este triunfo no satisface completamente a la opinión imparcial, por que ignora los rumbos que tomará el partido radical, y se cuenta en sus filas pocos hombres capaces, por sus aptitudes, de responder a la exigencia del gobierno.*[100]

La incertidumbre ganaba algunos ánimos, pero más allá de sus efectos momentáneos el país vio, a partir de la iniciación del período parlamentario, en mayo de 1912, como en el Congreso de la Nación se expresaban voces nuevas que anunciaban una era distinta para la política del país. Con el duro realismo de su oratoria, Juan B. Justo diría en su debut parlamentario que si se asistía a una diferente etapa política no era porque hubiesen aparecido virtudes nuevas en la comunidad, sino porque la presencia de fuerzas sociales en crecimiento había hecho comprender a los poderes públicos que era más cómodo hacer una ley de elecciones que reprimir una huelga general cada seis meses.[101] En esas mismas sesiones, Lisandro de la

[99] *Escritos y Discursos*, ed. cit., tomo II, pág. 115 y 118.
[100] *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, tomo IV, pág. 215.
[101] *Diario de Sesiones*, tomo XXV.

Torre, también diputado novel, en su intervención inaugural, expresó su confianza en las posibilidades que se abrían tras la apertura electoral, pero indicaba, asimismo, la trascendencia de la obra que quedaba por realizar. El representante de la Liga del Sur dijo que no miraba con recelo la acción reparadora que reclaman los diputados radicales, sino que compartía sus anhelos de reforma, pero consideraba que no bastaba la mera libertad comercial; que debían proponerse los medios para renovar definitivamente los cauces que habían permitido la subversión electoral, estimulando una vida cívica sana en los municipios, verdadera cuna del régimen democrático.[102]

Pero el radicalismo, haciendo caso omiso de las advertencias más o menos bien intencionadas de sus adversarios, y teniendo conciencia de que su movimiento era el mayoritario en el país, en su manifiesto del 30 de agosto de 1912, asumió la representación del espíritu que animaba a las masas y se dispuso a hacerse presente en forma permanente en las contiendas electorales. Identificándose de algún modo con la más amplia representación nacional, se expresaba entonces de esta manera: *Siendo la Unión Cívica Radical la expresión genuina de la nacionalidad, en sus más sagrados anhelos y aspiraciones, deben identificarse con ella todas las actividades y reunirse siempre bajo su bandera todos los ciudadanos bien intencionados, aumentando sus filas indefinidamente hasta vencer cuantos obstáculos se opongan a libertar la República de tantos vejámenes y opresiones.*[103]

A partir de los éxitos de 1912, la reticencia de Yrigoyen a la participación comicial de su movimiento había sido vencida por el

---

[102] *Raúl Larra, Lisandro de la Torre,* ed. Claridad, Buenos Aires, 1942, pág. 125 y siguientes.

[103] *Hipólito Yrigoyen, Pueblo y Gobierno,* ed. Raigal, Buenos Aires, 1956, Tomo III, pág. 395.

entusiasmo que se alimentaba de las mismas victorias. Los meses siguientes contenían un importante calendario electoral, en el cual se incluía la renovación del Poder Ejecutivo en provincias de la importancia de Salta, Tucumán y Córdoba.

Los radicales desconfiaban de las viejas artimañas de las oligarquías provinciales, y los conservadores —que sabían no poder contar con la consabida complacencia presidencial—comprendieron que debían esforzarse buscando sus mejores hombres para las fórmulas electorales y realizando auténticas campañas cívicas. En septiembre de 1912 tuvieron lugar los comicios salteños, en los que se enfrentaron el conservador Robustiano Patrón Costas con el radical Joaquín Castellanos. Estas elecciones, de confusa tramitación, fueron impugnadas por el radicalismo, que atribuyó su derrota a la intervención del Ministro del Interior Dr. Indalecio Gómez. En Tucumán el triunfo del conservador Ernesto Padilla[104] sobre Pedro L. Cornet —candidato radical— no suscitó el cuestionamiento de ninguna fracción política; de estas elecciones un historiador de francas simpatías yrigoyenistas, dice: *Hay derrotas que honran a vencedores y vencidos.*[105]

Córdoba era la provincia que por su importancia social y política concitaba el mayor interés de los partidos en lucha,

[104] Ernesto E. Padilla nació en Tucumán en 1873. Desde muy joven jugó un papel activo en la política de su provincia. Por su posición independiente y progresista los elementos conservadores lo hicieron su candidato en las cruciales elecciones de 1912. Concluido su gobierno en 1917 ocupó una banca en el Congreso Nacional, donde se destacó por sus brillantes intervenciones. Constituye uno de los ejemplos más definidos de una disposición de ánimo renovadora dentro del conservadorismo, la que también era enriquecida por su fidelidad a los principios cristianos.

[105] *Félix Luna, Hipólito Yrigoyen*, ed. Desarrollo, Buenos Aires, 1964, pag. 179.

conscientes de la significación nacional de lo que allí sucediera en el campo electoral. El radicalismo, que contaba aquí con una importantísima masa adicta, levantó la fórmula Amenabar Peralta-Vaca Narvaja, y los conservadores se unificaron en una agrupación que tomó el nombre de Concentración Popular, y postularon el binomio Ramón J. Cárcano-Félix Garzón Maceda.

Para ambas fuerzas políticas la elección era de gran trascendencia. Yrigoyen se unió a la campaña viajando a Córdoba, donde fue recibido con grandes demostraciones populares. Cárcano, hombre de la íntima confianza del presidente Sáenz Peña, y uno de los mejores ejemplos de la corriente renovadora del conservadorismo, llevó a cabo una acción electoral talmente fuera de los cauces tradicionales, en la que demostró su propósito de obtener, por medios lícitos, la voluntad de sus conciudadanos.[106]

El resultado, por muy estrecho margen, favoreció a la fórmula conservadora, y produjo las protestas del radicalismo, que

[106] Ramón J. Cárcano nació en 1860 en Córdoba. Inició su carrera política muy joven, como secretario privado del gobernador de su provincia, Antonio del Viso. Contó con la plena confianza del Presidente Juárez Celman, al punto que éste lo eligiera como su sucesor para el gobierno de la Nación. La revolución del 90 obligó a Cárcano a retirarse del panórama político, dedicándose a las actividades rurales y al estudio de la historia, jugando aquí también un papel de relieve. El acceso de Figueroa Alcorta —su íntimo amigo y condiscípulo— a la presidencia de la República, lo lanzó nuevamente a la vida pública: en 1910 fue electo diputado nacional por su provincia, siendo uno de los principales defensores del proyecto de reforma electoral y apareciendo ya como uno de los líderes del ala progresista de las filas conservadoras. Su triunfo en la contienda electoral cordobesa de 1912 lo proyectó como una de las figuras nacionales del conservadorismo, posición en la que se mantuvo largos años.

denunció vicios en el comicio. Pero aún cuando las características precisas de esta elección están sin investigarse, no puede dejarse de tener en cuenta, para juzgar provisoriamente su legitimidad, el hecho de la permanencia del conservadurismo en Córdoba como una fuerza viva y poderosa durante toda la década de los años 20.

El hecho significativo de estos actos comiciales de provincia, aún cuando por hipótesis se dieran por válidos en su integridad, los reclamos del radicalismo es el esfuerzo de actualización y la apelación a sus elementos más calificados y progresistas, a que se vieron obligadas a recurrir las fuerzas políticas tradicionales. De continuar y. hacerse permanente este espíritu, quizás no parecería tan utópica la esperanza de Sáenz Peña de estabilizar una democracia medianamente representativa en el futuro político del país.

A la vez parecía que comenzaban a concretarse las expectativas de Gálvez y Rojas, en la medida en que los elementos conservadores más lúcidos y progresistas se estaban constituyendo en los elementos dirigentes de reemplazo que guiarían a las masas a una auténtica democracia, sin los riesgos de perversión que esta última, librada a sus propios medios, conllevaba.

Sin embargo, el mismo Presidente sacaba sus conclusiones del comicio cordobés, y en un almuerzo donde el Gobernador electo Cárcano le informaba sobre la reciente puja cívica, Sáenz Peña le hizo la confidencia de que los resultados de ésta le causaban sorpresa y preocupación. Es que el titular del Ejecutivo atribuía, en su fuero íntimo, a las fuerzas del radicalismo más artificio que realidad y, sin embargo, aún cuando el partido tradicional contaba con un candidato liberal y con un programa bien meditado, había sido equilibrado y casi sobrepasado en votos por su adversario. Confesó entonces Sáenz Peña que esto le había hecho pensar en la necesidad de dar un manifiesto, invitando a organizar un gran

partido gubernamental para evitar el desequilibrio político que amenazaba a la nación.[107]

Uno de los temas capitales de preocupación para los sectores conservadores, a partir de este momento, era la revalidación de la victoria radical y socialista en 1914, las que serán convertidas en materia de vital trascendencia, en medio de la polémica y la desorientación. Pero esta última aumentó con la desaparición del titular del Ejecutivo: *La muerte de Sáenz Peña produjo desconcierto. Su obra no podría completarse sin su dirección, energía e indiscutible autoridad moral. Era demasiado revolucionaria la medida para que quedara librada a la mezquina interpretación de intereses electorales*.[108] Estas observaciones de un joven dirigente conservador de aquellos días dan la pauta del temor y la inseguridad que se había apoderado de su sector político.

En este clima, Lisandro de la Torre —que por su actuación en la Cámara de Diputados combatiendo a los ascendentes radicales, cobraba relevancia para su amplio grupo conservador—pareció presentarse como un líder capaz de agrupar a las fuerzas dispersas de las antiguas agrupaciones provinciales, deseosas de una renovación dentro del viejo orden. De este modo, luego de varias negociaciones entre distintos dirigentes, se constituyó en 1914 el Partido Demócrata Progresista. Parecía ésta la respuesta al fallecido presidente Sáenz Peña, quien en su último mensaje al Poder Legislativo, en mayo de 1913, había dicho: *Si las fuerzas conservadoras del país no aciertan a constituirse con vigores que les den la mayoría, será porque no deben prevalecer, pero nunca podrán exigir que el Gobierno les -solucione el problema por el*

---

[107] *Ramón J. Cárcano, Mis primeros...*, ed. cit., pág. 273.

[108] *José María Bustillo, Mi rumbo cívico*, ed. Francisco Colombo, Buenos Aires, 1942, pág. 21.

desconocimiento de derechos que son inatacables o por, el confiscamiento de la libertad.[109]

La pieza maestra de la política argentina, aquélla sin cuya posesión se hada prácticamente imposible hallar una solución para dominar el escenario nacional, lo era sin duda la provincia de Buenos Aires. Ésta, luego de las elecciones de 1910, había sido gobernada por el coronel Inocencio Arias,[110] quien falleció en 1912. Sucedido por el vicegobernador Ezequiel de la Serna, y producida también la muerte de éste último, se hizo cargo del gobierno el presidente del Senado de la provincia, Eduardo Arana. Era éste gran amigo de Marcelino Ugarte, ex-gobernador desplazado en su influencia por el enérgico accionar de Figueroa Alcorta. Valiéndose de esta relación, Ugarte logró reorganizar su agrupación política, la que pudo colocar en el gobierno de, la provincia al binomio por ella sustentado, Juan Ortiz de Rozas-Luis García. Este debía completar el mandato trunco de Arias, que concluía en un año: de este modo Ugarte no sólo recuperé su posición preeminente en la política provincial, sino que estuvo en condiciones de asegurar su elección para el período 1914-1918.

Cualquiera que quisiera implementar, por lo tanto, una fuerza de orientación conservadora con miras a la elección presidencial de 1916, no podía dejar de tener en cuenta, dentro de su estrategia, la figura del gobernador bonaerense, ducho en la acción política, y poderoso por los recursos con que la provincia contaba.

---

[109] *Escritos y Discursos*, ed. cit., tomo III, pág. 535.

[110] José Inocencio Arias, nacido en 1846, a pesar de ser el vencedor del general Mitre en La Verde (1874), en 1880 comandó las fuerzas porteñas partidarias de Tejedor. A partir de este momento quedó afiliado a la corriente cívica o mitrista, y en representación de ésta ejerció la vice-gobernación de Buenos Aires de 1894 a 1898, durante el mandato de Guillermo Udaondo.

Los demócratas progresistas, que habían obtenido la adhesión de gran parte de los partidos provinciales de origen conservador, eligieron su fórmula presidencial en diciembre de 1915, de la cual resultaron componentes Lisandro de la Torre y Alejandro Carbó. Existía la esperanza, en las filas partidarias, de llegar a un acuerdo con Ugarte, que permitiera fortalecer la agrupación para enfrentar con probabilidades de éxito al radicalismo. Pero el gobernador de Buenos Aires estaba más interesado en obtener la media palabra del presidente de la Plaza que en llevar a cabo alianzas en las que podía quedar como socio minoritario frente a sus futuros correligionarios.

Sin duda que influían en la actitud reticente de Ugarte las diferencias ideológicas que tenía con de la Torre, pero no jugaba menor papel el temor de verse inmerso en una agrupación a la que luego no podría dominar, y que pudiera dejar de lado los intereses de su provincia. Ugarte era un pragmático y no un ideólogo. Si no concluyó un acuerdo con los demócratas progresistas no fue porque temiera a sus ideas aparentemente avanzadas, sino porque le preocupaba, y mucho, dar nacimiento a una fuerza nacional que se le fuera de las manos, impulsada por una personalidad firme y vigorosa como la de Lisandro de la Torre.

Ante este panorama de disenso ofrecido por las corrientes tradicionales, el triunfo de los radicales ya no aparecía como una firme posibilidad, sino como una realidad indiscutible. Y así fue como en las elecciones del 2 de abril de 1916, la fórmula Yrigoyen-Luna superó por treinta mil votos a 'la suma de sus opositores, y de esta manera gracias al apoyo de los disidentes santafecinos en el Colegio Electoral, la Unión Cívica Radical consagró a su primer presidente.

Al mismo tiempo, la desunión conservadora sembraría en Gálvez y Rojas la semilla de la perplejidad que signaría su

nacionalismo inicial. En efecto, había quedado eliminada la posibilidad de que la República fuera conducida por una élite que integrara políticamente todos sus sectores sociales, guardando a la vez el primado de los valores estimados como tradicionales.

Restaba sólo la opción entre las 'viejas posiciones conservadoras, ahora carentes de significación, y los arrestos populares y románticos del radicalismo.

Un pensamiento ambiguo en una Argentina incierta

En la falta de energía de los elementos conservadores para reorganizarse no jugó un papel desdeñable la convicción, en el sentir de muchos de ellos, de que la corriente popular se encaminaba hacia el radicalismo de manera casi incontenible. Un joven de familia conservadora, por ejemplo, cuyo padre era un conspícuo dirigente político, confesaba que estaba en el ambiente la idea de que debía pasarse por el experimento radical[111] La posición de los hombres que no tenían una clara militancia política, siendo conservadores por tradición familiar, era entonces necesariamente dubitativa: por un lado, se mantenían fieles a su clan y a la fuente de su riqueza, por el otro sentían la atracción de esa aventura, a la vez riesgosa y renovadora, que el radicalismo proponía.

Dentro de esta incertidumbre se insertará el pensamiento de Gálvez y Rojas, forzosamente inseguro y hasta contradictorio por esta época. En efecto, esos años que corren entre la vuelta de Europa de nuestros jóvenes autores y el triunfo del radicalismo en 1916, que hemos tratado de explorar en su tejido interior, constituyen el tránsito de una sociedad dirigida por una *élite*, a la primera expresión de democracia política en el país. Aun cuando, como ya lo

[111] *Federico Pinedo, En tiempos de la República,* ed. Mundo Forense, Buenos Aires, 1946, pág. 27.

hemos dicho, el centro principal de las preocupaciones de nuestros amigos estuviera en el mundo del arte y la cultura, no podían ser ajenos al acontecer de hechos de la significación de los relatados.

Pero al carecer de una definida militancia cívica, tanto Rojas como Gálvez manifestaron, sólo incidentalmente, su admiración o su desagrado por figuras o situaciones partidarias. En cambio, traslucieron una posición teñida de una fuerte tonalidad política en su intento por interpretar el pasado histórico y la realidad presente del país. Es que al repensar su historia no sólo intentaban modificar el rumbo futuro de la nación, tratando de que ésta se encontrara consigo misma al descubrir nuevamente sus tradiciones perdidas u olvidadas en el torbellino del progreso, sino que, al mismo tiempo, buscaban una nueva interpretación del pasado argentino que, al cuestionar verdaderos dogmas de nuestra historiografía, permitiera proyectar al presente político la necesidad de rectificar el proceder de los dirigentes que basaban su accionar en una idea del país y de su historia rechazada por nuestros escritores.

Gálvez reivindicaba el papel de los caudillos del interior, al decir que los cuarenta años de nuestra llamada barbarie no eran otra cosa que la rebelión del espíritu americano contra el espíritu europeo, y que los caudillos al oponerse al unitarismo habían salvado al país de su precoz desnacionalización.[112] Y Rojas pensaba que, cuando corrió riesgo la orientación democrática de nuestra revolución de independencia, fue la gloriosa montonera la que atropelló con los que auspiciaban la monarquía, el unitarismo o el localismo.[113] Rosas era para el autor del IMABIO DE GABRIEL QUIROGA el realizador de la unidad nacional, que apoyado en las

[112] *El diario...,* ed. cit., págs. 123 y 124.

[113] *Blasón de plata,* Buenos Aires, 1911, pág. 196.

masas campesinas defendió afanosamente la soberanía.[114] Y en el sentir de Rojas, debíamos a nuestras guerras federales la efectiva rotura del molde colonial, que nos permitió plasmar para nuestra democracia un nuevo orden político genuinamente argentino.[115]

Esta línea de pensamiento descubre en ambos jóvenes intelectuales una disposición crítica ante las elaboraciones clásicas en torno a nuestro conflictivo proceso de organización política, en la medida en que reivindicaba la gestión y la obra de personajes y movimientos hasta entonces condenados por la casi unanimidad de los historiadores. Sin embargo, estos adelantados del pensamiento nacionalista no partían de su heterodoxa visión de la historia patria para condenar en forma concluyente el programa llevado a cabo en el país con posterioridad a su organización constitucional, y mucho menos por cierto para desconocer la trascendencia de la labor realizada por las generaciones de gobernantes que los antecedían en forma inmediata en el tiempo.

Hemos dicho ya que admiraban la inmensa tarea transformadora lograda por los hombres del 80, de la cual sus propios padres habían sido singulares protagonistas. Esta presencia paterna, que hemos evocado, ayudaría, por ejemplo, a ese adolescente sin fortuna que era Ricardo cuando vagaba soñador por Buenos Aires, recién llegado de su pueblo donde dejara la tumba de su padre. En la gran ciudad un viejo conocido del ex-gobernador de Santiago, Carlos Pellegrini, lo llevó a la redacción de EL PAÍS, iniciándolo en su carrera de publicista.[116] Rojas no olvidaría este gesto del gran hombre público, y años después confesaría que

---

[114] *Prólogo de Gálvez al Martín Fierro de José Hernández,* ed. Vidaurreta, Pergamino, 1915.

[115] *Revista La nota,* año 1, N 15, del 20 de noviembre de 1915

[116] *Conferencia en el Jockey Club,* Buenos Aires, 22 de junio de 1921, págs. 14 y 15.

concurrió a votar por Pellegrini cuando éste, enfrentándose con sus antiguos compañeros políticos, fue candidato a senador. Sabía entonces distinguir muy bien a su amigo y protector, de aquellos otros oligarcas sin credo, como calificara a los politiqueros traficantes de votos.[117]

Así, cuando comenzaba a dar sólidos pasos en su camino de intelectual, y sus escritos y su palabra encontraban eco y aprecio en calificados medios del país, no podía Rojas dejar de evocar sus primeras experiencias en las que aparecían figuras preeminentes del régimen conservador. Aun para el general Roca, quien jugara un papel tan duro en el ocaso político de Absalón Rojas, Ricardo guardaba, en la perspectiva que le daba su primera madurez, un significativo reconocimiento por su labor de estadista. Cómo no recordar, por ejemplo, aquel viaje del verano de 1900, cuando el tren presidencial cruzaba la pampa sobre el verde anochecido de los campos, y el joven periodista que acompañaba la comitiva oficial oyó reflexionar a Roca, al detenerse el convoy frente al ancho panorama de la ciudad de Azul: *¡Pensar que hace treinta años teníamos aquí un fortín para defendernos de los indios!...*[118] El resentimiento por el infortunio político paterno, y aún la razonada y meditada crítica del joven estudioso, encontraba límites, equilibrio y hasta, quizás; una misteriosa reverencia por aquellos hombres humanamente discutibles, pero íntimamente admirados.

No resultaba menos confusa y contradictoria la posición poblada de contrastes y dudas, que revelaban las actitudes del joven Manuel Gálvez, en orden a la política. Aquel muchacho que recorría España por primera vez, entusiasmado con el ideario anarquista, al punto de escribir un elogio poético de Mateo Morral —quien

---

[117] *Ricardo Rojas, Las provincias,* ed. La Facultad, Buenos Aires, 1927, pág. 317.

[118] *Ricardo Rojas, Las provincias,* cd. cit., pág. 48

atentara contra el Rey Alfonso XIII y su esposa en el día de su boda—, no dejaba, por otra parte, de visitar a Roque Sáenz Peña, que era en esos días nuestro Ministro Plenipotenciario en Madrid, muy conocido de su padre y gran amigo de su tío José.

Unos años después, ya en ejercicio de su cargo de Inspector de Enseñanza Secundaria, realizando una visita a La Pampa Gálvez se atrevió a elogiar, delante de las propias barbas de don Pedro Luro—gran propietario y patriarca de la zona—, a la Municipalidad de Santa Rosa, que era socialista y estaba realizando obra avanzada.[119] Pero al misrnb tiempo reaccionaba con todo su fervor nacionalista y tradicional, al criticar la acción de la Liga del Sur, que reivindicaba los derechos de Rosario —población activa, rica y dinámica— para conducir los destinos de la provincia de Santa Fe, frente a la Capital —encerrada en su pasado y viviendo la existencia estrecha de los burócratas pobres.

Gálvez, tocado en su corazón de descendiente de una vieja y aristocrática familia santafecina, dirá: *Santa Fe ha producido magníficas cosechas de gloria contribuyendo a crear la libertad de la Patria y a fundar la nacionalidad... ¿Y no creéis buenamente que todas estas cosas, aunque modestas, valen tanto como los millones en carnes congeladas y en hectáreas de trigo?*[120] Nuevo choque de los sentimientos con las convicciones racionales en el novel escritor, quien sin duda apreciaba las condiciones de un político renovador, moderno e imaginativo como de la Torre, pero era asimismo inalterablemente fiel a ese mundo íntimo y sacral constituido por la herencia familiar y el paisaje de la tierra nativa, que él unía con mayor o menor certeza a la tradición de la nación misma.

---

[119] *Manuel Gálvez, Amigos y maestros de mi juventud,* ed. Hachette, Buenos Aires, 1961, pág. 235

[120] *El diario. . .,* ed. cit., pág. 177.

Tan evidentes eran por esos años la existencia de estas dudas, en Gálvez, que en 1913, viviendo en Olivos —su primera residencia de casado— fue candidato por el radicalismo a miembro del Consejo de Educación local. El mismo nos relata las razones de su única participación en la política activa: *Me propusieron y acepté, sin compromisos y como protesta contra el gobierno prepotente de Marcelino Ugarte.*[121] Mas quien se enfrentaba con Ugarte al volver éste al gobierno de la provincia de Buenos Aires, sabía en cambio muy bien que pertenecía a una familia del *régimen*, y vivió preocupado por su estabilidad administrativa cuando los radicales accedieron al poder.[122]

El cruce de las influencias ideológicas, el peso del pasado provinciano, las fobias y afectos de los padres —políticos profesionales—, el estudio de las nuevas corrientes científicas y, sin duda, las convicciones estéticas propias y ajenas, recorrían desde diversas direcciones los espíritus de Rojas y Gálvez, en aquel tiempo en que el país realizaba su reforma electoral y se encaminaba por vez primera a una decisiva apertura política. Todo esto permite encontrar cierta ambigüedad en sus conductas y vislumbrar la presencia de pensamientos encontrados en sus escritos. Pero debemos comprender que el país también cambiaba en esta etapa de significativa evolución institucional, lo que hacía difícil la elaboración de un pensamiento definitivo. Además, esta época coincide con el despuntar de las primeras obras importantes de nuestros amigos, que lógicamente redefinían sus ideas a medida que profundizaban su trabajo.

Sólo recordando brevemente las propuestas que ofrecían a la ciudadanía las distintas agrupaciones políticas en vísperas de elecciones de 1916, terminaremos de descubrir los motivos por los

---

121 *En el mundo de los seres ficticios*, ed. cit., pág. 140.

122 Obra citada, pág. 46.

cuales ni Gálvez ni Rojas se identificaron en forma plena con ninguna de ellas.

Las viejas fuerzas conservadoras —herederas del partido Autonomista Nacional— no habían conseguido renovarse y presentar un nuevo programa que fuera expuesto por hombres jóvenes, desligados del fraude y otros abusos del poder. Por tanto, nuestros intelectuales, si bien veían con nostalgia la caída de una fracción política que en sus tiempos de esplendor había hecho simultáneamente las fortunas del país y de sus padres, no podían acompañarla hoy, al verla manejada en su ocaso por dirigentes mediocres y carentes de un ideario sugestivo.

El socialismo les atrajo por su llamado a la justicia social y por la conducta rigurosa de sus líderes, pero la imposibilidad de conciliar el materialismo e internacionalismo del nuevo credo con el destino libertador que atribuían a la argentinidad, les imposibilitó la utilización de esta vía política.[123]

Por otra parte, su posición espiritualista y antipositivista en lo filosófico les impedía comulgar con políticos del corte de Lisandro de la Torre o con intelectuales como Rodolfo Riva-rola y Carlos Octavio Bunge, Sin perjuicio del respeto y la estima que Sentían por ellos.

El radicalismo, expresión política de las masas, del pueblo anónimo y desconocido, compuesto de viejos criollos e inmigrantes más o menos afincados en el 'país, aparecía como incógnita para los intelectuales. En general, éstos despreciaban la impericia de sus dirigentes, la oscuridad de su 'lenguaje escrito y la vaguedad de sus propuestas programáticas.

---

[123] Discurso de Ricardo Rojas en Discursos en torno a la separación del Partido Socialista del diputado Palacios; Buenos Aires, 1915, pág. 97.

Pero más allá de estas importantes objeciones, en espíritus como los de Rojas y Gálvez —tan preocupados por rescatar en el paisaje, en los viejos monumentos y en las costumbres tradicionales esa corriente intrahistórica que juzgaban como la profunda y auténtica expresión de la cultura argentina—debía causar sensible impresión un movimiento político que pretendía identificarse con la Nación misma y hablar como una voz que viniera de lo más hondo de su pasado para esclarecer y purificar el presente de sus imperfecciones morales. Patriotismo y espiritualidad aparecían reiteradamente en las misteriosas declaraciones de Hipólito Yrigoyen, y ¿cómo no iba lentamente a atraer esta prédica a dos jóvenes pensadores que venían pregonando las mismas ideas desde sus primeros escritos?

CAPITULO V

MÁS ALLÁ DEL NACIONALISMO

El lector que nos haya seguido habrá visto expuesto el joven nacionalismo de Rojas y Gálvez, así como su explicación generacional, familiar y política. Pero quien profundice algo más en los textos de nuestros autores, advertirá que si sus ideas estrictamente políticas tenían, alrededor de 1910, gran similitud, la carga que ellas llevaban, el contexto mental y sentimental que las rodeaba, era en Gálvez y en Rojas muy diferente.

En definitiva, una doctrina política no es más que una porción del vasto diálogo que-el pensador entabla con la realidad toda (y no solamente política): para enfrentarla a fondo, hay que comprender también la respuesta esencial —consciente o no— que da a sus enigmas.

Esto nos lleva a analizar, con alguna detención, el pensamiento de Gálvez y Rojas, más allá de su nacionalismo.

Las ideas en la Argentina del 1900

La fe de los hombres de la generación del 80 en el progreso, tenía su correspondencia ideológica: inspirados por Lyell, Darwin y Haeckel y encandilados por el brillo de nuestro Florentino Ameghino, creían que el ser humano —animal adelantado— evolucionaba, al igual que todos los seres naturales, gracias a la

adaptación al medio ambiente y a la siniestra pero necesaria lucha por la vida.

Este positivismo, biológico tuvo en Argentina sus aplicaciones iniciales en el campo de la criminología, pero prontamente dio sus primeros frutos en la historia y las ciencias sociales. Así, José María Ramos Mejía (1842-1914) intentaba explicar la evolución argentina por *medio de la biología de las multitudes*, mientras su hermano Francisco (1847-1893) atribuía a Ja herencia española el origen de nuestro federalismo. Juan Agustín García (1862-1923), por su parte, bajo la confesada influencia de Tarde, Taine y de Coulanges, emprendía la búsqueda de las tres o cuatro creencias o sentimientos que develaran la naturaleza social argentina. También para Lucas Ayarragaray (1861-1944) sería la sangre bis-pana la que, en definitiva, explicaría nuestra tendencia isuperable a seguir un caudillo.

Mucho más cercanos en edad, y amigos personales de Rois y de Gálvez, eran Carlos Octavio Bunge (1875-1918) y José Ingenieros (1877-1925). El primero procuraba la explicación de la conducta del hispanoamericano por sus ancestros españoles, indios y negros: la conclusión —demás está decirlo—no le era favorable a nuestra América. Ingenieros, por su parte, basaba en la influencia del medio geográfico, de las razas y de los intereses económicos, su tesis sobre la historia argentina, vastamente conocida.

El positivismo dio gran impulso a nuestras ciencias sociales. Sobre todo, hizo sentir el peso del suelo, del clima (el famoso "medio" de Taine) y de la raza, sobre la comunidad y su historia. Estos factores no podrían ser dejados de lado por Quienes, en adelante, se acercaran al tema político argentino. Y el nacionalismo de Gálvez y de Rojas recogió estas influencias en gran medida.
En el centro mismo de su doctrina está hincada, en efecto, la honda gravitación de las llanuras, las montañas y los ríos y de la ineludible

herencia española e indígena sobre la formación del argentino: todo ello formaría el carácter nacional, sus vicios y virtudes, su música y costumbres, su gobierno y desgobierno.

La influencia posisitivista, con ser importante, no puede de ningún modo explicar el -pensamiento de Gálvez y Rojas. A tal punto que éste es, más bien, antipositivista. Por la sencilla razón de que su nacionalismo es —corno tantas veces lo hemos dicho— una exigencia ética, un requerimiento de espiritualidad y de elevación, un fuerte abrazo con el alma nacional, fuente de los ideales.

La esencia misma del positivismo —que considera al hombre como un ser biológico en lucha por subsistir, y a la sociedad como una forma de sobrevivir mejor— se rebela ante el sólo intento de hacer de la NACIÓN un ser con personalidad propia, con un alma que nos emociona y aconseja. Es que para el pensamiento del 80, *la historia no tiene ya lecciones que dar, ha renunciado a toda consecuencia práctica: sus conclusiones no concluyen nada, fuera de la imposibilidad de concluir.*[124] La estrechez de las miras positivistas —no sus logros en el terreno de la ciencia— era lo que indignaba a nuestros autores.[125]

---

[124] Tulio Halperín Donghi, "Positivismo historiográfico de José María Ramos Mejía", en *Imago Mundi*. Revista de Historia de la Cultura, Año 1, N9 5, Buenos Aires, set, de 1954, págs. 63 y 64; citado por Ricaurte Soler, *El positivismo argentino,* Ed. Paidós, Buenos Aires, pag. 161.

[125] Véase, por ejemplo, el discurso pronunciado por Rojas con motivo de la separación del Partido Socialista de Alfredo Palacios: allí hace una violenta crítica de Juan B. Justo por su falta de sentido de la nacionalidad y, entre otras cosas, dice: "El Sr. Justo ha confundido del positivismo el método inductivo con sus últimas generalizaciones". (*Discursos en tomo a la separación del Partido Socialista del diputado Palacios;* Buenos Aires, 1915, pág. 103.)

Junto a ellos, la intuición de todos los jóvenes del 1900 buscaba otros caminos. Los mismos positivistas, como Ingenieros o Rodolfo Rivarola (1857-1942) habían intentado abrir su propia ideología, permitiendo subrepticiamente la entrada en ella de elementos espirituales.[126] Pero los más jóvenes eran también más audaces, y no se conformaban ya con las estrechas limitaciones del positivismo. Delfina Bunge, por ejemplo, que tenía la misma edad que Gálvez y Rojas —y que en 1910 se casaría con el primero—, era asidua lectora de Maeterlinck y Flammarion: a través de éstos y otros autores confirmaba sus ideas de que la ciencia no podía explicar los misterios del ser, que la poesía y la música eran valiosos medios de comprensión, que el hombre era mucho más que un animal evolucionado. Munida de estas armas, la inteligente Delfina discutía con su querido hermano Carlos Octavio, intentando demostrarle la irracionalidad de su racionalismo.

Mientras tanto, Gálvez, Rojas y los de su generación, veían momentáneamente, en los escritos de Tolstoy, Ibsen, Ruskin y otros la respuesta a su sed de justicia e idealismo: y eran anarquistas o socialistas, a la vez que en materia estética eran fieles de Rubén Darío y los nuevos poetas franceses.

Las últimas tendencias, ácratas o estetizantes, no podían desembocar en un nuevo estilo de analizar el país, superador del positivismo. Más bien alejaban de la realidad nacional, inclinando el espíritu hacia el cosmopolitismo o hundiéndolo en el mundo de la introspección y del ensueño. Era necesario un gran sacudimiento.

[126] Así lo hemos demostrado en el capítulo IV de *En camino a la democracia política*, Ed. Astrea, Buenos Aires, 1975.

El gran sacudimiento

Este estuvo a cargo, sin duda, del vigoroso pensamiento de Miguel de Unamuno, y también, aunque en menor grado, del de Ángel Ganivet. *Ha sido influenciado por don Miguel de Unamuno, quien, lo mismo que en muchos jóvenes pensadores españoles y americanos, parece haber despertado en Rojas la vocación ideológica, decía Gálvez, en 1912, con palabras que podría haberse aplicado a él mismo.*[127] Y el epistolario de Rojas y Unamuno es suficientemente claro al respecto.[128]

En junio de 1904 Ricardo Rojas no había leído aún obras de este autor, ni tampoco de Ángel Ganivet,[129] Como Rojas era generalmente más adelantado en lecturas que Gálvez, debe presumirse que por ese entonces tampoco éste había tomado contacto con los dos grandes españoles.

Pero Rojas, que preparaba su libro EL ALMA ESPAÑOLA,[130] leyó en ese mismo año, con apasionamiento, casi todo Ganivet, anotándolo: *creo, dice, que es uno de los talentos más raros y fuertes de España*.[131] Y así era: este granadino, nacido en

---

[127] Comentario a *Blasón de Plata*, en Revista de América, noviembre de 1912; publicado en La Obra de Rojas, Ed. La Facultad, Buenos Aires, 1928, pág. 142.

[128] Publicado por Manuel García Blanco en *Ricardo Rojas y Unamuno*, Revista de la Universidad de Buenos Aires, 51 época, año III, N9 3, julio-setiembre de 1958.

[129] Así surge del epistolario Unamuno-Rojas: ver Manuel García Blanco, obra citada, págs. 408 y 409.

[130] Aparecido en 1907, Ed. F. Searipere y Compañía, Valencia.

[131] Carta a Unamuno del 17 de noviembre de 1904; en Manuel García Blanco, obra citada, pág. 410.

1865, sería un precursor de aquella generación bautizada con el año del desastre: 1898. En este mismo año, también, el 29 de noviembre, Ganivet se sumergía voluntariamente y para siempre en las aguas del Duma, en la ciudad de Riga, donde era cónsul de su patria.

Este curioso -ejemplar de diplomático, siempre nostálgico de España y de la felicidad que aguardaba sin esperanza, este hombre que escribió un día a un amigo que su aspiración fundamental era huir mar adentro, describió en las páginas de GRANADA LA BELLA a su ciudad natal *tal como pudiera y debiera ser, la que ignoro si algún día será*. Bajo la inspiración de Ruskin, Ganivet buscaba que Granada tuviera su propia y personal fisonomía —lejos de todo moderno y uniformador progreso—, que fuera la real exteriorización del espíritu colectivo de sus moradores. El embellecimiento de las ciudades por medio de la vida bella, culta y noble de los seres que las habitan es el descubrimiento de Ángel Ganivet.

Estas ideas fueron recogidas, ampliadas y trasladadas al terreno político por el propio Ganivet en su IDEARIUM ESPAÑOL. Allí el talento romántico del granadino descubrió el espíritu territorial, concepto fundamental en Gálvez y Rojas: *Cuando se estudia la estructura psicológica de un país, no basta representar el mecanismo externo, ni es prudente explicarlo mediante una ideología fantástica; hay que ir más hondo y buscar en la realidad misma el núcleo irreducible al que están adheridas todas las envueltas que van transformando en el tiempo la fisonomía de ese país. Y, como siempre que se profundiza, se va a dar en lo único que hay para nosotros perenne, la tierra, ese núcleo que se encuentra en el espíritu territorial. La religión, con ser algo muy hondo, no es lo*

más hondo que hay en una nación; la religión cambia, mientras que el espíritu territorial subsiste.[132]

Esta es también la clave que ofrece Ganivet para comprender la historia nacional: *Lo esencial en la Historia, dice, es el ligamen de los hechos con el espíritu del país donde han tenido lugar; sólo a este precio se puede escribir una historia verdadera, lógica y útil. ¿A qué puede conducir una serie de hechos exactos y apoyados en pruebas fehacientes si se da ,a todos estos hechos igual valor, si se los presenta con el mismo relieve y no se marca cuáles son concordantes con el carácter de la nación, cuáles son opuestos, cuáles son favorables y cuáles contrarios a la evolución natural de cada territorio, considerado con sus habitantes como una personalidad histórica?*[133]

Y esta concepción de la historia, superadora del positivismo historiográfico,[134] tendrá, por fin, un objetivo práctico: *Una*

---

[132] Ángel Ganivet, *Idearium español*, Ed. Aguilar, Madrid, 1961, tomo 1, pág. 175.

[133] Obra citada, pág. 224. *La bastardilla es nuestra*

[134] El espíritu territorial no Consiste en la influencia del medio considerada en forma determinista, sino en que cada territorio, considerado con sus habitantes, constituye una "personalidad histórica". Precisamente en el lugar antes citado Ganivet expresa que hay que reaccionar contra "el criterio excesivamente positivista en que se inspiran hoy los estudios históricos". La influencia de Taine y del positivismo en general es grande pero de ningún modo determinante sobre Gavinet, y también sobre Gálvez y Rojas. Su posición es, en realidad, también en este aspecto una reacción antipositivista o, mejor, post-positivista. Precisamente Roberto Giusti, al comentar La Argentinidad de Ricardo Rojas, critica la obra basándose en Taine (*Revista Nosotros,* Buenos Aires, febrero de 1917; reimpreso en *La Obra de Rojas,* ed. cit., pág. 170 y siguientes).

restauración de la vida entera de España no puede tener otro punto de arranque que la concentración de todas nuestras energías dentro de nuestro territorio. Hay que cerrar con cerrojos, llaves y candados todas las puertas por donde el espíritu español se escapó de España para derramarse por los cuatro puntos del horizonte, y por donde hoy espera que ha de venir la salvación; y en cada una de esas puertas no pondremos un rótulo dantesco que diga: Lasciate ogni speranza, sino este otro más consolador, más humano, muy profundamente humano, imitado de San Agustín: Noli foras ire; in interiore Hispaniae habitat veritas.[135]

Ganivet, en 1898, hablaba ya de una restauración de la vida entera de España. Rojas, en 1909, de una restauración nacionalista y Gálvez, en 1910, escribía con este mismo propósito.
Mayor aún que la del autor granadino fue la influencia de las ideas de Unamuno. En 1908 Rojas escribía al vasco manifestándole que EN TORNO AL CASTICISMO era el que prefería de sus libros[136] Es que esta colección de artículos aparecidos en 1895 y reunidos en 1902 fue de una importancia decisiva para nuestros jóvenes nacionalistas. Unamuno también quería defender a su España de la invasión cultural europea, que él sabía nociva y ahogante si a la vez no se restauraba el espíritu español.

Para lograrlo podía apelarse únicamente a la tradición, a la intrahistoria. He aquí el texto fundamental del rector de Salamanca: *Las olas de la historia, con su rumor y su espuma que reverbera al sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula sobre un mar silencioso y a cuyo último fondo nunca llega el sol. Todo lo que cuentan a diario los periódicos, la historia toda del "presente momento histórico", no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en*

[135] *Idearium español*, ed. cit., pág. 276.

[136] Manuel García Blanco, obra citada, pág. 46.

los libros y registros, y una vez cristalizada así, una capa dura, no mayor con respecto a la vida intra-histórica que esta pobre corteza en que vivimos con relación al inmenso foco ardiente que lleva dentro. Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que como la de las madréporas suboceánicas echa las bases sobre que se alzan los islotes de la historia. Sobre el silencio augusto, decía, se apoya -y vive el sonido; sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten hulla en la historia. Esa vida intra-histórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentida que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles y monumentos y piedras.[137]

Ello no impedirá una jubilosa recepción de lo extraño, pero siempre asimilada, hecha propia, pues en lo intra-histórico de cada pueblo, según el genio de don Miguel, vive también lo universal humano, no el campanario.

Estas ideas fundamentales, y otras que no lo fueron tanto, recogieron Gálvez y Rojas en sus primeros escritos políticos. Para ellos, también, los sucesos externos no siempre se corresponden con la realidad interna (intrahistórica) de un país; para ellos también esta última revela la existencia de un alma nacional y la verdadera personalidad histórica de la nación. Reconquistar el alma nacional

[137] *En torno al casticismo*, en Obras Completas, tomo III, Ensayo (tomo 1), Ed. Afrodisio Aguado S,A., Madrid, 1960, con prólogo, edición y notas de Manuel García Blanco, pág. 185.

de la avalancha del progreso y de los cambios externos constituiría, para nuestros autores, el milagro del renacimiento de su patria.[138]

Para recibir estas nociones de los españoles, Gálvez y Rojas estaban bien preparados. En primer lugar, por el fuerte quebranto que se había operado en el país en-los últimos años entre el litoral (dinámico y cosmopolita) y el interior (aún criollo); escenario de progreso el primero, custodio del alma nacional el segundo: la historia y la intrahistoria unamunianas estaban a la vista, eran casi tangibles.

Pero, además, no debe desdeñarse la importancia de alguna literatura nacional, como la de Martiniano Leguizamón y Joaquín V. González, que recordaba la vitalidad de las esencias nativas bajo el desaprensivo y novedoso ropaje europeo. Esa idea del desencuentro entre la apariencia externa y la realidad interna del país está presente con intensidad en el pensamiento del autor de *La Tradición Nacional y Mis montañas.*

En esta última, por ejemplo, dice: *Hay que ver una vez en la vida esas costumbres inocentes, saturadas de una fe inofensiva y de un encanto inefable, que se desarrollan en los términos lejanos de la patria... Allí están la historia y los elementos ignorados del grave problema nacional no abordado todavía; flotan en todo el territorio vagando sin concierto, porque ningún pensamiento los ha recogido y les ha dado forma visible duradera. Leyes, religión, poemas e historia se ciernen en confusión, difusos, perdidos, errantes, y sus elementos atómicos, sus principios y sus fórmulas van borrándose con la invasión desordenada de lo externo, de lo ajeno, de lo exótico, constituyendo un progreso institucional extraño a nuestra*

[138] En cuanto al uso mismo de la palabra intrahistoria, véase *La Restauración Nacionalista*, 21 ed., La Facultad, Buenos Aires, 1922, pág. 83 *y El Diario de Gabriel Quiroga*, Ed. A. Moen, Buenos Aires, 1910, págs. 52 y sgtes. y 60.

naturaleza, que no tiene nuestra savia y nuestro aliento vitales.[139] Y más adelante: *los pueblos olvidados de su origen, de su tradición, de su historia y de sus destinos, lanzados al vértigo de las variedades y de las falsas glorias, sienten un día la voz secreta que les habla del pasado, como Jehová del fondo de la nube, y entonces como el peregrino al hogar descienden a los sepulcros de sus glorias a impregnarse de virtudes innumerables, de abnegación y de heroísmo; reanúdase la historia interrumpida por la locura...*[140]

La lectura de estos clásicos argentinos fue meditada, fuera de toda duda, por Rojas -y por Gálvez. Téngase en cuenta, por ejemplo, que desde 1909, antes aún de comenzar EL DIARIO DE GABRIEL QUIROGA, Gálvez ya esbozaba LA MAESTRA NORMAL, novela ambientada en La Rioja, por lo que la literatura riojana —y en especial MIS MONTAÑAS- era leída y releída por nuestro autor. También es probable que los estudios universitarios de Manuel Gálvez hayan contribuido a predisponerlo para una acabada comprensión del problema argentino. En efecto, en los años en que éste cursó la carrera de Derecho en la Universidad de Buenos Aires, enseñaba aún en esta Facultad el Dr. Wenceslao Escalante. Su materia, Filosofía del Derecho, era dictada según los cánones krausistas, y en éstos se encuentra una acentuada valorización de lo nacional, de lo nativo y propio (que influyó en gran medida, como es sabido, sobre Hipólito Yrigoyen, como el mismo Gálvez se encargaría de demostrar años después.[141]

---

[139] Ed. Castellví S.A., Santa Fe, 1957, pág. 30.

[140] Ed. citada, pág. 75. *La bastardilla es nuestra.*

[141] Gálvez ingresó a la Facultad en 1898 y rindió la materia ese mismo año. Si bien en la mesa examinadora no se encontraba Escalante, es probable que Gálvez haya asistido a sus clases, ya que era el profesor titular. (Actas de la Facultad y legajo de Manuel Gálvez.) Acerca de la inclinación del krausismo hacia lo nativo,

Y si bien el dato no puede ser confirmado, es al menos posible, también, que, por esta vía, Gálvez, y en su viaje a España, Rojas,[142] hayan tomado conocimiento de la teoría del ilustre krausista español Francisco Giner de los Ríos. Este pensador, ya en la descomposición que preludiaba la Restauración de la monarquía en su país, desconfiaba de casi todos los organismos que - pretendían configurar la vida nacional y emprendía la búsqueda de la auténtica España. Así encontró la distinción entre historia interna y externa y aceptó la posibilidad de que la segunda no fuera más que el disfraz de la primera.[143] Se trataba de un primer anticipo de la teoría unamuniana, con el cual es bien probable que Gálvez y Rojas hubieran entrado en contacto antes de leer la obra del autor de EN TORNO AL CASTICISMO.

Dos visiones de nuestro interior provinciano

Gálvez y Rojas han guiado lo más profundo de su pensamiento hacia el encuentro del alma nacional en el país

---

véase Arturo Andrés Roig, *Los krausistas argentinos*, Ed. Cajita, Puebla, México, 1969, N° 105 al 107, pág. 210 y sgtes., e Ideal de la humanidad para la vida, de C. Chr. F. Krause, con introducción y comentarios por Julián Sanz del Rio, 2a ed., Madrid, Imprenta de F. Martínez García, 1871, págs. 110, 1161 145 218. Al respecto, véase el pensamiento de Escalante en *sus Lecciones Filosofía del Derecho*, 3ª ed., Buenos Aires, 1901, pág. 455 y sgtes.

[142] *Francisco Giner de los Ríos, Ensayos*, Alianza Editorial, Madrid, 1969. Véase el prólogo de Juan López-Morillas, págs. 12 y 13 y el artículo de Giner, *La juventud y el movimiento social*, escrito en 1870.

[143] Este libro constaba también de artículos publicados con anterioridad en *Caras y Caretas y La Nación*. Las citas que haremos se refieren a la 21 ed., Ed. Kraft, Buenos Aires, 1959.

mediterráneo, quieto y silencioso. Aquí se halla, digámoslo una vez más, la intrahistoria argentina, que hay que redescubrir, develar y proseguir.

Precisamente es en sus respectivas visiones de ese interior provinciano donde nuestros dos autores se separan. ¿Qué es el interior para el santiagueño Ricardo Rojas? En su intuición artística, el interior estaba representado por el PAÍS DE LA SELVA, *la región argentina que se extiende desde la cuenca de los grandes ríos hasta las primeras ondulaciones de la montaña,* comarca que Rojas describió en el libro homónimo, publicado en 1907.[144]

Difícil es evadir las palabras que utiliza el mismo autor para describir su país de la selva: *Tierra de llanura, no se ve el panorama de conjunto: falta la inclinación de las faldas y la perspectiva de las cumbres. Carece de esas lontananzas sin obstáculo que hacen de la pampa una circunferencia verde y grandiosa cuyo remoto linde se detiene ante el mar o el cielo. El bosque pone, de trecho en trecho, vallas a los ojos; es necesario penetrar en él, sentir el paisaje por su misma intimidad, y no por la sugestión de las distancias. Existen obras donde la vegetación se descubre, soluciones de continuidad impuestas a la vegetación arborescente y añosa por llanuras de pasto y salitrosos manchones, pero tales paréntesis confirman la emoción general. Luengas llanuras están vestidas de arboleda; y basta, sin embargo, un rincón de la enramada para sentir su magnitud. Id a uno de esos agrestes retiros, a la hora de la siesta o del crepúsculo, y será como si escucharais el silencio y pudierais ver las cosas invisibles que pueblan el misterio. Las voces irreales se tornan más densas; las hojas desprendidas de un árbol, el soplo del viento, el crujir de una rama, parecen rumores de la inmensidad. El mar nos sobrecoge con su clamor de muchedumbre;*

[144] Edición citada, pág. 21.

la montaña nos envuelve en la placidez de sus visiones; lo que no tiene límites se extiende entre nuestra alma y aquel horizonte de olas o esta cumbre; las cordilleras y los océanos son la revelación de Dios; el hombre sabe que tras de unas y otros velan el Infinito y la Eternidad; pero en la selva falta, con el panorama de conjunto, la sensación de lo gigantesco y lo inmutable; en cambio, ante ella, el corazón se oprime de terrores y la mente se puebla de silenciosos fantasmas.[145]

Esta selva enmarañada y oscura, vital y linfática, ha dado forma al espíritu de sus moradores: *De esas pretéritas fuentes, el río de la sangre trajo su caudal de visiones, y el diario espectáculo de la selva plasmé a su imagen al pueblo soñador de las campañas. Los árboles le impiden ver la inmensidad; los caminos son tortuosos; árboles y bestias encierran algún enigma para él; el bosque esta o se lo supone lleno de peligros... La persistencia de tales sensaciones crea un modo de ser espiritual; y el alma del pueblo se ha identificado con su selva. Todo parece flotar en ella sobre agrisados tonos de penumbra; la palabra misma es queda, como el susurro de las hojas; sordas y grandes son sus pasiones; fecunda su imaginación; resignados sus sentimientos y melancólica su música. La renovación de las estaciones, que no existe para la roca de la montaña o papa las olas del mar, expresa en los follajes, mejor que en parte alguna de la tierra, la fugaz apariencia de la vida y la oscura germinación de la muerte…*[146]

Este es el espíritu territorial de la selva, como diría Ángel Ganivet; oscuro, silencioso y tenaz modelador de sus habitantes, que terminan siendo uno con ella misma, *una personalidad histórica*, como recordaría el granadino. El alma de la selva, su oscura y coloreada voz, sus timbres penumbrosos y crepusculares, todo eso

[145] Edición citada, pág. 83.

[146] Edición citada, pág. 69.

debe expresar el poeta: ... *Las selvas esperaban todavía su intérprete —el poeta que al recorrer umbrías y senderos hubiera comprendido el prodigioso espíritu de la breña en el hondo silencio de sus abras y la muelle existencia de sus ranchos, el pavor de sus mitos y el encanto de sus leyendas, en el himplar de sus pumas y el ayear de sus pájaros nocturnos, y la música de sus árboles cuando por ellos pasan, como arcos invisibles, el anhélito de la brisa y el resuello potente de los huracanes…*[147]

¿Y el progreso? ¿Y el avasallador progreso, aquél que con sus brillantes y filosas hachas va a dar por tierra los magníficos quebrachos de la selva? ¿Podrá también cortar el tronco y la savia vital del alma de la selva? ¿Podrá segar sus terrores y fantasmas, sus espíritus y leyendas, el modo de ser de las gentes formadas secularmente a su sombra? Estas son las preguntas que, al final del libro de Rojas, se formjula el entristecido Zupay, el diablo de la selva. Escucha entonces la voz del poeta, que le aconseja transformar su apariencia y huir a las ciudades: en ellas y en especial en Buenos Aires está su tierra prometida, allí se le ofrece un nuevo imperio sin límites. *Zupay, entonces, volvió a sonreir; su sonrisa fue un trágico resplandor de victoria sobre sus mejillas, devoradas por lágrimas de fuego…*[148]

La victoria es de la selva: ésta sobrevivirá al progreso. Es que el alma de la selva tiene vida, una vida secular, que se inició en sus árboles y se continúa en sus duendes y en sus habitantes. El interior del país vive, nos quiere decir Rojas; tiene su palabra, que debe ser interpretada por los poetas; tiene su fuerza, que acabará por integrar y hacer suyo el borde dinámico y progresista, pero extranjerizante, del país.

---

147 Edición citada, págs. 198 y 199.

148 *El diario de Gabriel Quiroga*, ed. cit., págs. 137 y 138.

¿Tiene el interior, en el pensamiento y en la intuición de Manuel Gálvez, esta potencia vital, centrífuga e integrativa? Ante todo: *Gálvez buscó el país mediterráneo en los pueblos de montaña: En el hombre de las comarcas montañosas, dice, encontraremos al argentino viejo, incontaminado de cosmopolitismo y repleto de tradición. El hombre del litoral es casi un extranjero en su propio país. Y agrega: Pero tal vez, dentro de muchos años, cuando el hombre del litoral haya absorbido al hombre de las comarcas montañosas y éste haya penetrado en aquél modificándolo, dándole su argentinismo, su personalidad y sus excelentes condiciones, tal vez entonces, de la fusión de ambos, resulte el argentino típico del porvenir.*[149]

Pero esta fe en la integración, a menudo declarada en EL DIARIO DE GABRIEL QUIROGA[150] ¿tiene su fundamento real en la visión de Gálvez de las comarcas montañosas a que se refiere? Esta se encuentra en los tres libros escritos en los años que estudiamos: En EL DIARIO DE GABRIEL QUIROGA (1910), retrató a La Rioja, Catamarca, Salta y Jujuy; en LA MAESTRA NORMAL— publicada en 1914 pero que empezó a escribir en 1909— describió a La Rioja, y en EL SOLAR DE LA RAZA (1913) dibujó a los pueblitos y ciudades de la vieja España con tonos muy parecidos a los que utilizó para los de su país.

Para Gálvez, las viejas y pobres ciudades de provincia tienen encantos singulares que favorecen las plenitudes del ensueño, el reposo del alma y la meditación; son dueñas de una poesía inagotable: la poesía cristalina y sutil de las cosas humildes. Su poesía, su melancolía, su perfume, provienen, sin embargo, de su

---

[149] Véase, por ejemplo, las páginas 153 y 154 y *El Solar de la Raza*, Ed. Asoc. Coop. Nosotros, Buenos Aires, 1913, pág. 14, nota. 1.

[150] Ed. cit., pág. 147.

silencio, de su tristeza, de su falta de vida; en suma: de su muerte. *Yo encuentro la poesía de estas ciudades en sus calles desiertas y silenciosas que parecen terminar en la montaña; en los senderos vagabundos de los arrabales donde por las noches ambulan perros misteriosos; en las dolientes tardes de una plaza en que la banda toca los viejos aires de zarzuelas cursis y las muchachas pasean lentamente y nos miran atónitas; en esas dulces noches plateadas en que la luna rima su melancolía con el azahar de los naranjos; en las estaciones desoladas donde los días de tren acuden del brazo las muchachas y van y vienen como en espera de algo muy ansiado, de algo que no llega, que no llegará jamás…*[151] Por sus calles caminan los nativos de rostros enigmáticos, *que publican las nostalgia de una raza que se extingue.*

Son ciudades muertas.[152] El hecho de que Gabriel Quiroga, el imaginario autor del Diario, *las adore porque solamente en ellas realizaría sus ideales de vida simple, no quiere decir que no vea la envidia sórdida de esos pueblos, la pequeñez, la ignorancia.*[153] En ellos, el medio es opresivo y ahogante: el provinciano puede liberar su aptitud contemplativa y su profundidad cuando llega a Buenos Aires, pero aquí generalmente se desargentiniza y materializa.[154]

El medio provinciano así intuido fue magistralmente descripto por Gálvez en LA MAESTRA NORMAL. Esa La Rioja sórdida y pequeña de los chismes y los billares, de las infidelidades y las indirectas, de la hipocresía y la adulación, de la envidia y la

---

[151] Ed, cit., pág. 144 y sgtes.

[152] Ed. cit., pág. 153.

[153] Ed. cit., págs. 184 y 185

[154] Ed. cit., pág. 155. El futuro cuñado de Gálvez, C. O. Bunge, había ya colocado a la tristeza entre las cualidades (para él negativas) *la Nuestra América* (Ed. La Cultura Argentina, Bs. As., 1918, pág. 180).

calumnia; esa, La Rioja que, seamos sinceros, todos conocemos. El aire perfumado por los azahares de La Rioja no logra borrar el recuerdo de las miradas maliciosas, de las palabras dichas como al pasar, pero que llevan veneno. Aquellas miradas, estas palabras, conforman el verdadero aire, irrespirable casi, de la poética La Rioja de Manuel Gálvez.

Esta poesía, este clima tradicional y argentino, esta *alma nacional*, se conservan aquí gracias a la *tristeza* que tiende a conservar y a detener.[155] Pero es también la tristeza la que, como ese polvillo de las calles provincianas, todo lo opaca y ensucia: la tristeza (la asedia) es, también, la falta de un objetivo vital, 'la poesía de la muerte.

Estos pueblos son, entonces, ideales para el contemplativo, para quien busca la vida simple, alejado de la grosera y bulliciosa ciudad de Buenos Aires. Son también un contrapeso espiritual al dinamismo materialista de las grandes urbes. Pero de la lectura de Gálvez se deduce algo más: en sí mismas esas comarcas no tienen capacidad para expandirse, para re-espiritualizar la nueva civilización que crece, porque están muertas.

Idéntica impresión transmite Gálvez de las viejas ciudades de España. En su advertencia a la edición española de 1920 de EL SOLAR DE LA RAZA, señalaba que el espiritualismo hispano no era obra de los actuales españoles, sino algo que había quedado en el ambiente, *tal vez una ruina más, como tantas otras que embellecen, con su melancolía y sus poéticas sugestiones, el ámbito de las decrépitas ciudades.* Mira Gálvez a Segovia la vieja, y con palabras inolvidables le dice: *¡Muere, pues, Segovia! Acuéstate sobre la colina en que agonizas y, ante las cumbres del Guadarrama, mirando hacia tus viejas glorias, abandona tu lugar a la civilización*

[155] Ed. cit, pág. 100.

de ahora, llevando contigo, y para siempre, el secreto de Castilla la Vieja.[156]

Esa civilización de ahora, la de la nueva energía, la de los transatlánticos y las chimeneas, también fue ocasionalmente alabada por Gálvez, quien encontró belleza y esperanza en su dinamismo.[157] Su confianza, sin embargo, en que esa nueva civilización —que tiene uno de sus símbolos en nuestra Buenos Aires— se espiritualice, no tiene fundamento en su visión general del problema: es casi una expresión de deseos. En todo caso, este vacilante y circunstancial optimismo de nuestro autor no se basa en la vida de las ciudades viejas, sino en el simple efecto catalizador del tiempo... que, como sabemos, suele ser bastante ambiguo.

---

[156] *Los himnos de la nueva energía, en El monitor de la educación común,* Año XXX, Tomo XXXIX, Buenos Aires, 31 de octubre de 1911. *La poesía de las cosas viejas, Caras y Caretas,* N° 1234, 27 de mayo de 1922. El Solar de la Raza, ed. cit., pág. 111.

[157] John Ruskin nació en Londres en 1819 y estudió en Oxford. Enamorado de la pintura de Turner, concilió el dogma prerrafaelista (según el cual la belleza reside en la minuciosa exactitud de la pintura del objeto) con un espíritu místico que veía en esa observación detallista de la realidad una sumisión piadosa a la Providencia: lo bello es así, para Ruskin, el resplandor de un alma divina que habita la naturaleza. Su doctrina tiene, de este modo, un fondo religioso y ético, que se plasmó también en una crítica acerada de la sociedad industrial. Murió en 1900. Algunas de sus obras principales son: *Las siete lámparas de la arquitectura, Las piedras de Venecia y Política económica del arte.*

El camino de Manuel Gálvez

Si nuestros jóvenes autores han coincidido en que debe reencontrarse el alma nacional, la fuente de nuestra intrahistoria, en el interior del país, sus respectivas visiones de nuestro territorio provinciano y criollo difieren grandemente. Rojas lo entrevé como ese *país de la selva*, oscuro y viviente, lleno de rumores y de temores, de fantasmas y de voces, que en última instancia se transformará pero cuyo espíritu no morirá. Gálvez, en cambio, retratará la tristeza gris de las comarcas montañosas, llenas de poesía y de espiritualidad, pero que en el fondo son *una ruina más*, y que como todo ser falto de vitalidad están llenas de pequeñez y malicia, de envidia y maledicencia.

Las visiones de Gálvez y de Rojas no son las de un sociólogo o un historiador: son intuiciones de pensadores y de artistas, y esto último es fundamental para comprenderlos. ¿Cómo llegaron a las concepciones antes expuestas?

Dejemos de lado ahora el peso de sus orígenes familiares y políticos, sobre su posición, de Manuel Gálvez para no repetirnos. Recordemos en cambio su camino estético. De su confusión veinteañera, Gálvez llegó a una primera madurez con la influencia espiritualista de Tolstoy, Ruskin, Ibsen y Maeterlinck, los poetas franceses, los pintores impresionistas y la música wagneriana.

En 1907, vuelto de Europa, Gálvez publicaba su primer libro de poesías, EL ENIGMA INTERIOR. Su mismo título denotaba la fuerte influencia modernista, pero la dedicatoria *para unas manos divinamente blancas, manos pálidas y conventuales, manos que hacen soñar con las vírgenes de Boticelli, no sólo recuerda al*

prerrafaelismo y, con él, a John Ruskin, sino también a la anónima destinataria de estas palabras.[158]

Ella era, por supuesto, la novia de Manuel Gálvez, Delfina Bunge, mujer exquisita que alguna vez merecerá el recuerdo de los argentinos cultos. Delfina, profundamente cristiana y extraordinariamente sensible a la belleza, hizo descubrir a nuestro atormentado poeta la belleza de las cosas pobres y humildes. Era el espíritu franciscano de Delfina el que se filtraba en Gálvez: el 24 de mayo de 1907 aquélla escribía en su Diario, dirigiéndose imaginativarniente a su novio: prométeme que eres, que serás un santo tan santo como San Francisco.[159]

En ese año Gálvez se convertía al catolicismo, fe de la cual nunca había descreído totalmente, pero que ahora este hombre romántico, impulsivo y sentimental abrazaba con el amor que su novia le inspiraba. Lentamente, la poesía de las cosas humildes iba a ir entrando también en su corazón. En 1909 escribía a Delfina*: ... Cuántas poesía encuentras hasta en las cosas que parecen desprovistas de toda idealidad! Yo no pensé antes ¡afluís que en ellas pudiera hablarse de poesía. Y aquí está tu más gran mérito: haber conseguido que yo también penetrase en tu interpretación y viese y sintiese hasta el fondo del alma la poesía que tú sentías…*[160] *Y era esta poesía, precisamente, la que iba a llenar las páginas del segundo libro de Manuel Gálvez, bajo el significativo título de* SENDERO DE HUMILDAD.

Para caminar por este sendero, que su novia le develera, para cantar las alabanzas de la vida simple, de los seres místicos, de la

---

[158] *Diario íntimo* de Delfina Bunge de Gálvez, 24 de mayo de 1907.

[159] *Diario íntimo* citado, carta inserta del 12 de abril de 1909.

[160] A. Moen y Hermano Editores, Buenos Aires, 1909, págs. 13 a 21.

paz del campo y las viejas ciudades, de los grandes caserones, de las lejanas horas de la infancia, Cálvez pediría la ayuda del *Poverello*, y también la de Gonzalo de Berceo y el Arcipreste.[161] Sin embargo, el apoyo no declarado pero más sentido le venía del gran poeta moderno francés Francis Jammes.[162] Este artista católico, de imaginación ingenua, fue para Gálvez, durante esos años, el más querido de los poetas. El también cantaba con ternura al hermano asno a los domingos, a los espaciosos y sencillos comedores de robustos muebles de madera, a los viejos pueblitos y casas, al buen sol y a los pobres perros.

Pero esta inspiración franciscana, unida al acercamiento fisipo de Gálvez, como inspector, a las ciudades de provincia, dio por resultado algo ms que una depuración y asentamiento estéticos del joven poeta: constituyó también el paso inicial de nuestro autor al que sería su primer nacionalismo.
Dice el autor:

> *Las plazas de los pueblos tienen un alma propia,*
> *un alma soñadora, sentimental y buena,*
> *con no sé qué de ingenuo, de apacible y de triste,*
> *que nace dulcemente de su quietud serena.*
> *Uno quiere a estas plazas con un viejo cariño*
> *que infunde en nuestra vida cierta austera fragancia.*[163]

---

[161] Francis Jammes nació en 1868 en los Altos Pirineos franceses. Enamorado de su comarca natal, acogió con alegría la liberación del verso por los simbolistas, lo cual le permitió tratar los temas rústicos con toda sencillez e independencia. Murió en 1938. Algunas de sus obras principales son*: De l'Angélus de l'aube a l'Angélus du soir, Le triomphe de la vie y Les géorgiques chrétiennes.*

[162] *Amigos y maestros de mi juventud*, Ed. Solar-Hachette, Buenos Aires, 1961, pág. 278.

[163] Ed. cit., pág. 35.

Es que el nacionalismo de Gálvez es un fruto de su comprensión de la poesía de las cosas sencillas, de su hallazgo del sendero de la humildad. Canta así a la vieja casona de su infancia, a sus maestros de escuela, a la aldea triste, a los domingos de provincia:

Tú que adoras el silencio
de las ciudades muertas
y que ansías el bien inmenso
de estar contigo mismo
largas horas enteras,
hallarás una ocasión propicia
para indagar en tu alma
los tesoros de la vida interna
que paz y quietud reclaman,
si vives ¡oh mi amigo!
la soledad honda y tranquila
que llevan entre sus sueños los domingos,
los tristes domingos de provincia .[164]

La poesía y el ensueño que traen al alma la triste vida provinciana aparecen en esta obra de Gálvez para no retirarse más. Pero en ella todavía no ocupa un lugar el otro aspecto de las ciudades del interior: su sordidez. Apenas si se ironiza sobre la *cursilería del piano* en el cual *la niña toca ante cuatro vejestorios su tanda de lacrimatorios valses* y los tristes, anacrónicos y románticos bailes. Hay, sin embargo, algunos punzantes adelantos de EL DIARIO DE GABRIEL QUIROGA y LA MAESTRA NORMAL: la

[164] Ed. cit., págs. 85 y 86.

nocturna tertulia del boticario y del cura, las reuniones en la confitería y los lujuriosos y canallescos bailes de las orillas.[165]

En las dos obras mencionadas la sordidez del pueblo provinciano será descripta con una ironía oscilante entre la ternura y la disimulada crueldad. La descripción, por ejemplo, que en el Diario se hace del más alto representante de la intelectualidad del interior, el poeta, periodista, orador, crítico, novelista y filósofo José Hernández, es decididamente despiadada, como también lo es la de los pueblerinos que admiran y envidian (sobre todo envidian) a su vate.[166]

La intuición artística de Manuel Gálvez ya rumbeaba en una nueva dirección, que sería más definitiva que la anterior y que encontraría una primera expresión plena en LA MAESTRA NORMAL. Era el elixir corrosivo y delicioso de Gustave Flaubert el que guiaba ahora a Gálvez, enfrentándolo, probablemente, por primera vez seriamente, con el drama que es la vida de los hombres.

Quizá el autor de *Madame Bovary* no haya sido el más grande de los novelistas franceses, pero sin duda fue el más sutil y despiadado destructor de todas las apariencias con que el ser humano procura pudorosamente recubrir su miseria y su pequeñez. Tanto la ciencia positiva como el amor romántico fueron puestos por Flaubert al trasluz, examinados escrupulosamente del anverso y del revés. Y mediante este curioso y desapasionado análisis, el lector ve —con la mirada del genial francés—que aquellas realidades son en verdad ridículas tapaderas de nuestra vergonzante ignorancia, de nuestras pequeñas y momentáneas pasiones, de nuestra devoción por los encajes y los abanicos que son signos ¡ay! de un mundo inalcanzable...

---

[165] Ed. citada, págs. 91, 92, 95, 96, 98, 99, 100 y 101.

[166] Ed. citada, pág. 168 y sgtes.

En la famosa *Madame Bovary* este finísimo microscopio de Flaubert enfoca, como es sabido, la vida de un pueblo de provincia en Francia. La absoluta chatura y superficialidad de este pueblo es mostrada, y demostrada por el autor hasta el hartazgo, porque de ella —y de la banalidad de su marido, hijo del lugar— procurará huir la protagonista, Emma Bovary, para caer en los brazos de su distinguido amante, en un primer paso hacia una corrupción que se acentuará hasta el final.

La Rioja descripta por Gálvez no será el Yonville de la Bovary, aunque tendrá grandes semejanzas. Pero Gálvez no habrá perdido el gusto por *la poesía de las cosas humildes*, que su novia le enseñara, y consecuentemente tampoco dejará de advertir en la triste ciudad provinciana los cálidos perfumes, las viejas calles, las tibias noches propicias a la emoción. Su mirada, por otra parte, tendrá una ternura bien 'aparente al juzgar a ciertos personajes, a la vez que otros son ridiculizados, y no carecerá de una sensualidad 'que el francés oculta. En este sentido, la novela de Gálvez es más parecida a otra obra maestra hija 'de Flaubert: EL PRIMO BASILIO, del gran novelista portugués Eça de Queiroz.[167] La pequeñez pueblerina está bien presente allí en La Rioja, y en medio de ella está situada Raselda, la joven provinciana que será seducida y abandonada por el indeciso, 'hastiado y abúlico Solís —un personaje tratado por Gálvez con la técnica de Flaubert.

Otros autores sin duda influyeron sobre la visión de Manuel Gálvez la sombría concepción unamunesca del labriego castellano de *seca rigidez, dura, recortada, lenta y tenaz* y del habitante de la

[167] José María Eça de Queiroz, literato y diplomático portugués, nació en 1845. Escribió numerosas novelas que dieron a su nombre una gran reputación en toda Europa. Entre sus escritos más conocidos sobresalen *El mandarín, La reliquia, La ilustre casa de Ramírez, Los maias* y *El primo Basilio*

ciudad —*crustáceos espirituales*—; la descripción cruel y tierna a la vez hecha por Azormn: *duro, feroz, inflexible, sin ternura, sin superior comprensión de la vida* es el pueblo castellano; *la gentuza innoble y miserable, sólo capaz de fechorías cobardes..., las caras terrosas, las miradas de través, hoscas y pérfidas* del terrible Pío Baroja.

Y en cierto sentido también —especialmente sobre EL SOLAR DE LA RAZA— influyó el gran prosista francés Maurice Bartés,[168] CUYO EL GRECO O EL SECRETO DE TOLEDO, publicado en 1912 debe haber tenido a la vista Manuel Gálvez cuando hablaba de España y sus pueblos. Su peso también es patente en el prólogo de EL DIARIO DE GABRIEL QUIROGA, que en tantos aspectos recuerda a la serie de novelas EL CULTO DEL YO, del escritor lorenés: Barrs encontraba y afirmaba su *yo*, frente a los *bárbaros*, develando en la tierra y en los antepasados sus verdaderas y profundas raíces.

En última instancia la intuición de Gálvez del interior provinciano, a la vez poético y mediocre, proclive al ensueño pero lleno de pequeñez, es sin duda fruto de la conjunción, en su espíritu, del amor por *las cosas humildes* y el análisis minucioso de la pequeñez humana, a la Flaubert y a la Eça de Queiroz. Bien hondo - debió arraigar este último sentimiento en Manuel Gálvez, al punto

[168] Maurice Barrés nació en Lorena en 1862 y siendo niño vio esta región invadida por los alemanes. Luego de una etapa inicial en que buscaría desesperadamente su "yo", acercándose al anarquismo, volvió a reencontrarse con aquellas visiones de su niñez al comprender que su “yo” tenía profundas raíces en la tierra y los muertos de su comarca natal. A su trabajo de escritor (*Bajo el ojo de los bárbaros, El jardín de Berenice, Colette Baudoche, La colina inspirada* y otras novelas) unió una actividad política en la derecha francesa, pero sin abdicar de su republicanismo. Murió en 1923.

que le permitía resistir a pie firme la inteligente crítica de su novia Delfina, cuando le manifestaba su desagrado por la descripción de ese ambiente en el que todo se veía turbio: *una neblina moral, ese mal leve esparcido en todas las cosas, dándoles a todas un tinte sucio*...[169]

Luego de este análisis, nos formulamos nuevamente la pregunta: la poesía y el ensueño de las ciudades provincianas ¿podrá integrarse con Buenos Aires y espiritualizar así la ciudad brutalmente egoísta y bárbara? La respuesta afirmativa a una pregunta similar la daba Miguel de Unamuno para su España, cuando exhortaba a las regiones exteriores a no aislarse, sino a tratar de absorber al resto y en especial a Castilla, la comarca que había asimilado a las demás en el pasado.[170] Y esa misma fe integradora era la que exponía al afirmar la necesidad de que los vientos europeos entraran y avivaran al espíritu español.

La respuesta de Gálvez no es única: En repetidas oportunidades afirmará que Buenos Aires ganará las cualidades de las provincias cuando llegue a éstas llevando higiene, trabajo,

---

[169] La crítica de Delfina iba mucho más allá cuando decía: "Yo creo que aún en aquel pequeño mundo en que se desarrolla la novela de Manolo: en aquel mismo rinconcito de La Rioja, y hasta dentro del reducidísimo grupo de gente que en la novela actúa, debe sentirse —aunque en sólo una inteligencia y en sólo unos ojos fueren reflejadas— la existencia de *otras verdades* más puras, más elevadas, más espirituales. Y aún cuando no fueren reflejadas por ningunos ojos, ni por ninguna conciencia, no dejarían de existir, de estar allí latentes, como en todas partes. ¡Ay! yo no sé decir lo que en esas páginas falta para que eso sea toda la verdad... aún toda la verdad de ese rincón riojano". (*Diario Íntimo,* 22 y 23 de setiembre de 1909.)

[170] La crisis actual del patriotismo español; Obras Completas, cd. cit., tomo III, pág. 937.

alimentación, ferrocarriles.[171] Pero en otras expresa que el aire envenenado de la gran ciudad inocula vanidad y superficialidad al interior, le quita el aspecto romántico y criollo y hace de sus pueblos una pobre copia de Buenos Aires, monstruos de fealdad y cursilería. Y por fin que *las provincias, cuando nuestro país era bárbaro, pudieron dar la dominante en su espíritu; pero ahora que la fiebre de progreso nos devora y nos inquieta, el interior ha quedado reducido, en su tremenda lucha contra el cosmopolitismo de las comarcas litorales, a conservar los últimos restos de la vieja alma nacional.*[172]

No vacilamos en afirmar que esta última tesis es la que surge del fondo del pensamiento y de la intuición poética de Manuel Gálvez. ¿No es acaso Raselda la mejor personificación que haya hecho de ese interior provinciano que tanto quería?
Pasa por La Rioja Gabriel Quiroga, el imaginario autor del Diario, quien cono ya sabemos es un apasionado admirador de la vida de provincias: es, en cierto modo, el *alter ego* de Manuel Gálvez. Lógicamente, queda maravillado con Raselda, típica provinciana de ojos profundos y soñadores, que canta nostálgicamente *Azahares* de Joaquín V. González.

Raselda, la soñadora, la suave, la bondadosa Raselda, como la llamará su creador años después,[173] tiene, como se ve, la poesía provinciana en grado sumo. También tiene la pasividad, el estatismo, la falta de defensas que la llevará al desastre y que hará de la novela de Gálvez una historia cruel y pesimista.

---

[171] *El diario de Gabriel Quiroga,* ed. cit., págs. 153 a 157, p. ej.

[172] Obra citada, págs. 60 y 61. *La bastardilla es nuestra.*

[173] *En el mundo de los seres ficticios*, Ed. Hachette, Buenos Aires, 1961, pág. 51.

En el fondo de su creación artística —y más allá, mucho niiás allá de su nacionalismo— Gálvez apunta por primera vez con esta novela al drama de la opacidad de las relaciones humanas, a la imposibilidad del verdadero amor, al desencuentro, sobre todo, entre los hombres (para quienes el amor es sólo parte de la vida) y las mujeres (para las que lo es todo). En Gálvez esta relación entre el dinamismo varonil y el estatismo femenino, análogo a la relación Buenos Aires - Interior, será siempre de atracción y rebote, nunca de integración. Será drama, porque para Gálvez la Vida misma es desencuentro, tristeza y drama. Por eso el interior, como Raselda, va a ser poesía para quienes (como Gabriel Quiroga) saben gozarla, y va a ser botín para los que (como Solís) se aprovechan de sus bienes, pero nunca será fuerza transformadora, savia y vida que espiritualice.

Rojas hacia el país de la selva

Relató una vez Ricardo Rojas a un periodista, que su primera impresión poética la había recibido en la niñez, en el río que bordea la ciudad de Santiago del Estero. *El río me llevaba su agua con un rumor extraño. El nadador desnudo sentía en la piel su voz cósmica y quería descifrarla.*[174] Así escribió sus primeras poesías, nunca publicadas.

El niño creció y maduró, y ya en Buenos Aires dio a luz su primer libro, LA VICTORIA DEL HOMBRE (1903) Pero aquella intuición inicial, recibida en la niñez, no había cambiado: sería su tarea —la de toda la vida de Rojas— descifrar la voz cósmica de los ríos, de los montes, de las razas.

[174] *Reportaje publicado en el diario Los Andes*, del 21 de septiembre de 1941.

A pesar del corte modernista que, influido por su tiempo, procuró imprimir a sus versos, Ricardo Rojas era en el fondo un romántico, para quien la naturaleza toda, en su más íntimo fondo, es espíritu, inteligencia inmadura. Y en LA VICTORIA DEL HOMBRE Rojas canta al *alma de las cosas*; al fuego

> *Alma del mundo —ritmo y armonía,*
> *calor y sangre, pensamiento y llama—*
> *tú animas el grandioso panorama*
> *del universo que ilumina el día,*[175],

a los vientos, a las olas, a las montañas; y todos estos elementos tienen para Rojas una voz que el poeta debe intuir y transmitir.

La naturaleza es espíritu visible, así como el espíritu es naturaleza invisible: en el fondo, hay una identidad de todo. Y este Todo, finalmente, es Dios, *la síntesis de todas estas energías, lo Absoluto, en donde se resume cuanto ha sido y donde está latente cuanto será*:[176] el panteísmo de Rojas se inscribe así en la mejor tradición romántica. Y dentro de ella, la muerte no puede ser sino la *suprema libertadora, que entrega nuestras células al torrente de la universal energía' en nuevas germinaciones vitales, mientras nuestra personalidad sobrevive en la memoria de los otros hombres, según la intensidad de vida afectiva y espiritual con que hubiéramos vivido, mientras el alma que hizo nuestro pensar y nuestro sentir perdura y ronda acaso ¡unto a nuestras frentes, habitadora de un*

[175] *La victoria del hombre,* Ed. Losada, Buenos Aires, 1951, pág. 47.

[176] *El alma española,* F. Sempere y Compañía, editores, Valencia, 1907, pág. 124.

espacio invisible para nosotros, pobres seres de tres dimensiones...[177]

Estas enigmáticas palabras finales nos dan la pista de una de las principales influencias que pesaron sobre la cosmovisión de Rojas: la Doctrina Secreta, expuesta a partir de 1875, con más empeño que profundidad, por Elena Petrovna Blavatsky,[178] y sus seguidores. Esta doctrina tuvo gran repercusión en la Buenos Aires positivista, materializada y agnóstica de principios de siglo, ya que representaba un punto de unión entre los hallazgos de la ciencia experimental (en especial, el evolucionismo) y las enseñanzas que se encuentran en todas las religiones en que el hombre ha creido.[179] La

---

[177] Obra citada, pág. 126. En 1908 Rojas le escribía a Unamuno: *"Yo no siento el terror de la hora de la muerte. Tengo fe en la otra vida, sin embargo"* (Manuel García Blanco, obra citada, pág. 417).

[178] E. P. Blavatsky nació en 1831 en el sur de Rusia. Niña aún, sus precoces poderes psíquicos preocupaban a sus parientes y amigos. Fue al Tibet, donde durante algunos años aprendió las enseñanzas de un Maestro. En 1873 llegó a New York, ya con la idea de propagar aquellas verdades que se encontraban en todas las religiones y que pertenecían al único tronco de la Verdad. En 1875 fundó a estos fines la Sociedad Teosófica. Murió en 1891.

[179] Compartía el entusiasmo de Rojas, por ejemplo, Emilio Becher. Más adelante, Ricardo Rojas, Octavio Pinto, Arturo Capdevila, Alfredo Palacios y otros, celebrarían reuniones en casa del Sr. Federico Wences-lao Gándara para conversar sobre teosofía y las enseñanzas de la Blavatsky. (De información verbal del Dr. Norberto Dengra, consignada en el trabajo inédito de M. Elena Encinas de Palacios, sobre Ricardo Rojas el místico —opiniones de la crítica contemporánea—.) Rojas, sin embargo, no era teósofo: véase sino las palabras con que fue presentada la conferencia que dictó en la Logia Vi Dharmah sobre la

Teosofía enseñaba la inmanencia de Dios en todas las cosas, la consecuente inocuidad de la muerte, la solidaridad universal por la unidad de la vida y de la conciencia. Dentro de ésta visión panteísta, la Doctrina Secreta aceptaba el evolucionismo, pero para salvar la primacía de la vida y del pensamiento, en lugar de considerar a éstos como una emanación de la materia organizada, interpretaba al mundo como una manifestación del pensamiento divino que en Oleadas de Vida ascendía desde la materia inerte hasta el hombre, y luego la evolución de éste continuaba hasta el héroe, el mártir y el santo.[180]

He aquí que-el hombre en lucha por su perfección, por la liberación de las cadenas que lo atan en su vía ascendente, guiado en esa lid por los Maestros de la humanidad, es un segundo tema •de Rojas. La influencia teosófica se une aquí, nuevamente, a la romántica: la del Víctor Hugo de LA LEYENDA DE LOS SIGLOS, mostrando al hombre *subiendo desde las tinieblas hacia el ideal* y especialmente la de Thomas Carlyle (1795-1881), inspirado en los románticos germanos, profeta del rejuvenecimiento espiritual de los pueblos a través de la efusión divina que los *héroes* reciben y transmiten. Pero a la par, Rojas era en su juventud devoto lector de LOS GRANDES INICIADOS, del teósofo Edouard Schuré, quien develaba a los neófitos las eternas enseñanzas de los maestros —Rama, Krish-na, Hermes, Moisés, Orfeo, Jesús y otros— que habían elevado a la humanidad a un nivel superior.

Profesión de fe de la Alianza de la Nueva Generación Argentina, en Revista Teosófica, 17 de enero de 1919.

[180] Véase *An abridgment of the Secret Doctrine,* de H. P. Blavatsky, Ed. The Theosophic Publishing House, Londres, 1968; y Annie Besant, *Lecturas populares de teosofía,* Ed. Teosófica Argentina, Buenos Aires, 1970.

También esta lucha, que culmina precisamente con LA VICTORIA DEL HOMBRE, está presente, como dijimos, en esta obra de Rojas. A la vez que su alabanza a los espíritus en marcha, conductores de la humanidad en esa perenne batalla: Hugo, Zola, Castelar, Sarmiento...

Esta ideología panteísta en que la naturaleza tiene una trama espiritual 'y los pueblos luchan por su liberación progresiva conducidos por los genios, forma la base inevitable para comprender el nacionalismo de Rojas. Es la fuerza centrípeta del territorio, lleno de vida y de energía, la que crea las nacionalidades; el carácter regional, el sabor de la tierra, es su expresión; el conocimiento de su geografía, su historia y su destino, lo que fortalece la conciencia colectiva de la nacionalidad. Esta era la tesis expuesta en la famosa *Restauración Nacionalista* y, antes aún, en artículos periodísticos[181].

Gran parte de la obra de Rojas consiste en el análisis del origen y desarrollo de nuestra nacionalidad, a la luz de estas ideas. Por los años que estudiamos, esta exposición fue vertida por Rojas en BLASÓN DE PLATA. Este libro es una verdadera epopeya de nuestra estirpe, en él *habla la conciencia del país, esa fuerza territorial de nuestras Indias, que he bautizado con el nombre de indianismo.*[182]

Para Rojas, la comunidad de la tierra, la visión de los mismos paisajes natales, y el compartir un ideal, unió a las razas indígenas con los criollos para formar una nación; todos ellos, bajo la conducción de los criollos ilustrados, se independizaron bajo el

---

[181] Reunidos en Cosmópolis, Garnier Hnos., París, 1908, págs. 28/9. Años después Rojas era aún más explícito en interpretar al hecho de la nacionalidad según la doctrina teosófica (Eurindia, Ed. Losada, Buenos Aires, 1951, págs. 135 y 136.)

[182] Blasón de Plata, 3ª ed., Ed. La Facultad, Buenos Aires, 1922, pág. 13.

credo americano de libertad, igualdad y fraternidad. Los criollos dieron conciencia y rumbo al instinto territorial de los indígenas, produciéndose así, el 25 de mayo de 1810, el segundo avatar de la conciencia indiana. El instinto territorial, que ataba al indio a su tierra, fue compartido y ennoblecido por el criollo, hasta transformarlo en lucha por el ideal laico y democrático que entusiasmaba a Rojas.

Toda la historia argentina es vista desde esta perspectiva; desde el punto que, para Rojas, es el de llegada. Es una parte de la historia de la humanidad en su lucha por la liberación; también aquí existen los Maestros: son los criollos ilustrados, los Moreno, los Belgrano, aquellos que encarnan la conciencia indiana y guían con lucidez al pueblo.

Todo lo que está en contra de esta progresiva liberación, de este lento alcanzar el credo laico y humano, es exotismo, europeísmo, cosmopolitismo y materialismo: "*Por eso yo diré en adelante el Exotismo y el Indianismo, porque esta síntesis que designa la pugna o el acuerdo entre lo importado y lo raizal, me explican la lucha del indio con el conquistador por la tierra, del criollo con el realista por la libertad, del federal con el unitario por la constitución, y hasta del nacionalismo con el cosmopolitismo por la autonomía espiritual. Indianismo y exotismo cifran la totalidad de nuestra historia, incluso la que no se ha realizado todavía*".[183]

El alma nacional no es en Rojas *una ruina más*, una flor bella y perfumada que se agosta entre las montañas riojanas y la triste música de las razas vencidas. Es la conciencia territorial en marcha hacia la perfección, hacia un ideal religioso no dogmático de libertad, igualdad y fraternidad: el indianismo es una fuerza viva y segura de su triunfo contra el exotismo materialista. Es la fuerza de los caudalosos ríos, las salvajes selvas, las enormes montañas y las

[183] *Blasón de Plata,* cd. citada, pág. 174.

infinitas llanuras la que se expresa a través de este puñado de hombres amalgamados entre sí por el instinto territorial hecho conciencia. Allí están, después de todo, los sabios, los poetas, los héroes; los sacerdotes, en suma, de esta laica religión, para develar el camino, exaltar las conciencias y dirigir la lucha. Allí está, por supuesto, el mismo Ricardo Rojas, según su original concepción.[184]

Esta es la profunda diferencia entre el nacionalismo de Gálvez y el de Rojas. A pesar de su común enfrentamiento al litoral cosmopolita, de la similar situación política y social de sus familias, de su simultánea recepción de las ideas españolas que les permitieron superar el análisis positivista, nuestros dos autores tienen, en última instancia, dos visiones bien distantes de aquella *alma nacional* que, juntos, evocan.

Pretendemos haberlo demostrado así en este capítulo. Ello tiene variadas consecuencias en todos los campos. En el estilístico, si Gálvez era un realista amargo e implacable, realismo que también fue siempre su escuela novelesca, Rojas era, en cambio, un cronista de las fuerzas oscuras, un exaltador de lo simbólico, casi un simbolista.

Otra consecuencia, 'de mayor importancia política, también se sigue de sus diferentes intuiciones artísticas y vitales. En efecto, Rojas tenía una concepción optimista, integradora, de la historia, en la cual el pueblo, su instinto y su pasión tenían un papel esencial —aunque no irracional sino consciente—. Gálvez participaba de esa búsqueda 'de lo nacional a través del pueblo, pero su agrio realismo le impedía hacerse muchas ilusiones: ¿No fue ésta, entre otras, una

[184] En 1912, siguiendo su "propensión druídica", Rojas encontraba en la caída de la piedra movediza de Tandil un signo del castigo de los dioses por nuestro materialismo. Hacía en esta ocasión aplicación de las doctrinas de la Blavatsky. (La piedra muerta, Ed. Martín García, Buenos Aires, 1912.)

de las causas que motivó la diferente actitud de nuestros dos protagonistas, frente a la crisis política de 1930?

PALABRAS FINALES

Al detener nuestra narración y nuestras reflexiones en el año 1916, no pretendemos convertir este hito cronológico en un recurso convencional que permita poner un límite a la exposición de los sucesos que venimos analizando. Por el contrario, ésta pausa se presenta de un modo casi natural, como respondiendo al propio acontecer histórico, que transmite su ritmo a las vidas de Gálvez y de Rojas: éstas, en efecto, a partir de la fecha referida entran en una nueva y crítica etapa.

La Argentina misma inició, después de las elecciones presidenciales de 1918, un diferente período de su evolución republicana. El gobierno de la élite conservadora cedió el paso a una democracia, con la cual participó del poder un espectro mucho más amplio de la comunidad política. Un mayor dinamismo y elasticidad en la configuración y cambio de los grupos de poder, así como en la forma de expresión de ciertas inquietudes sociales, parecieron derivarse del nuevo sistema electoral.

Adviértese a la distancia que en los años recorridos desde aquel momento hasta 1930, la nación asimiló una de las experiencias más ricas y sugestivas de su trayectoria institucional. Hipólito Yrigoyen, un caudillo austero y silencioso, ocupó el centro de la escena, con el apoyo incuestionable de los sectores populares, produciendo con este solo hecho una impresión tan singular en el

ambiente cívico que obligó a los hombres de pensamiento a realizar una nueva y necesaria meditación.
Manuel Gálvez, a través de esos años, pasó de ser un escritor primerizo a convertirse en el novelista más difundido del país; en tanto, Rojas terminó de publicar la primera historia de nuestra literatura y ejerció el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires, proyectándose así como uno de los intelectuales más destacados de la Argentina de esos días.

Juntos, con una cadencia de alguna manera armonizada, los jóvenes escritores y la sociedad de la que eran parte, parecían madurar sobrellevando las dificultades y los esfuerzos que sus propias carreras y las alternativas públicas les presentaban.

Claro está que los planteos y las preocupaciones del día comenzaron a ser diferentes, pues no sólo había concluido el reinado político de los hombres del 80 —a cuya sombra habían crecido las personalidades adolescentes de Manuel y Ricardo—, sino que también el impulso crítico con que ellos alimentaron sus primeros escritos corría el riesgo de agotarse de no inyectar nueva savia a su contenido ideológico. Y esta exigencia renovadora no provenía sólo de la crucial circunstancia política por la que atravesaba su patria. Les era simultáneamente reclamada por los acontecimientos del mundo exterior, tan significativos corno la primera guerra europea y la revolución rusa, fuentes dispares de exaltación y angustia para la humanidad.

Entre la Paz de Versalles y la crisis económica de 1929, el mundo abrigó la ilusión de volver al viejo orden: *a la normalidad*, como se calificaba con tono evocador a todo lo anterior a 1914. Y casi en este mismo período, o sea entre 1916 y 1930, los argentinos pensaron que las bases programáticas de 1853 y 1880 —el progreso económico y la estabilidad institucional— eran quizás compatibles con una democracia abierta.

La frustración de estas expectativas no es razón valedera para dejar de inquerirnos con interés por los esfuerzos e ilusiones que el logro de estos objetivos suscitó en los hombres de aquellos días; por el contrario, la experiencia posterior acrecienta 'el deseo de conocer más prolijamente los motivos y las causas que llevaron a aquel desencuentro histórico. Conscientes entonces de la trascendencia que la etapa 1916-1930 tuvo para la elaboración del pensamiento de Gálvez y Rojas y sus posteriores compromisos políticos, entendemos valorarla en su verdadera dimensión al considerar que merece meditación y capítulo propios.

CRONOLOGÍA

Vida y obra

1845 El 6 de febrero nace Absalón Rojas en Santiago del Estero.

1851 El 12 de diciembre nace José Gálvez en Santa Fe. 1852 El 14 de diciembre nace Manuel Gálvez (padre) en Santa Fe.

1878 Absalón Rojas es electo diputado nacional por su provincia.

1882 El 16 de septiembre nace en Tucumán Ricardo Rojas.
El 18 de julio, en Paraná, nace Manuel Gálvez.

1886 El 7 de abril es proclamado gobernador de Santa Fe José Gálvez.
El 7 de octubre Absalón Rojas asume la gobernación de Santiago del Estero.

1892 El 19 de octubre una sedición derroca a Absalón Rojas de su segundo gobierno.

1893 Muere Absalón Rojas.
El 30 de julio y el 24 de septiembre: revoluciones en Sánta Fe; cae el gobernador galvizta Cafferata.

1898 La familia Gálvez se instala en Buenos Aires, con su hijo Manuel.

1899 Llega Ricardo Rojas a Buenos Aires e inicia sus estudios de Derecho.

1903 Aparece la revista Ideas. Rojas publica La victoria del hombre.

1904 Manuel Gálvez se recibe de Abogado y Ricardo Rojas ingresa a La Nación.

1905 Gálvez presenta su tesis sobre La trata de blancas, y viaja por primera vez a Europa. Rojas se inicia como profesor secundario.

1906 Gálvez vuelve de Europa y es designado Inspector de Enseñanza Secundaria.

1907 Rojas emprende su viaje a Europa y publica. *El país de la selva* y *El alma española*.
Gálvez publica *El enigma interior*.

1908 Rojas publica Cartas de Europa y Cosmópolis.

1909 Gálvez publica Sendero de Humildad. Rojas, vuelto de Europa publica La restauración nacionalista y es nombrado profesor de la Facultad de Humanidades de La Plata.

1910 Gálvez se casa con Delfina Bunge, publica *El diario de Gabriel Quiroga* y viaja a Europa. Rojas publica *Blasón solar de la raza.* Rojas se casa con Julia Quinteros. *de Plata*.
Muere José Gálvez, siendo Ministro del Interior.

1911 Rojas publica *Los lises del Blasón*.

1912 Rojas publica *La piedra muerta.*
Gálvez retorna de su segundo viaje a Europa.

1913 Gálvez publica *La inseguridad en la vida obrera* y *El Solar de la Raza*. Rojas se casa con Julia Quinteros.

1914 Gálvez publica *La maestra normal*.
Rojas inaugura la cátedra de Literatura Argentina en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires.

1915 Se comienzan a publicar, bajo la dirección de Rojas, las famosas ediciones de la Biblioteca Argentina.

1916 Rojas publica *La argentinidad,* y Gálvez El mal metafísico y La vida múltiple.

Literatura

Facundo, de Domingo F. Sarmiento.
Comienza a publicarse, en folletín, *Amalia* de José Mármol.
Bases, de Juan Bautista Alberdi.
Tiempo perdido, de Eduardo Wilde.
El primo Basilio, de Eça de Queiroz.
Silbidos de un vago, de Eugenio Cambaceres.
Fortunata y Jacinta, de Benito Pérez Galdós y Los Pazos de *Ulloa,* de Emilia 'Pardo Bazán.
Alma de niña, de Manuel T. Podestá.

Llega Rubén Darío por primera vez a Buenos Aires.
Mis montañas, de Joaquín V. González.
Aparece *Caras y caretas.*
Ángel Ganivet publica Los trabajos de Pío Cid y *Cartas finlandesas.*
Hacia otra España, de Ramiro de Maeztu.
M'hijo el dotor, de Florencio Sánchez.
Nuestra América, de Carlos O. Bunge.
Soledades, de Antonio Machado.
Jetattore, de Gregorio de Laferrere.
El crimen del otro, de Horacio Quiroga.
La lucha por la vida, de Pío Baroja.
La guerra gaucha y Los crepúsculos del jardín, de Leopoldo-Lugones.
Miguel de Unamuno publica su *Vida de don Quijote y Sancho.*
Alma nativa, de Martiniano Leguizamón.
Fundación de la revista *Nosotros.*
Borderland, de Atilio Chiappori.
La gloria de don Ramiro, de Enrique Larreta.
Pago Chico, de Roberto J. Payró.

Lunario sentimental, de Leopoldo Lugones.
Diálogo de las sombras, de Emilio Becher.
El juicio del siglo, de Joaquín V. González.
Odas seculares y *Prometeo* de Lugones.
Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira, de Payró.
El porvenir de la América española, de Manuel Ugarte.
Los gauchos judíos, de A. Gerchunoff.
Aparece la Revista Argentina de Ciencias Políticas, dirigida por Rodolfo Rivarola.
La urna, de Enrique Banchs.
Flor de durazno, de Gustavo Martínez Zuviría.
Las guerras civiles argentinas, de Juan Alvarez.
Melpómen, de Arturo Capdevila.
El libro fiel, de Lugones.
El hombre mediocre, de José Ingenieros.
Historia del Derecho Argentino, de Carlos Octavio Bunge.
De mi vida y de mi tierra, de Juan Carlos Dávalos.
Las iniciales del misal, de Baldomero Fernández Moreno.
El cencerro de cristal y Cuentos de muerte y de sangre, de Ricardo Güiraldes.
Los caranchos de la Florida, de Benito Lynch.
La inquietud del rosal, de Alfonsina Storni.
Cuentos de amor, de locura y de muerte, de Horacio Quiroga.
El payador, de Leopoldo Lugones.
La casa de los cuervos, de Gustavo Martínez Zuviría.

Historia

El 17 de novimbre se libra la batalla de la Vuelta de Obligado.
El 19 de mayo: pronunciamiento del general Urquiza.
El 3 de febrero batalla de Caseros.
Asume la gobernaci6n de Buenos Aires Carlos Tejedor.
El 19 de noviembre se funda la ciudad de La Plata.
El 12 de octubre Juárez Celman asume la presidencia de la República.
Luis Sáenz Peña, el 12 de octubre, se hace cargo del gobierno nacional.
Revoluciones radicales.
Gabinete de Aristóbulo del Valle.
Roca preside por segunda vez los destinos de la República.
España pierde a Cuba. Guerra con los EE.UU.
Osvaldo Magnasco envía al Congreso su proyecto de reforma de la enseñanza.
Gabinete Waldeck-Rotisseau.
Guerra anglo-boer.
Se reúne la Convención de Notables, de la cual se separarán Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña.
El 12 de octubre Manuel Quintana asume el gobierno nacional.
Movimiento sedicioso radical, en febrero.
Revolución en Rusia.
Mueren Manuel Quintana, Bartolomé Mitre y Carlos Pellegrini. José Figueroa Alcorta preside la Nación.
Primera entrevista Yrigoyen-Figueroa Alcorta.
Figueroa Alcorta cierra el Congreso.
Lisandro de la Torre funda la Liga del Sur.
Asesinato del coronel Falcón.

Semana trágica de Barcelona.
Se festeja el Centenario de la Revolución de Mayo. Asume Ró-que Sáenz Peña la presidencia. Adolfo Posada visita la Argentina.
Jean Jaurés visita la Argentina.
Se promulga la ley Sáenz Peña y triunfa el radicalismo en Capital Federal y Santa Fe. Victoria de los candidatos oficialistas Padilla y Cárcano en Tucuniáñ y Córdoba, respectivamente. Manuel Ugarte es expulsado del Partido Socialista. El candidato socialista del Valle Iberlucea gana la senaduría por la Capital Federal.
Se inaugura la Universidad de Tucumán bajo el rectorado de Juan B. Terán.
Elección de diputados nacionales, con el triunfo de los socialistas en Capital Federal, de los radicales en Santa Fe y Entre Ríos y de los oficialistas en los restantes distritos. Muere Sáenz Peña y asume Victorino de la Plaza. Estalla la guerra europea y Argentina se declara neutral. Se funda el Partido Demócrata Progresista.
Marcelino Ugarte es elegido gobernador de Buenos Aires.
Alfredo Palacios se separa del Partido Socialista.
Triunfo del radicalismo en Córdoba.
El triunfo del radicalismo: Hipólito Yrigoyen es consagrado presidente de la Nación. Visita la Argentina José Ortega y Gasset con su padre José Ortega y Munilla.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de Diciembre de 1978
en Palabra Gráfica Editora, Castro
1856/60, Bs. Aires, Rep. Argentina.